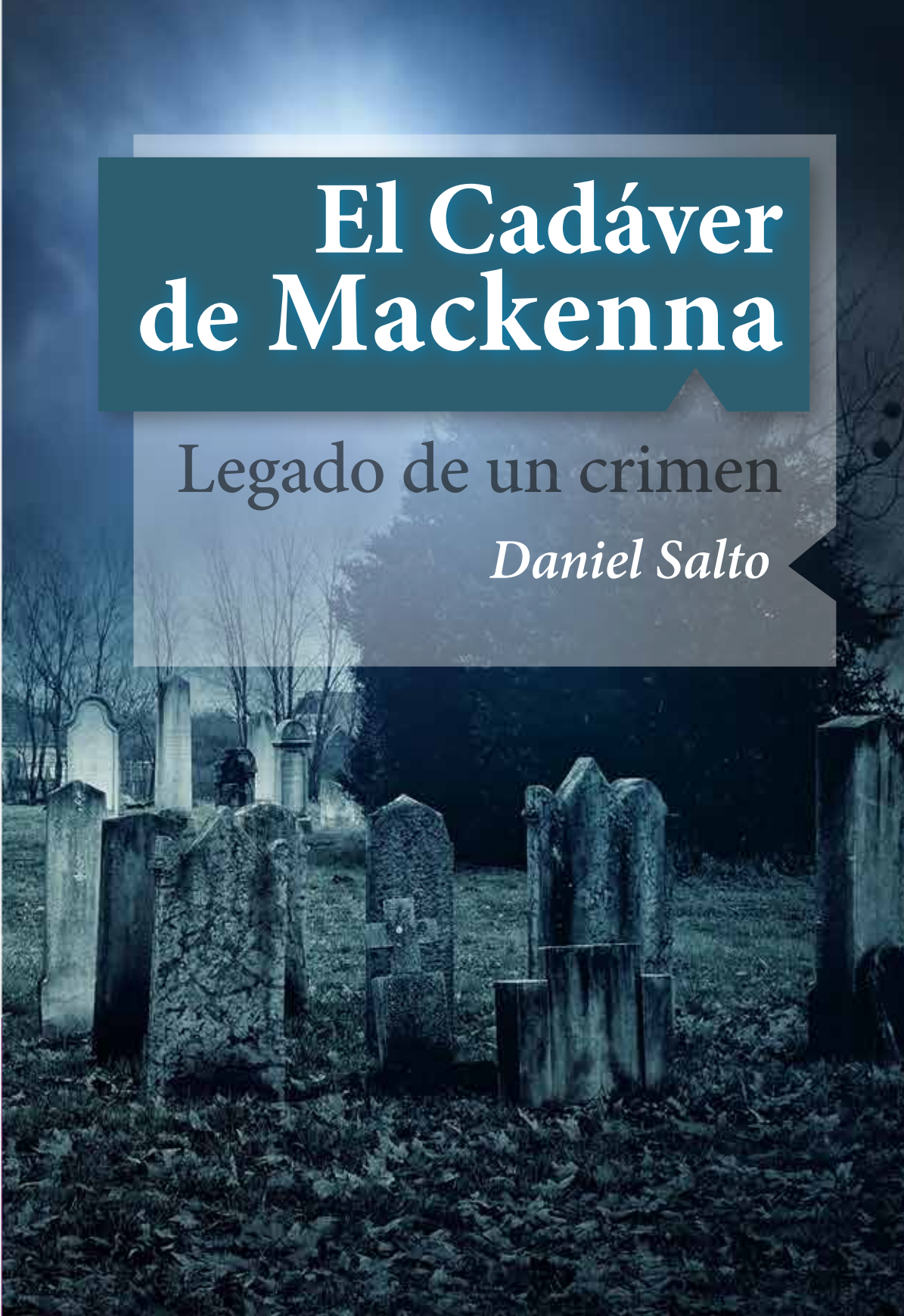
El Cadáver de Mackenna

Legado de un crimen

Daniel Salto



GOBIERNO DE
SAN LUIS

El Gobierno de la Provincia de San Luis cumple y seguirá cumpliendo con los preceptos constitucionales y las normativas vigentes respecto a asegurar el desarrollo humano y social de sus habitantes.
El derecho a la cultura, a la información, a la publicación y a la difusión de las ideas es un derecho humano fundamental, con el que este proyecto político ha desarrollado fuertes lazos y claras acciones en su defensa. Invertir en cultura es fortalecer los cimientos republicanos y consolidar la convivencia democrática armónica, en un marco de pluralismo, tolerancia y respeto por el otro. Invertir en cultura es también propender a difundir la obra y engrandecer el patrimonio cultural provincial, potenciando así la libertad de pensamiento y el universo de las ideas, la literatura y la palabra escrita en general.
Por la defensa y ratificación de este derecho el Sello Editorial San Luis Libro suscribe y se sustenta en la Ley Provincial Nº I-0002-2004 (5548) que dice en su artículo 1º: "El Estado Provincial garantiza el derecho fundamental a la libertad de pensamiento, religiosa y de culto reconocido en la Constitución de la Provincia de San Luis".

SAN LUIS LIBRO

ACERCAR EL LIBRO AL PUEBLO

Salto, Daniel
El Cadáver de Mackenna : legado de un crimen / Daniel Salto. - 1a ed. - San Luis : SLL - San Luis Libro, 2021.
192 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-8311-29-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas de Misterio. I. Título.
CDD A863

Para la presente edición
Sello Editorial San Luis Libro
25 de Mayo 971 / Ciudad de San Luis
sanluislibro@sanluis.gov.ar
www.sanluislibro.sanluis.gov.ar

Diseño y Diagramación:
María Cevallos | María Celeste Gonzalez
Área Diseño y Comunicación
Payné SA

Impreso por La Gráfica. Payné S.A.
Av. Lafinur 924 - San Luis

Tirada 300 ejemplares

Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo
fotocopias sin la autorización expresa del autor

Daniel Salto

EL CADÁVER DE MACKENNA

Legado de un crimen

SAN LUIS LIBRO

ACERCAR EL LIBRO AL PUEBLO

Autoridades

GOBERNADOR:
Dr. Alberto José Rodríguez Saá

SECRETARIO GENERAL:
Sr. Miguel Ángel Berardo

PROGRAMA CULTURA:
Dra. María Silvia Rapisarda

SAN LUIS LIBRO:
Lic. Marta Isabel Rodríguez

San Luis- Argentina

DEDICATORIA
A VALENTINA
(Mi nieta)

La noticia viajó de sur a norte, de este a oeste, desde el centro del país a los mares patagónicos y al pie cordillerano, visitando la Puna y correteando en los ventisqueros del Chorrillo, allá en los cañadones, acariciando el territorio fueguino o el Impenetrable, recorrió llanos y mesetas, trepó cerros y navegó en ríos y lagos, pues tuve la imperiosa necesidad que todos supieran que habías llegado, que no solo eres un nuevo ser. Sentí que traías contigo la magia de la continuidad y que en los rinconcitos de tu esencia guardabas algún gesto mío para regalar algún día. Imaginé que varias generaciones de abuelos inventaron tu carita y dibujaron tu sonrisa, o que un mensaje del universo se hizo luz de repente en las miradas de los hijos que hoy son tus papis. Tu llegada es renacer, es ver en mi interior el futuro que florece, es sentir que este orgullo se tiñó de mil colores, es ver el sol abriendo nuevos caminos en busca de otros sueños, es la esperanza amanecida, es el amor, y así eres para mí.

PRÓLOGO

Corría el año 1988. Recién había nacido mi primer hija (porque yo tengo nada más que hijas). La música, siempre la música nos llevó a ingresar en una escuela de instrumentos autóctonos de este suelo, esos que ejecutaron los antiguos y legítimos pobladores. Fue así que al poco tiempo un grupo de amigos nuevos, nos sorprendimos cantando en el coro que allí funcionaba, CADASAL recorría el mismo camino. Y claro, para eso están los caminos, para recorrerlos, y si uno tiene suerte, ese recorrido lo puede realizar con un amigo entrañable, aquel que siempre estará para cargar alguna mochila extra, para señalar hacia dónde ir o rajar, para reparar hasta el mundo descangayado que habitamos…

El tipo era (y es) polifacético. Además de en el coro, cantaba en un conjunto folclórico, más bien tradicional. Por mi parte yo era el guitarrista de otro grupo que armábamos, también folclórico, pero apuntando a la fusión. Siempre diferentes y siempre cerca. La historia siguió, contra las afirmaciones de los neoliberales. Nació mi segunda hija. Poco tiempo después, mi amigo tuvo con su nueva compañera dos hijos más (él tiene nada más que hijos).

Su corazón futbolístico, habita la Avellaneda del rey de copas, (el rojo que le dicen) a un Independiente como

su corazón, el mío albiceleste, la gloriosa academia… Él tano, yo gallego, siempre diferentes y siempre cerca.

Ahora escribe, (siempre escribió) y tuvo la descabellada idea, de que un amigo le escriba estas palabras previas… En esta pequeña reseña traté de explicar el porqué de este derecho del que hago uso, ¿Quién dijo que veinte años no son nada? Así es que los invito a la lectura de esta historia repleta de acción, misterio, compromiso, solidaridad, justicia, amor y odio, ingredientes de los que como ustedes saben, también está compuesta la vida.

Miguel Ángel González
(El Gallego)

CAPÍTULO 1

LA DESPEDIDA

Recibí con sorpresa la noticia de mi pase laboral, de Capital Federal a la provincia de Córdoba. Esa tarde le agradecí a mi jefe por ser él quién moviera los hilos para que se hiciera posible. En la nota que me entregó en mano se leía lo siguiente:

"Buenos Aires, 16 de junio de 1977.

Señor Carlos Dalto. Nos dirigimos a Ud. con el fin de comunicarle que se le ha otorgado el pase solicitado de esta seccional capitalina, a la sede provincial sita en calle Tres Arroyos 471, Vicuña Mackenna, provincia de Córdoba, donde deberá presentarse el día 1 de agosto del corriente año, a las órdenes del secretario local Anselmo Merlo".

Y al pie de la página la firma y el sello de Manuel Ordóñez, jefe de personal de la institución. También me fueron otorgadas las vacaciones que me servirían para acomodarme en el nuevo sitio.

Ese fin de semana mis compañeros de oficina se hicieron cargo de preparar una cena que, a modo de despedida, me brindarían sorpresivamente en mi domicilio, en la que hubo carne asada y bebidas de todo tipo que iban ingresando como si se tratase de su propia casa, pero que por ser para mí un halago, no hice objeción alguna recibiéndolos con la mejor de las sonrisas.

Tito se autodesignó como el asador, Dante preparó las ensaladas y Rolfy se encargó de colocar los platos y cubiertos sobre la mesa, tarea que no le demandó mucho

tiempo, cosa que le sirvió para que posteriormente se pusiera a contar esas historias, las cuales él estaba acostumbrado a inventar.

Al aparecer, con el jugoso trozo de vacío sobre una bandeja, todos aplaudimos a Tito y este, luego de apoyarla sobre la mesa, levantó su copa ofreciendo un brindis a mi nombre. Hicimos sonar los vasos entre abrazos y palmadas en mi espalda por parte de cada uno de mis amigos. Luego saboreamos el exquisito manjar que Tito había adobado y cortado en gruesas lonjas, y en cada mordisco continuábamos elogiando las condiciones del asador entre risas y comentarios graciosos.

Ya finalizando y de sobremesa, "como quién dice" mis amigos comenzaron con el cuestionario que suponía iba a venir de un momento a otro.

Dante fue el primero que se animó y dijo titubeando:

—¿Y Carlitos? ¿Vas a contar o no porque pediste el pase?

Tito, que era el más tímido agregó:

—¡Sí che! ¡Dale!

Rolfy con su fama de caradura y uniéndose a los petitorios finalizó:

—¡Sí! ¿A quién le vas a hacer creer que estás cansado de Buenos Aires? Más sabiendo que estos últimos meses has viajado tres o cuatro veces, ¿No habrás conocido a alguna parroquiana y te agarró el metejón?

Rieron al unísono. Hice un largo silencio, luego me sinceré con mis amigos contestando a sus acosadoras preguntas.

—Bueno en realidad, todo comenzó en la cena que, a modo de aniversario, organizó la gerencia al celebrar-

se los primeros diez años de vida de la empresa, que ya tiene varias sucursales en casi todo el país, gracias a su veloz crecimiento. ¿Recuerdan que Ordóñez vino con la hija y una sobrina?

—¡Sí! —respondieron a coro y Dante recordó:

—¡Sí! estuviste bailando con esa chica, pero se marcharon temprano.

Yo asentí con la cabeza y continué:

—Bueno, con esta chica quedamos en vernos, y lo hicimos. Nos citamos en varias ocasiones, hasta que un día decidimos formalizar el noviazgo. En una cena íntima tomamos el compromiso de una próxima unión, de la cual no llegué a comentar nada porque días después falleció un tío (hermano de su padre) dueño de unas tierras en ese lugar de Córdoba, ¿resultado? se han mudado a Vicuña Mackenna para hacerse cargo de los campos que heredó su padre, y mis viajes hasta allí fueron por varios motivos, el principal, por Lucía que…

Hubo una interrupción por parte de Rolfy que en tono burlesco repetía el nombre de mi pareja, agregando alguna que otra palabra que provocaba carcajadas entre él y Dante que se acopló con su risotada, Tito con un chistido los hizo callar diciendo:

—¡Dejen que siga contando che!

Y luego agregó:

—¡Dale Carlitos! ¡Seguí! —con voz firme y a modo de orden.

Nosotros no podíamos creer que Tito reaccionara de tal manera. Seguramente el alcohol le había quitado la timidez, y ambos hicieron silencio. Luego proseguí:

—Bueno otro motivo fue conocer nuevos lugares, ya

que nunca había salido de Buenos Aires, y por último la propuesta que me hizo el padre de Lucía, que consistía en ser el encargado del manejo del inventario para el seguro y el control de los documentos del campo. Acepté al averiguar que una de las sucursales que poseen nuestros empleadores tiene sede en esa ciudad, ¡Y bueno! Fue así que decidimos vivir juntos.

—Y te lo guardaste para vos solo… ¡Qué atorrante! —criticó Rolfy con falso enojo, y luego una sinfonía de risas sonaron mientras yo seguía contando los pormenores del encuentro con esa mujer que cambiaría mi destino para siempre.

—Entonces… ¿Ordóñez es hermano de tu suegro? —preguntó Dante.

—No, es hermano de la madre de Lucía, pero no llegué a conocerla pues hace años falleció.

La madrugada se fue muriendo entre risas, cuentos e historias que se durmieron al compás de nuestros párpados. Luego nos sorprendió el sol que a su vez nos decía que debíamos comenzar a darnos los abrazos clásicos de despedida, prometiendo visitarnos lo más pronto posible.

CAPÍTULO 2

EL VIAJE

Ese mismo día, después de haber dormido varias horas, me dispuse a preparar las cosas del viaje, y mientras completaba la valija me abordaron las dudas, algo me decía que mi vida se llenaría de aventuras y saber que debía enfrentarlas me causaba inseguridad e intriga a la vez.

Por la noche, abordé el ómnibus que me alejaría de mi lugar natal. Mientras me acomodaba en el asiento y a la vez que esperaba el momento de partida, una especie de presentimiento me hizo estremecer, pero no sabía si era bueno o malo.

En cuanto el pesado rodado se puso en movimiento, los murmullos se fueron apagando. Aproveché el silencio y cerrando los ojos dormité unas horas. Luego de ese pequeño descanso y kilómetros más adelante nos detuvimos en un pueblo donde subieron un par de pasajeros que se sumaron al viaje. Uno de ellos se sentó en el asiento que se hallaba del otro lado del pasillo a mi izquierda, al cual apenas le presté atención pues el sueño me dominaba, solo noté que por un momento se dio vuelta mirando hacia el fondo del ómnibus varias veces.

Minutos más tarde retomamos el camino, y ya en ruta volví a quedar dormido. Serían cerca de las cinco de la mañana cuando abrí los ojos y pude observar a través del vidrio pequeñas gotas que con el correr de los minutos se convirtieron en un terrible aguacero. Esto logró ponerme nervioso, pues la tormenta era cada vez más intensa. Al-

gunos pasajeros dormían. Los pocos que se mantenían despiertos estaban tan inquietos como yo, que a causa de ese estado a cada momento me incorporaba en el asiento para observar hacia adelante donde el limpiaparabrisas no daba abasto ante tanta agua que caía. De pronto noté que el hombre que había abordado último, me observaba fijamente a la vez que apretaba tenazmente entre sus manos un portafolio que en la penumbra reinante logré distinguir. Los destellos que emanaban de los relámpagos iluminaban por centésimas de segundo los campos que parecían correr en sentido contrario al que llevábamos, y esos mismos refucilos dejaban ver en su máxima expresión la potencia del vendaval.

El pasajero que viajaba en el asiento contiguo al mío, extrajo de un pequeño bolso que llevaba sobre sus piernas, un recipiente térmico y se sirvió, en la tapa de este, una buena cantidad de café. Bebió un par de tragos, y al notar que yo lo estaba observando me ofreció un poco, en realidad no tenía ganas, pero de todas formas acepté, y en el momento que lo llevaba a mi boca, este hombre dijo casi susurrando:

—¡Odio viajar en micro! Siempre que lo hago pienso que voy a morir en un monstruo de estos.

Yo no sabía si tragar el café o escupirlo, opté por lo primero, y entregándole nuevamente el vaso le dije algo impresionado:

—Si es un chiste es de muy mal gusto, a causa de esta tormenta estoy más que nervioso y usted… ¡sale con un comentario semejante!

—Lo siento si lo incomodé, pero de suceder algo quédese tranquilo que sobrevivirá, pero estoy seguro que

yo no tendré esa suerte, en cambio a usted de ocurrir algo así ¡le cambiará la vida! —concluyó dirigiendo luego su mirada resignada a la ventanilla que se hallaba a su derecha.

Yo hice un movimiento de negación con la cabeza, pensando que el pobre tipo no estaba en sus cabales, y luego de suspirar profundamente volví a mirar al sujeto del portafolio, quien a esta altura parecía algo más nervioso. El temor que expresó el hombre del café (y de seguro de la mayoría de los que se hallaban despiertos) me fue inundando, y en instantes lo noté en mis piernas, que parecían resortes que se aplastaban contra el suelo y volvían a saltar en forma intermitente. Hice varios intentos de levantarme de mi asiento para preguntarle al chofer si estaba todo bien o cualquier otra cosa que me tranquilizara, pero pensé que era ridículo actuar de esa manera. Así es que decidí tratar de calmarme.

Todo parecía empeorar. Detrás de mí oí la voz de una niña llamando a su madre, la cual supuse que se hallaba durmiendo. Aparentemente cuando esta despertó, la niña le expresó su temor, a lo que la mujer, al notar la furia del temporal, comenzó a invocar a Dios y luego siguió con una nómina de santos haciendo un petitorio para que no las abandonasen, pero al parecer, los santos necesitaban más plegarias de súplica o tal vez ese día se hallaban muy ocupados con algo más importante.

Unos segundos después el vehículo se zamarreó, y varias voces estallaron en un grito que recorrió el pasillo de punta a punta; luego de esto, todo comenzó a dar vueltas, cuando reaccioné, pues había perdido el conocimiento unos minutos, me encontraba a centímetros de

la carrocería del rodado, entre miles de hierros retorcidos, con un fuerte dolor en el brazo derecho, abdomen y cabeza. En pocos segundos oí lamentos de personas que malheridas se hallaban esparcidas por todos lados e incluso pude ver gracias a la luz de los relámpagos a varias personas que habían perdido la vida, entre ellos, al hombre que me ofreció café, quien había tenido una premonición de esta fatalidad. El hombre del portafolio que se encontraba a escasos centímetros de mí, a la vez que me lo entregaba me habló en voz baja y como suplicando dijo:

—¡Por favor!... Le ruego que investigue todo lo referente al contenido de esto —y ya sin fuerzas agregó: —Prométame que puedo contar con usted, ¡Por favor!... ¡Mi hija!... ¡Mi hija, está en peligro!

Yo un tanto mareado respondí que sí. Al querer acomodarlo, el intentó decir algo más pero no logré entenderlo, y momentos más tarde falleció.

Con el recado entre mis manos noté que un foco de incendio se localizaba en el compartimiento del motor del rodado. Varias de las personas que viajábamos, por causa del vuelco, habíamos sido despedidas del interior. Así fue que traté de alejarme lo más que pude del lugar, di unos cuantos pasos entre el pastizal mojado del campo que se extendía al lado del camino, y lo que sucedió después, no logro recordarlo.

CAPÍTULO 3

EL PORTAFOLIO

Cuando desperté, una mujer vestida de blanco me daba la bienvenida.

—¡Hola! Mi nombre es Diana ¿Cómo se siente?

Se trataba de la enfermera del nosocomio en donde me atendieron, y por ella me enteré que me habían operado de urgencia extrayéndome el bazo, pues este se lesionó a causa del accidente provocando un derrame interno de graves condiciones. Si es que estoy vivo fue gracias a la decisión de un médico que sin perder tiempo actuó con su equipo en la cirugía. Luego de esa breve información que me brindase sobre mi estado de salud, le pregunté en dónde me hallaba, y ella me respondió.

—Este es el hospital central de la ciudad cordobesa de Laboulaye. El accidente ha ocurrido a unos cinco kilómetros al este de esta ciudad.

El sueño, y tal vez los efectos secundarios que causan los posoperatorios me vencían mientras la joven mujer me seguía hablando, pero no recuerdo qué dijo, pues mis ojos se cerraron y dormí algunas horas más.

Al despertar sentí los dolores típicos secuelas de la operación. Los calmantes ya no estaban haciendo efecto y también se agregaba esa sequedad en la boca.

Minutos más tarde, pude ver a Lucía ingresando a la habitación, quien luego de acercarse me abrazó suavemente con lágrimas en los ojos y algo emocionada a causa del reencuentro que, aunque un poco desafortunado, reencuentro al fin.

Lucía era una atractiva trigueña, sus ojos color caramelo expresaban ternura en su mirada que destellaba en contraste con su cabello castaño. Su baja estatura le daba a su figura una imagen aniñada que parecía pedir protección pero era una joven de espíritu impulsivo, decidida y segura en sus convicciones.

Ella humedeció mis labios con un poco de agua y conversamos unos instantes. Hizo una reseña de lo ocurrido, pues se enteró en la estación central de Mackenna que el ómnibus había sufrido un accidente. Ellos mismos se encargaron de averiguar qué había sucedido conmigo y luego la transportaron hasta el hospital, Lucía habló con cierta angustia, de una forma como queriendo hacerse cargo de una culpa de la cual era ajena totalmente, por lo que le pedí que no se sienta de esa manera y quedamos ambos en silencio hasta que volví a dormirme.

A la mañana siguiente Lucía se hizo presente portando en una de sus manos el portafolio que me había entregado el moribundo y con intriga de su parte preguntó:

—¿Esto es tuyo? —luego de mirarme fijamente, y al ver que yo tardaba en contestar, agregó: —Me lo entregaron ayer en admisión diciendo que lo tenías en tu poder en el momento en que ocurrió el accidente, aparentemente es lo único que quedó del equipaje ya sea tuyo como de las demás personas que viajaban, pues el incendio acabó con todo, solo vos y cuatro personas más se han salvado. ¡Un desastre! Yo me tomé el atrevimiento de abrirlo, forzando la cerradura para ver si había algún documento, ya que no existía la llave. Seguramente se perdió esa misma noche. Realmente… me asombró el contenido… ¿qué significa? en verdad, ¡no entiendo! —

concluyó, con algo de histeria en su voz.

Yo estaba tan intrigado como ella, pero a la vez desencajado por la noticia, de pronto se hizo presente en mis recuerdos el comentario del hombre del café, que logró paralizarme entero durante unos instantes, e hice un breve relato sobre tal premonición que tuvo este sujeto. Lucía quedó asombrada a causa de mi relato, pude ver cómo gesticulaba con sus labios a la vez que expresaba con su mirada el escalofrío típico ante mi narración, luego se arrimó a la cama y depositó el portafolio sobre ella sin decir palabra alguna. Lo tomé lentamente y me dispuse a abrirlo. En su interior, (y dentro de una gran envoltura de celofán) había una especie de sobre hecho en cuero de color marrón al igual que el portafolio, el cual era apenas un poco más pequeño y contaba con un cierre en la parte superior. Lo extraje rápidamente y pude ver dentro de él una cantidad increíble de billetes, en su mayoría de cien dólares, que hicieron que mis ojos intentaran escapar de las órbitas. Fue tal el dibujo de sorpresa que pintó mi rostro, que Lucía notó al instante que yo jamás había abierto ese portafolio, lo que la llevó a decir con marcada preocupación.

—¡Esto no es tuyo! ¿Verdad? ¡Por favor! ¡Necesito saber!

No tuve más remedio que decirle la verdad, (que por supuesto no pensaba ocultar) pero que con toda la situación había olvidado. Lucía escuchaba con atención la asombrosa historia que resumí por lo poco que recordaba y, al mencionar la petición que me hiciera el moribundo, recordé sus palabras y fue ahí que extraje las demás cosas (que también envueltas en celofán) se hallaban en

su interior. Se trataba de unas postales parecidas a esas que te dan las compañías de viajes, donde se ven los paisajes de los lugares a los cuales te invitan a viajar, y que en su totalidad pertenecían a ciudades de Italia, pues al pie de estas se hallaba escrito el nombre de ese país, algunas fotografías que parecían haber sido tomadas en diferentes fechas, también unas anotaciones, que se hallaban escritas en otro idioma. Lucía, suponía que era latín o algo parecido, pues era inentendible para nosotros.

Finalmente un libro que contenía frases, poesías, y alguno que otro verso escritos en castellano. Lucía y yo nos miramos con asombro, tal vez preguntándonos de qué se trataba la investigación solicitada y ambos nos dispusimos a revisar lenta y minuciosamente todas las cosas, pero no logramos entender nada por el momento.

En los días siguientes y aprovechando que aún me hallaba internado, comencé a leer el libro cuyo título era "Ángela" para tratar de hallar algún indicio, pero no lograba concentrarme pues en mi mente veía constantemente el momento del accidente. A Lucía se le ocurrió una idea que consistía en anotar todo lo que nos pareciera una pista. Seguidamente extrajo de su cartera una pequeña agenda y un lápiz, arrimó la silla a mi lado y sentándose en ella cruzó sus piernas a la vez que decía:

—¿Comenzamos?

Yo asentí con la cabeza y agregando una leve sonrisa que tiernamente le dediqué a su mirada. Esto hizo que ella tomara unos segundos mi mano y luego me ofreciera un beso. El primer paso fue anotar el título del libro y el nombre de su autora, Amanda Otranto, por supuesto que esto no nos decía nada. Lucía, que había leído muchas

obras, y tenía un vasto conocimiento literario, comentó no haber oído nunca a nadie mencionar a esta autora, por eso se dispuso a hojear las páginas, pero tampoco le resultaba conocido nada de lo escrito. Se detuvo de pronto en una página que tenía un pétalo de rosa seco a modo de señalador. Leyó primero en silencio y luego dijo:

—¡Mira qué lindo lo que dice acá! Es muy romántico y triste a la vez. ¿Te lo leo?

—Bueno, a lo mejor encontramos un indicio de algo. En lo posible lee detenidamente para poder prestar atención —respondí a la vez que intentaba lograr la mayor concentración, y al instante ella comenzó con la lectura.

Detrás del espejo
Esta realidad ya no es un sueño,
como el que a tu lado solía inventar.
La imagen de tu adiós se durmió en mi mirada,
y de tus labios no volví a escuchar
ese tan deseado "te quiero"
que envolvía todos mis amaneceres
haciendo de mis tardes, dulces noches mágicas.
Te has marchado, es cierto,
y sé que desde el más allá
acaricias mis manos como el viento
cuando se desliza entre las ramas
deseosas de primaveras.
El espejo me ha mostrado otra cara,
y tuve que sellar los besos
que al dorso esconden el misterio de mi ser.
Sé que un día volaré con el ángel hecho piedra

que aguarda del otro lado del mar;
él indicará el camino a un encuentro
con ese tesoro tan preciado que guardaré
por siempre en los silencios de este cementerio,
en donde yacen mis transparentes restos.

Al finalizar la lectura, emití mi opinión.

—En verdad es más triste que romántico, pero me gustó mucho, ahora si esto tiene oculta una pista de algo, no tengo la menor idea cuál será.

—¿Cómo no te pareció romántico? ¡Claro que es triste! ¡Pero es romántico y muy tierno! —respondió Lucía con cierto enojo.

Dándole la razón le pedí disculpas y luego de un largo silencio, pregunté:

—¿Vos notaste algo?

Lucía luego de arquear sus labios dijo:

—¿Habrá algo escondido en un espejo? ¿O detrás de él? ¿Habrá un ángel en un espejo? ¿Habrá un espejo en un cementerio?

Pensé unos instantes y respondí:

—Lo dudo, ¡existen millones de espejos en este mundo! No creo que sea tan complicado como eso, se debe tratar de otra cosa —agregué como asegurando mis conjeturas, a lo que ella respondió:

—Creo que tengo que darte la razón, jamás se podría hallar un espejo que también podría haberse roto ¿No es cierto?

Yo hice un gesto de obviedad. Luego lo releímos varias veces pero cada vez nos confundía más el acertijo y decidimos abandonarlo por el momento. El primer paso

era averiguar sobre Amanda Otranto, que también podría no tener nada que ver con las otras cosas halladas en el portafolio. Lucía se encargó de eso yendo a una librería de la ciudad, pero sin éxito. Allí no sabían de la existencia de esa autora. También se contactó con un profesor de literatura, que en el mismo comercio le dijeron dónde ubicar, quien luego de una breve entrevista le pidió tiempo para averiguar, pues él tampoco la conocía.

Pasaron varios días, y en ese lapso fui dado de alta. Ya en casa de Lucía (vivienda que compró con el fin de nuestra convivencia y gracias a la venta de la casa de Buenos Aires) repuse de a poco mis fuerzas. Se me ocurrió que alguien que supiera italiano serviría de gran ayuda para traducir lo que se hallaba escrito. Todo nos parecía muy extraño, algo que sucede solo en cuentos, por eso el entusiasmo y la ansiedad, más de mi parte que de Lucía, por descubrir el nexo que conectara a la hija del viajante con el intrigante pedido que este hiciera antes de morir, me abrumaba de tal manera que hasta llegué a olvidarme de todo lo demás, dedicando mis horas para encontrar aunque sea una pista que por el momento no podía hallar.

Lucía averiguó que un hombre llamado Humberto, vivía en las cercanías y pensando que este señor le podría traducir los escritos, fue en su búsqueda aquella mañana. Al llegar a la vivienda golpeó la puerta, y al cabo de unos segundos un gracioso personaje se asomó por una de las ventanas, y con acento itálico, preguntó a Lucía qué precisaba. Ella respondió que había recibido unas postales de un pariente que vivía en Italia y unas cartas, pero que no entendía lo que en ellas se hallaba escrito, y que como se había enterado que él era italiano, se tomó el atrevi-

miento de pedirle que por favor se las leyera. El hombre de baja estatura y cabello blanco, a la vez que aparecía bajo el marco de la puerta, contestó alegremente a la belleza que se presentaba ante sus ojos, diciendo que no había problema, que leería todo lo que necesitara. Lucía extrajo en primer lugar las postales y se las entregó preguntando si conocía alguno de esos lugares, Humberto vio uno por uno los paisajes que aparecían entre sus manos a la vez que su mirada se tornaba melancólica, y a cada uno lo iba nombrando con exclamación a medida que los hacía correr, en este orden.

—¡Barletta!, ¡Trani!, ¡Otranto!, ¡Lecce!, ¡Bari!

Y luego también en ese idioma, y con una de sus manos en el pecho agregó a esta altura ya con los ojos enrojecidos por el recuerdo y la emoción.

—¡Madre mía! ¡Qué cosa tan bella!

Mientras tanto Lucía detrás de las postales anotaba el nombre de la ciudad correspondiente. Luego le enseñó las fotos, que a Humberto le parecieron que estas también podrían pertenecer a las ciudades mencionadas o a otras pero que no estaba seguro. Luego le entregó las cartas y en el momento que este comenzó la lectura de la primera, y luego de observar a grandes rasgos las siguientes, su mirada se ensombreció, su rostro se tornó diferente, y en forma de enojo abrió sus manos dejando caer los manuscritos al suelo a la vez que con un tono elevado de su voz y tildando a Lucía de mentirosa, le pidió que se marchara. Luego dando media vuelta se retiró hacia el interior de su vivienda a la vez que repetía en su idioma palabras ya inentendibles para Lucía.

El total desconcierto la dejó estática por unos instan-

tes, hasta que se decidió a juntar los papeles para luego retirarse del lugar.

Al tomar conocimiento de lo sucedido supuse que no había que ser muy inteligente para darse cuenta que el contenido de esos escritos, tenían algo que no le gustó al anciano. ¿Qué podría ser que hiciera que una persona reaccionara de esa manera? Ahora, con más razón debía averiguarlo.

Al cabo de unos días comencé a movilizarme y entre ceja y ceja mi objetivo estaba fijo en buscar quién sería la persona encargada de leer el enigma sin que reaccionara de la misma forma que lo hizo Humberto.

Esa tarde sentado en la entrada de la casa que habitaba en aquellos días, me dispuse a hojear el libro que abrí al azar leyendo una poesía que me volvió al pasado.

Dibujo de mi incierta imagen
Por no hablar de este cuerpo,
callo y no trasciendo,
por no ser dueña de mi carne,
me desangro en tinieblas,
por no acoplarme a mi envase
desproporcionado con lo que hay dentro,
me confundo en espíritu irascible.
Y no me contagian las mañanas madrugadoras
porque adormecida transcurro leve,
y me despiertan las lunas sin saber en qué oscuridad
mis manos se pierden frágiles y desnudas,
entonces soy mi propia rehén,
sin ya querer escapar a la libertad de la muerte,

entonces debo mantenerme viva…
entonces debo seguir respirando
el venenoso aire de este planeta ya extinto,
entonces desde aquí debo buscar vestigios
de otra edad que en mi memoria se han dormido
por esta vestimenta que no me pertenece,
sabrás que al final… la respuesta, estará esperando.

Supuse que había un enigma en esa poesía, y dejé volar mi vista que se perdió en esa calle cuya tranquilidad inundaba mi espíritu, y en mi memoria apareció el recuerdo de mis viejos, quienes viajaron a Cuba por ser mi padre un reconocido médico especialista en infecciones.

Ya hacía más de un año que no los veía, y de ese recuerdo mi mente trajo a una ex novia, con la cual quedó un amor inconcluso que siento latir como actual a pesar del tiempo, luego el recuerdo de mis compañeros y amigos del trabajo. Esto último me hizo pensar en comunicarme con ellos. Al día siguiente lo hice, llamando a la vieja oficina que compartimos juntos durante casi los últimos cinco años. En cuanto oí la voz de Tito y al mencionarle quien le hablaba, con agradable sorpresa me preguntó cómo estaba. Luego me informó que todos habían tomado conocimiento del accidente y por demás les había preocupado. Superficialmente le conté lo sucedido y que ya me encontraba en condiciones favorables, prometiéndole ir de visita a la brevedad en la que hablaríamos largamente.

Una vez que concluí con Tito, cedió el auricular a sus compañeros quienes me fueron saludando con cierta añoranza. Al regresar a casa, vi a Lucía que estaba aguardando mi llegada con el libro en la mano. Mirándome fijo y a la vez que con el dedo índice señalaba el nombre de la autora, dijo.

—Creo que descubrí una de las pistas, no sé cómo no lo notamos antes. ¡Mirá! la autora lleva el mismo apellido que una de las ciudades que hay en las postales, Otranto.

Eso significaba que el libro tenía relación con todo lo demás. Tal descubrimiento hizo que gran parte del día estuviéramos tratando de encontrar más pistas. Las suposiciones e historias que se nos ocurrían eran infinitas. También le comenté de la poesía que leí. Me parecía que había algo en ella que sonaba como un enigma pero no me daba cuenta, y por más que nos esforzamos no encontramos nada más.

CAPÍTULO 4

EL INFORME

La mañana se presentó algo lluviosa y bastante fría. Necesitaríamos de un abrigo para dirigirnos al centro de la ciudad, que se hallaba a varias calles de donde vivíamos. Así es que tomamos un paraguas, un par de camperas y salimos lentamente.

En el trayecto noté que alguien nos seguía. Quizá comenzaba a imaginar cosas, ¡con semejante intriga! además la cantidad de billetes que luego de haberlos contado con Lucía, llegaron a la suma de ciento ochenta y siete mil dólares, una cifra que en esos años solo era manejada por gente de muchísimo poder adquisitivo. Eso también llamaba mucho la atención. ¿De dónde habría salido todo ese dinero? ¿Con qué fin lo llevaría encima el viajante? Lo cierto que en un momento dado, giré mi cabeza para ver si el individuo que caminaba varios metros atrás aún nos seguía. Noté que había desaparecido, cosa que me hizo desistir de esa paranoia.

Al llegar al centro caminamos por las calles que se veían románticas con la llovizna y nosotros abrazados bajo el paraguas. Este podría ser un buen final, pero para llegar a eso debería sortear muchísimos obstáculos. En el camino de regreso ya estaba aguardando el próximo. Faltando unas calles para llegar, nos topamos con el sujeto sospechoso, quien se interpuso en nuestro camino e impidiéndonos el paso y dirigiéndose a mí preguntó:

—¿Carlos Dalto?

Quedé en silencio por unos instantes y luego respondí:

—¿Quién pregunta?

—¡Perdón! Lamento la indiscreción, ocurre que los vi salir del domicilio al cual me dirigía y supuse que era usted… Soy Enzo Rolas, pertenezco a la compañía de seguros de la empresa de ómnibus Expreso Viñas, que realiza periódicos viajes desde Buenos Aires a la provincia de Mendoza.

Luego de escuchar esa aclaración de nuestro seguidor, contesté afirmativamente, que era a mí a quien buscaba. El hombre que llevaba un piloto hasta el suelo y un cómico sombrero continuó hablando después de pedirme que nos coloquemos al reparo de la llovizna.

—Usted contrató el servicio saliendo de Buenos Aires con destino a esta ciudad cordobesa, ¿no es así?

—Sí, así es… pero… ¿Cómo consiguió usted la información del domicilio? —respondí con dudas. El hombre continuó.

—En el hospital me informaron de su nuevo paradero, dando como referencia este lugar de residencia.

Yo giré la cabeza en dirección a Lucía, quien hizo una observación en voz baja, aclarándome que ella había sido la que dejó constancia con respecto a mi nueva dirección en la mesa de entradas del hospital. De esa forma logré tranquilizarme a medias, y después el hombre continuó.

—Necesitaría que usted haga una lista de lo que más recuerde que llevaba en su equipaje ¿Le parece? y si podría la empresa contar con una declaración suya de lo que registre en su memoria de aquella noche en que…

En ese momento interrumpí sus palabras.

—¡Perdón! pero no comprendo, no sabía que enviarían a alguien en persona para tal fin, tengo entendido

que debería ir personalmente a la empresa para informar lo referente al equipaje, pues en el hospital me entrevistó un agente de policía quien tomó mis datos, con la salvedad que le proporcioné mi antiguo domicilio de Buenos Aires.

—Sí, en condiciones normales, debería ir usted en persona, pero en este caso aparentemente el accidente fue ocasionado con premeditación, y debo pedirle que todo lo que recuerde me lo comunique en forma exclusiva —dijo frunciendo el rostro, como expresando preocupación. Y luego agregó: —Así es que debo recabar todos los datos posibles para informar cuáles fueron las causas exactas de los sucesos.

Esto me llevó a preguntarle.

—¿A qué se refiere? ¿Intenta decirme que el accidente fue causado en forma intencional?

—¡Lo lamento! pero ya he dicho suficiente, no podría informarle más de lo que le dije. Le ruego si puede hacer lo que le pedí; luego me avisa. Este es mi número telefónico —concluyó dándose cuenta que estaba hablando de más a la vez que me entregaba una pequeña tarjeta donde figuraban sus datos.

—Lo intentaré- dije con marcado nerviosismo.

Él lo notó, y mirándome fijo agregó preguntando:

—¿Por casualidad, y extraoficialmente, usted sabe algo que me esté ocultando?

Miré al sujeto simulando sorpresa, e intentando una sonrisa irónica contesté:

—¿Perdón? ¿Ocultando qué?

—Sobre unos documentos —contestó

—¿Documentos? ¿Qué tipo de documentos? ¡No re-

cuerdo mucho de lo sucedido! En el momento del accidente iba dormido y cuando desperté me hallaba en un hospital —respondí unos segundos después y casi tartamudeando.

Luego de mirarme unos instantes y sospechando que no decía la verdad, agregó.

—Bueno. Si recuerda algo no dude en llamarme, por su bien espero que no esté ocultando nada. La justicia es muy severa cuando alguien le niega información —finalizó extendiendo su mano hacia mí, pero ya sin esa simpatía con la que actuó en principio. Luego levantando a medias su sombrero saludó a Lucía y dando media vuelta se alejó.

Caminamos bajo la llovizna y en ese trayecto mil pensamientos se cruzaron en mi mente. No nos dirigimos palabra alguna, imaginaba que este hombre suponía, o lo que es peor, tenía la certeza que yo sabía algo del portafolio y me pregunté ¿Sería en realidad quién decía ser? Mis dudas de golpe se agigantaron, todo comenzó a ser confuso. Al ingresar a la vivienda Lucía notó que me hallaba abatido, pues me dejé caer sobre una silla y tratando de entender la situación dije:

—¡Esto es una locura! Si fue un atentado y el objetivo de este, sería obtener el portafolio, no lo estarían buscando… ¡Ya lo tendrían en su poder!

Lucía cruzó sus manos y rozando con los nudillos su mentón exclamó:

—A mí esto me está asustando… ¡Y mucho! —ya en forma airada con el tono de la voz más elevado, agregó: —¿Qué cuernos será todo esto? ¡Deberías llamarlo y que venga por el portafolio!

—Creo que si hacemos eso nos va a costar caro, y cuando digo caro me refiero a que detrás de todo esto hay algo turbio a tal punto que imagino cosas horribles. Además ese portafolio no le pertenece —y después de reflexionar unos segundos agregué: —¿Qué te parece si viajamos a Buenos Aires? De esta manera dejamos que pasen unos días, en tanto pensamos mejor la decisión a tomar —dije a modo de consejo, a lo que Lucía opinó un tanto consternada:

—¡No sé! Tengo un mal presentimiento… ¡No sé! ¿Si lo charlamos con mi padre?

Creí acertada su idea aceptando la petición, y sin perder tiempo marchamos al lugar donde residía Samuel, el padre de Lucía.

La finca que se hallaba a varios kilómetros de la ciudad, estaba rodeada de una gran arboleda y el terreno en donde se encontraba, constaba de varias hectáreas, en las cuales había plantaciones. Además contaba con un criadero avícola y también tenía una cantidad importante de vacunos.

Al llegar fuimos recibidos por Samuel quien nos invitó a pasar amablemente y al notar nuestra preocupación, nos pidió si podía sernos útil en algo. Samuel era un hombre discreto, poco expresivo, así es que luego de comentarle lo sucedido con lujo de detalles, él se inclinó hacia adelante en el mullido asiento del sillón y luego de hacer carraspear su garganta, dijo con su voz ronca.

—Creo que Carlos tiene razón, lo más conveniente es que salgan de Mackenna por un tiempo. Esta historia que acabo de oír me parece misteriosa, pero por demás peligrosa. Mis años de experiencia me enseñaron que cuan-

do se trata de dinero, y en este caso de mucho dinero extranjero, harán lo que sea por conseguirlo. Si es verdad lo que dijo ese hombre que lo que sucedió con el ómnibus fue un atentado, no dudarán en seguir intentando lograr su cometido.

Luego de esto Samuel siguió hablando y con tranquilidad nos aconsejó durante varios minutos. Lucía miró asombrada a su padre, no solo por lo que dijo, también por la verborragia a la cual no estaba acostumbrada.

Un par de horas más tarde nos marchamos en el vehículo que nos prestó Samuel, que luego de despedirse nos recordó que tengamos cuidado.

CAPÍTULO 5

CAMINO SINUOSO

Antes de partir nos detuvimos unos minutos en casa para recoger algunas prendas de Lucía pues yo había perdido todo en el ómnibus, solo contaba con un par de pantalones y camisas que ella compró y algunas otras prendas que me dio Samuel, entre ellas una gabardina en muy buen estado, en la cual y dentro de su forro escondimos la mayor parte del dinero. Luego nos marchamos.

Para salir del pueblo, tomamos por un viejo camino sin pavimentar, que a causa de la llovizna contaba con tramos casi intransitables.

El motivo por el cual decidimos ir por este sitio poco usual fue para evitar cualquier encuentro con alguien no deseado que se nos interpusiera, con mucho temor de que corran peligro nuestras vidas.

El automóvil se sacudía de un lado a otro a causa de los zigzagueos y de mi inexperiencia en cuestiones de manejo en este tipo de circunstancias. Recorrimos aproximadamente unos treinta kilómetros en esas condiciones. Lucía se veía asustada y se sostenía del asiento con una mano y con la otra del apoyabrazos. Prácticamente no existieron palabras en todo ese trayecto, el estado de ánimo no era para nada agradable, debido quizá, al temor que sentíamos de quedar empantanados o lo que es peor, que el rodado se diera vuelta.

Comenzaba a anochecer y decidimos detenernos a un costado del camino que había embarrado a más no poder todo el automóvil. Nos preguntamos si faltaría

mucho para llegar a algún pueblo o camino que se hallara pavimentado ¿Sería seguro pasar la noche allí? Pues el lugar era desolado y desde que salimos del pueblo apenas habíamos visto unas pocas casas que, cada vez más dispersas, se ofrecían en nuestro viaje.

Lo que se observaba ahora, y de vez en cuando, eran unas tranqueras que de tanto en tanto se mostraban adjuntas a una larga extensión de alambrados que cercaban los campos insinuando tener propietarios.

Al detener el motor la calefacción dejó de funcionar, por ese motivo tuvimos que cubrirnos con unas mantas pues el frío se comenzaba a sentir. Luego de una breve charla, en la cual solo hablamos de lo que estábamos viviendo, a Lucía se le cerraron los ojos y se durmió. Yo me mantuve despierto, quizá por mi estado ansioso, el silencio ambiental era como un silbido que zumbaba en mis oídos. La oscuridad invernal se adueñó del lugar y veía fantasmas en todas direcciones, cosas que se movían como avanzando hacia mí. Luego me dediqué a encender las luces por momentos, para ver que todo estuviera en orden, y cuando las apagaba se me ocurría que me tragaban las sombras. Era la primera vez en toda mi vida que tuve tantas experiencias juntas, entre ellas una bella mujer con quien soñar, todo ese dinero, con el cual no tenía idea qué hacer con él, un accidente que parecía ser provocado y la aventura de alto riesgo que me acompañaba sin darme respiro.

Tenía que encontrar la forma de aclarar el panorama pero el desconcierto era tal, a causa de la presión recibida, en el intento de saber qué era lo que debía descubrir, que eso me cegaba cada vez más.

Pasaron las horas, el cansancio me venció y sin darme cuenta, me sumí en un profundo sueño.

Estaba amaneciendo cuando unos golpes en el vidrio, hicieron que despertemos sobresaltados. Con desconcierto vimos un hombre que parado al lado de su caballo, nos miraba con una sonrisa. Luego con voz fuerte mientras frotaba sus manos preguntó amigablemente a la vez que de su boca salía el vapor clásico que produce el frio matutino.

—¿Precisa ayuda patrón?

Al instante abrí la puerta y ante el gesto amable recibido respondí.

—No ¡gracias! Hemos pasado la noche aquí por el cansancio, está todo bien, ya nos vamos.

Bajé un instante del vehículo y este, extendiendo su mano derecha, dio un fuerte apretón en la mía a la vez que con la otra tomó mi codo.

Me asombró ese tipo de saludo, parecía ser una persona honesta de esas que se entregan enteras. Su vestimenta constaba de una bombacha de campo, alpargatas, y sobre una camisa blanca que apenas mostraba su cuello, llevaba una campera de cuero gastado, boina vasca y un pañuelo azul que se asomaba en su garganta. Después sonrió y se despidió haciendo un gesto gentil dirigiendo su mirada hacia Lucía que aún se hallaba en el interior del automóvil y montó dispuesto a marcharse.

Subí nuevamente y en cuanto me dispuse a encender el motor del automóvil, este lo hizo girando muy lentamente y luego quedó muerto en el acto, por lo que no tardé en deducir que había olvidado las luces encendidas y a causa de esto, se agotó la carga de la batería.

Mis ojos, que en ese momento se dirigieron hacia este personaje, parecían suplicar viendo cómo comenzaba a alejarse en su caballo.

El hombre, al darse cuenta que no logré poner en funcionamiento el motor, detuvo su marcha, impartiendo una especie de orden al animal y dando la vuelta se acercó en nuestra dirección.

Volví a bajar, levanté el cubremotor creyendo que un milagro se produciría en ese momento, y creo que se produjo, pude sentir la respiración del equino muy cerca de mi oído a la vez que su jinete con una especie de carcajada vociferó:

—¡Parece que no va a *dir muy lejos mi amigo!

Rezongando por el percance hice un gesto de contrariedad al mismo tiempo que movía los cables como si eso fuera a solucionar el problema, luego respondí:

—¡Creo que tiene razón! La cuestión es…

No dejó que termine de hablar, interrumpió diciendo a modo de orden:

—¡Usted se me queda tranquilo patroncito! No tiene de qué preocuparse, que enseguida le mando a mis peones para que lo remolquen a mi rancho. Tuvo suerte de la lluvia, si estuviera transitable los *melicos lo hubiesen detenido… andan día y noche por estos caminos, y a los que no son de estos pagos, los demoran con la cuestión de hacerles la investigación. Bueno, ya después veremos qué podemos hacer con el *chivato, mientras tanto *vamo a dir prendiendo el *juebito, hoy serán mis invitados y la patrona se pondrá contenta, ¡Ah! ¡Se me estaba olvidando!... ¡mi nombre es Nicanor! —concluyó con su acento campero.

Yo le entregué un fuerte abrazo, dándole infinidad de gracias, gesto que Lucía repitió a la vez que le indicaba nuestros nombres.

No teníamos otra salida, así es que unos minutos más tarde, fuimos arrastrados por un viejo tractor hasta el rancho, que de rancho no tenía lo más mínimo. Se trataba de un casco de estancia mucho más grande que el heredado por Samuel, y a simple vista se notaba que eran gente que tenía un buen pasar económico. Los peones se encargaron del vehículo y nosotros fuimos presentados por Nicanor a su esposa, cuyo nombre era Santina, quien más adelante sería una persona de gran ayuda al igual que Nicanor, pero por supuesto esto aún no lo sabía.

Palabras que se utilizan en la jerga campesina:
****Va a dir = va a ir***
****Melicos = militares, policías***
****Chivato = automóvil marca Chevrolet***
****Vamo a dir = vamos a ir***
****Juebito = fueguito***

CAPÍTULO 6

LA ESTANCIA DE NICANOR

Una vez sentados a la mesa, no sin antes habernos dado una ducha en un cómodo baño, Lucía y yo nos mirábamos el uno al otro.

La hospitalidad que recibimos de parte de este matrimonio nos había causado asombro, pues no esperábamos un trato semejante de parte de gente que no conocíamos. Luego Nicanor sirvió vino en los vasos, diciendo que se trataba de una añeja cosecha que le habían obsequiado. En ese momento Santina servía unos trozos de queso y jamón a modo de primer plato, en tanto se terminase de asar la carne. Fue ahí donde charlamos de todo un poco, contando sin profundizar lo referente a nuestro viaje. Lucía aprovechó que Nicanor era un hombre con vastos conocimientos en todos los temas del agro, y le comentó la posición de su padre, ya que Samuel no tenía muy claro el desempeño rural. Demostrando cada vez más su buena predisposición, Nicanor se ofreció a hacer una revisión del campo, gesto que Lucía agradeció enormemente.

Al finalizar el almuerzo Nicanor preguntó si habíamos quedado satisfechos, a lo que respondimos que sí. En ese momento noté que Santina me observaba fijamente, por eso, al darse cuenta comentó con cierta nostalgia en su voz:

—¡Este chico me recuerda a mi Jenaro! ¿No es cierto Nicanor?

—¡Sí! Cuando lo vi dormido en el chivato pensé igual.

Imaginé que Jenaro sería su hijo, y se me ocurrió pensar "¿Habrá muerto?". Y mis dudas fueron aclaradas pues Santina luego explicó:

—Jenaro es nuestro hijo, al que extrañamos cada día más desde que se marchó. Está viviendo en Italia, y no creo que vuelva más a esta tierra.

Cuando nombró ese país, Lucía no pudo evitar un estremecimiento y ambos nos miramos con marcado nerviosismo, dejando claro en nuestros gestos de sorpresa, la preocupación que nos acosaba.

—¿Sucede algo? —preguntó Santina asombrada, y continuó: —¿Dije algo malo? ¡Perdón si te ofendí en alguna forma!

Yo la miré unos segundos y luego dije:

—¡No! No es que me haya ofendido por el contrario, ustedes son muy buena gente, y su cordialidad no tiene similitud, lo que ocurre es que nos ha sucedido algo que le cambió el rumbo a nuestras vidas, es por eso que estamos de viaje y sinceramente no sabemos qué paso seguir.

Santina era una mujer de unos cincuenta años, de contextura robusta, exuberante y jovial. Nicanor parecía de algunos pocos más, pero que no superaba los sesenta, se veía que era una persona aguerrida, corpulenta y de movimientos pesados. Luego de mirarse entre ambos, "y como hablándose en silencio" Santina se animó y dijo:

—Si quieren contar con nosotros, lo pueden hacer, ustedes también parecen buena gente, jóvenes e impetuosos pero sus ojos hablan mucho de su interior.

Sus palabras nos dieron confianza, además se notaba que era una mujer instruida. Más adelante nos enteramos

de que era la que llevaba el control (en lo que a negocios se refiere) de lo que comercializaban, productos del agro.

Fue así que decidimos narrar todo de principio a fin, y el temor que sentíamos de que algo malo nos sucediera. Nicanor nos ofreció que nos quedemos un tiempo en el rancho, (como él decía). Santina luego de aprobar la invitación de su marido, agregó pidiendo a modo de pregunta, apelando a su simpatía y finalizando con una leve carcajada.

—¿Quieren que les traduzca lo de las cartas que mencionaron? Yo soy nacida en Italia y aunque vine de *ragazza lo *parlo a la perfección.

—Preferiríamos que no, no queremos comprometerla con el contenido de estas. Por otra parte hubo un señor que se enojó muchísimo cuando Lucía intentó que se las leyera —respondí con preocupación y seriedad, pero ella insistió, quizá pensando que yo exageraba o que tal vez estaba fantaseando con algo irreal.

—Yo no me voy a ofender ni nada que se parezca por lo que allí esté escrito, y además aceleraríamos la petición que ese moribundo imploró que sean develadas.

—¡Sí! Le doy la razón, mi temor es más que nada perjudicarlos de alguna manera, pero bueno, si usted insiste cuando lo disponga. ¡Espero no se arrepienta!

Santina no quiso esperar y me ordenó leerlas en el acto. Entonces, me dirigí a la habitación donde habíamos dejado la valija. Abriéndola, extraje el portafolio misterioso y lo llevé a la sala donde los tres me aguardaban ansiosos.

Apoyé el contenido del portafolio sobre la mesa, colocando el libro a mi derecha, separé las cartas de las

postales y de las fotografías, haciendo tres pilas. En primer lugar le hice entrega de las cinco postales. Santina al verlas supuso que Humberto podía estar en lo cierto al mencionar dichas ciudades. Era como que a cualquier persona que haya nacido en la Argentina le muestren una postal de los lobos marinos: rápidamente la asociaría con Mar del Plata y serían fáciles de reconocer. Pero la cosa no pasaba por ahí. Santina notó que a cada una de las cinco le faltaba algo, y nos lo comentó. Luego dirigiéndose a su esposo dijo.

–¡Nicanor! ¿Me traerías las cartas que mandó Jenaro que están sobre la cómoda, al lado del alhajero?

Este fue y vino con el pedido de la mujer, que luego de buscar entre los sobres, extrajo una postal parecida y exclamó:

—¡Acá está! ¡Me parecía! Le han cortado el nombre de la ciudad, ¿Ven? En la que me envió Jenaro, acá arriba se puede leer "Ciudad de Potenza", cosa que en las otras ha sido cortado.

—¡Que detallista! —expresó Lucía, y yo pregunté:

—¿Y con qué fin harían algo así?

Ninguno supo imaginar una respuesta. Se produjo un silencio, interrumpido por Nicanor, quien expresó:

–¡Vaya a saber uno! ¿Y las fotos esas?

Santina las miró y luego exclamó:

—Con respecto a las fotografías, quizá sean de lugares referentes a esas ciudades, que son cinco al igual que las postales, pero no logro entender la conexión. ¡Qué misterio!... ¿No?

Lucía anotó lo que Santina indicaba. Luego le cedí el libro y le pregunté si por casualidad conocía a la autora,

cuyo apellido asombrosamente era el mismo que una de las ciudades, pero ella con gesto negativo de su cabeza, a la vez que hacía movimientos y arqueando sus labios, nos dio a entender que no la conocía.

Con bastante temor levanté las cartas y se las entregué lentamente como dudando si en verdad hacerlo. Ella se dio cuenta y me entregó una sonrisa que interpreté como que "no tema". Luego de mirar una por una las hojas algo amarillentas a la vez que parecía estar acomodándolas en orden, se dispuso a su lectura pero en principio en silencio. En segundos notamos que hizo un gesto de asombro. Solo podíamos ver las muecas que se dibujaban en su rostro, abriendo y cerrando la boca en conjunto con los ojos que parecían hacer chispas, por momentos sus dientes superiores apretaban el labio inferior reflejando una expresión similar a una mueca de terror que jamás había visto frente a frente, llevando de vez en cuando la mano libre a su frente, su mejilla o su boca. En varias ocasiones se tomó de los cabellos introduciendo sus dedos en ellos y trasladando su mano hacia la nuca, y una vez allí se rascaba como si tuviese hormigas.

Creo que tanto Lucía como Nicanor sentían lo mismo que yo, que en un momento no pude resistir más y con desesperación dije.

—¡Por favor diga algo!

Lucía se agregó a mi súplica pidiendo lo mismo. Santina levantó su mano unos instantes como pidiendo que aguardásemos y siguió leyendo sin siquiera mirarnos. Luego de un rato apoyó las hojas en la mesa poniendo su mano sobre ellas, en tanto que con la otra se seguía rascando la cabeza, y nos dijo casi suspirando.

—¡Estas no son cartas chicos! son hojas que han sido arrancadas de un diario personal o algo muy parecido.

Hizo una pausa donde le pidió a Nicanor que le alcance un vaso con agua. Tomó lentamente unos tragos en tanto yo imaginaba que no quería seguir, y no me equivocaba, pues después de apoyar el vaso en la mesa dijo:

—¡No sé si deba leerles esto!

—Pero por qué —replicó Lucía, Nicanor apoyando las manos en la mesa al mismo tiempo que se incorporaba en su silla preguntó:

—¿Qué es tanto misterio, que no se puede decir?

Santina no respondía, por ese motivo Nicanor repitió la pregunta pero esta vez poniendo el nombre de su mujer por delante. Santina nos miró a todos y aspirando por la nariz profundamente dijo:

—Está escrito en un dialecto creo que del sur, hay cosas que no las entiendo bien, pero leeré lo que más pueda e intentaré cambiar algunas palabras para que sea más claro.

Palabras del idioma italiano:
****Ragazza = joven, adolescente***
****Parlo = hablo***

CAPÍTULO 7

LA LECTURA

Tomando nuevamente las hojas comenzó a leer, pero esta vez en voz alta. Antes aclaró que había un pequeño párrafo explicando que las fechas que figuraban en la parte superior de algunas páginas, se trataban de los días del mes de marzo en que escribió el relato que sucedía a continuación:

"Tres de marzo de 1976"

En vista que esta enfermedad me está llevando lentamente, declaro: que en los meses o entre los meses de marzo y agosto del año 1948, he participado en forma obligada e involuntariamente, en un acto aberrante de violaciones y crímenes de varias jóvenes mujeres, aunque anteriormente a eso, le he quitado la vida a tres personas más. Estos actos que he cometido, ocurrieron en forma demencial y desesperada, pero creo, que fueron en defensa propia.

Cuando sucedieron las violaciones, yo contaba con dieciocho años de edad y mi cabeza no funcionaba bien. Lo entendible es que yo era un marginado social. A mis padres jamás los conocí y me crié en un orfanato en algún lugar al sur de Manfredonia. Alguien me comentó una vez que estuve en ese sitio desde mi nacimiento que, según tengo entendido fue en el año 1930, y desde que tengo uso de razón, el maltrato que recibía a diario era tan cruel como denigrante por algunas de las celadoras que ejercían su poder en esa institución. Los castigos más le-

ves consistían en ayunos totales. Entre otros, permanecer arrodillados sobre trozos de piedra partida o golpearnos con lo que tuvieran a mano. La comida era insuficiente. Siempre sentíamos frío y jamás habíamos recibido una caricia. Ver morir a varios chicos que allí convivieron conmigo era como despedirse de un hermano para siempre, sentía que el espíritu o el alma me era arrancada a causa de la impotencia cuando estos sucesos acontecían. Los demás niños que se hallaban en la institución eran sumisos y no se quejaban tanto como yo lo hacía, por ese motivo me habían apodado el rebelde, aunque de todas formas los otros igual eran castigados, por eso me ponían de ejemplo cuando yo era el que los recibía.

Así pasó mi infancia llena de rencores, de ira. En el año 1939, la cosa empeoró a consecuencia de la guerra que se desató en Europa, en donde la mayoría de las raciones de un país en crisis económica eran reservadas. Así sobrevivimos, hasta que una noche a mis once años, una celadora "la más perversa" me encontró en lo que vendrían a ser los jardines del lugar, pues el calor no me permitía dormir y me dispuse a sentarme a unos metros del árbol que se hallaba cerca de la entrada. Ella me vio y luego comenzó a arrastrarme de un brazo. Así, intentó llevarme nuevamente a mi lecho a la vez que decía que si estaba pensando en escapar me molería a golpes. Yo estaba seguro que eso iba a suceder de todas formas, de no haber levantado en una de mis caídas un trozo de rama que había en el lugar. Con esa rama golpee a la mujer que cayó en el acto inconsciente al suelo, pero mi furia era tal que seguí apaleando su cabeza con tal brutalidad que su rostro quedó irreconocible. En cuanto tomé conciencia

de lo que había hecho, pensé que el castigo sería terrible. Acto seguido, escapé del internado.

Horas después caminaba sin rumbo, pasé varios días mendigando comida en donde fuera y durmiendo en las calles. Así viví unos meses hasta que el frío diciembre me sorprendió con extrema debilidad en mi cuerpo y por tal motivo alguien, no sé quién, me recogió e hizo que me atiendan en un hospital. Días más tarde y ya repuesto, me visitó un hombre de buena vestimenta quien decía ser un emisario del gobierno, que se encargaría de buscarme un sitio donde estaría bien alimentado. Yo pregunté de qué lugar se trataba, pensando que otra vez me regresarían al orfanato, pero no hallé respuesta. La cosa es que donde fui trasladado, se trataba de una barraca. Allí se sembraban en sus campos todo tipo de hortalizas que reservaban en forma exclusiva para las tropas. Este lugar no era muy diferente al que estuve, solo que en él, la alimentación era mucho mejor y no eran tan severos los castigos, pero nos hacían trabajar en la granja, ya sea sembrando, cosechando o todo lo que a eso se refiere de la mañana a la noche. Solo al mediodía teníamos dos horas para el almuerzo y por la noche también contábamos con una cena.

Con el tiempo comprendí el porqué de esa buena alimentación, era para que tuviésemos un mayor rendimiento en el trabajo. De haber vivido toda la vida así, quizá hubiese sido otro mi destino, pero el asesinato que cometí de alguna manera debía pagarlo.

En el lugar había un encargado de campo, quien seguía nuestros pasos dirigiendo el trabajo y a la vez nos vigilaba para evitar que nos escapásemos. Este hombre

contaba con un hijo que también tenía poder sobre nosotros. Se trataba de un despreciable adolescente que nos molestaba en los momentos en que su padre no lo veía. También solía amenazarnos constantemente aprovechando que era mayor que todos, amedrentándonos con su cuerpo de grandes proporciones. Siempre que recibía un reto, se desquitaba con quien tenía a mano, y por cualquier motivo que fuera no paraba de molestarnos ya sea con tirones de orejas, de pelo, con patadas en el trasero, escupiéndonos la cara o apoyando la filosa punta de un gran cuchillo que siempre llevaba en su cintura sobre nuestras gargantas.

Esa tarde la lluvia nos obligó a abandonar el trabajo. Por tal motivo el padre le pidió que con la ayuda de alguno acomodara el granero. Yo fui el elegido para la labor. Apresuradamente nos dirigimos al lugar a causa de los truenos y la lluvia. Segundos después de ingresar al enorme galpón, se abalanzó sobre mí e intentó quitarme la ropa, a lo que yo resistí haciendo todo el esfuerzo posible, pero su fuerza, sumada a los golpes de puño que dio en mi estómago, me dejaron sin aire. Al verme desvalido, aprovechó y abusando de mí logró su cometido. Luego como si nada hubiera sucedido me ordenó que me vista y que le ayude a apilar los sacos que contenían el resultado de las cosechas. Mi deseo de venganza era tal que en el primer descuido que este tuvo, y en un momento que me dio la espalda, tomé su cuchillo que había dejado en el piso en el momento de la violación y saltando sobre él, hundí el filo a la altura de su riñón, luego lo quité rápidamente arrancando un alarido de su garganta. Lo volví a increpar y repetí la acción pero esta vez en el ab-

domen. Seguidamente y al verlo indefenso tendido en el suelo boca arriba, patee repetidas veces su entrepierna. Luego de pie a su lado pude ver su inevitable y estúpida muerte. Creo que enloquecí por un momento, pues riéndome a carcajadas me mantuve largo rato en ese sitio con el cuchillo en la mano hasta el momento en que su padre ingresó al lugar. Al ver el horroroso cuadro que se presentaba ante sus ojos comenzó a gritar con desesperación intentando hacer reaccionar a su hijo de quien no obtuvo respuesta, para luego, ya dirigiéndose a mí. Al verme con el cuchillo en la mano, no dudó en imaginar lo sucedido y después de derribarme de un empujón, me tomó del cuello y apretándome con furia comenzó a asfixiarme a la vez que repetía la palabra ¡asesino! infinidad de veces. No tuve otro recurso que defenderme con ese mismo cuchillo, con el cual me libré de aquel hombre dándole una muerte mucho más rápida que la de su hijo. Era su vida o la mía".

Luego de esta lectura Santina hizo una pausa. El color que su rostro ofrecía a la vista, era similar a un tizón encendido. Bebió un trago de agua que pareció sisear en sus labios, nos miró y luego vació el vaso. Estábamos todos tan perplejos que nadie pronunció palabra alguna.

El silencio se mantuvo casi una eternidad. Nicanor tenía el codo en la mesa y su mano en forma de embudo sostenía su mentón tapando sus labios como expresando que no hablaría por el resto del día. Lucía no levantó la vista de un recuadro de veinte por veinte que se hallaba delante de sus brazos que, cruzados, se apoyaban sobre la mesa. Yo los observaba a los tres sin siquiera imaginar qué decir, suspiré varias veces haciendo el ademán de

hacer algún comentario, pero quedé en silencio. Luego oí que Lucía tosió levemente y sin dejar de mirar ese punto fijo y en tono muy suave como susurrando dijo.

—Ahora comprendo porqué el pobre Humberto se ofendió de esa manera.

Esas palabras me dieron ánimo para preguntar:

—¿Y que tendrá que ver la hija del viajante con esto que acabamos de oír?

En realidad mi comentario no tenía nada que ver con lo que dijo Lucía pero no se me ocurrió otra cosa. Tras mis palabras, Santina luego de alzar sus cejas preguntó:

—¿Quieren que siga leyendo? ¡Esto es terrorífico! Y por demás perverso, pero si quieren sigo.

En ese momento Lucía dirigió su mirada hacia mí, e hizo un gesto leve que entendí como un sí y dirigiéndome a Santina le pedí por favor que siguiera. Ella tomó nuevamente las hojas y prosiguió diciendo:

"Cinco de marzo de 1976"

Luego de los homicidios escapé del lugar dirigiéndome hacia el sudeste, precisamente a la zona de la Puglia".

Santina hizo un alto explicando que la Puglia es la parte sur de Italia, en las costas del mar Adriático, luego continuó:

"Deambulé por varios pueblos hasta llegar a una zona pesquera donde unos marinos, al verme andrajoso y a simple vista hambriento, me convidaron parte de su almuerzo. Días más tarde, seguí rondando por el lugar. Fue por ese motivo que estos hombres se apiadaron y

me adoptaron en su grupo y con ellos viví varios años en medio de las contiendas bélicas que eran cada vez más atroces. Con ellos aprendí a tirar las redes, manejar los aparejos y todo lo que a la pesca se refiere. En muchas ocasiones navegué con el grupo en el puesto de timonel, cargo que me hacía sentir importante y útil por primera vez en mi vida. Aprendí a cocinar y un viejo marino llamado Dino, me enseñó a hablar el idioma castellano y francés, asegurándome que alguna vez me sería útil.

Creí que había encontrado la senda con mi nueva vida, pero a veces pienso que cada uno nace con una marca, y por más que quiera evadir al destino, este lo persigue hasta el final de sus días, ya sea para bien o para mal.

En la Italia de la posguerra las controversias se vivieron con inusitadas consecuencias. Muchas familias quedaron desmembradas. El hambre por las calles hizo que jovencitas, casi niñas, se prostituyeran provocando riñas entre ellas pues la oferta era mayor que la demanda. A causa de esto muchas veces han llegado a cambiar sexo por un plato de comida.

Yo tenía diecisiete años cuando, cierta noche en la cantina del puerto y en estado de ebriedad, una prostituta de alto nivel se ofrecía a unos jóvenes marineros, quienes la llevaron a la zona del muelle para que les brinde sus servicios pero esta por haber bebido tanto, sufrió una descompostura, cosa que hizo desistir a los jóvenes que se marcharon dejándola en el lugar. Para mi desgracia unos viejos pescadores “también alcoholizados” aprovecharon la ocasión que se ofrecía ante sus ojos e hicieron uso de su cuerpo semidesnudo y desvanecido. Ella

comenzó a despertar y vio que la estaban forzando. Sus gritos en pedido auxilio se hicieron escuchar por Dino, quien me despertó rápidamente pues el anciano me permitía dormir en la vieja barcaza, en tanto estos sujetos la empujaron y ella cayó a escasos metros de nosotros que acudíamos en su auxilio. Nos dispusimos a levantarla cuando unos carabineros se hicieron presentes y nos interpelaron. Luego de oír a la mujer, quien nos acusó de la violación, los oficiales nos golpearon brutalmente y nos detuvieron.

Esa injuria nos condenó a la cárcel injustamente. Varios de los pescadores que se hallaban en la cantina intentaron explicar cómo había sido el incidente pero fue en vano, le creyeron a la mujer. Estando en prisión, me enteré que Dino había fallecido ¡No sé cómo! Supongo que por los golpes recibidos a su anciana edad. Comencé a maldecir y la impotencia me llevó a golpear al guardia que intentó controlar mi ira. Por eso fui castigado nuevamente.

Durante el tiempo que estuve encerrado, los otros presidiarios me maltrataron infinidad de veces y en varias ocasiones fui abusado sexualmente, haciendo de mis días una terrible pesadilla hasta que obtuve la libertad.

A raíz de esto estaba desorientado. Mi vida ya no sería igual, nada ya importaba y lo que más tenía en mente era un pensamiento suicida por lo injusto que el destino fue conmigo. Pero volví al puerto, donde algunos conocidos me ayudaron intentando que me olvide de lo sucedido, de la única forma que lo lograba, era embriagándome la mayor parte del tiempo.

Cierta mañana, en la cual me encontraba en una pla-

za, pues allí me había sorprendido la noche y en ese sitio había dormido mi borrachera, se acercó a mí un sacerdote que se hallaba de paso y viendo el estado de desprolijidad y suciedad que llevaba y al darse cuenta que yo aún era muy joven y que mis facciones se mostraban delicadas, cosa que hacía que aparente menos edad de la que tenía, me invitó a que lo acompañe prometiendo que sanaría mi alma con la ayuda de Dios.

Esto no me pareció raro pues con los últimos sucesos y mi estado, no lograba coordinar bien mis pensamientos. No recuerdo cómo acepté ir con él, la cuestión es que fui trasladado sin tener claro adonde me llevaba.

Desconozco el tiempo que estuve en ese lugar. Cuando recuperé más o menos la cordura que me había quitado momentáneamente el alcohol me encontraba en una cama bien abrigado y limpio. Un hombre con hábitos de monje se hallaba cerca mío y en cuanto notó que yo estaba despierto (después de mi inevitable cuestionario) me habló explicándome que me hallaba en una abadía y cómo llegue ahí él lo desconocía. La cuestión es que con el pasar de los días me recuperé y fui conociendo a todos los miembros de esa comunidad".

"Siete de marzo de 1976"

Hacía poco había cumplido los dieciocho años pero por supuesto eso nadie lo sabía y llegó el momento de las confesiones. Poco a poco fui contando mi vida a un desconocido que detrás de un cortinado grueso y pesado hablaba conmigo periódicamente y a quien yo le informaba de mis estados de ánimo y de mis furias contenidas. Esta persona, en principio intentó que desistiera de esos pen-

samientos, pero psíquicamente estaba muy dañado, a tal punto que rechazaba todo intento de estar bien con mi espíritu abatido.

Por las noches no podía conciliar el sueño y no escapaba del lugar pues tenía cama y comida sin tener que hacer nada más que colaborar en la cocina.

Pasaron varias semanas. Me incorporaron a un grupo juvenil que se hallaba en las mismas condiciones que yo, y que dentro de la abadía realizaban tareas múltiples como una especie de seminaristas, pero yo me resistía a la oración y al claustro. Un tal monseñor Montessi, hizo una visita a la abadía ese fin de semana, visita que se venía comentando desde hacía varios días. Montessi recorrió el lugar dándole la bendición a cada uno de los monjes, y en el momento que se acercó a mí, el abate llevó su mano a la boca y tosió levemente cosa que hizo que el clérigo girase su cabeza a la vez que hiciera un gesto que parecía responder afirmativamente el mensaje emitido por el abate. Luego de ese momento el monseñor tocó mi frente con su pulgar derecho y haciendo la señal de la cruz balbuceó algunas palabras en latín. Esa escena jamás la olvidaré, pues minutos más tarde el abate me solicitó que lo acompañase. Lo hice con desconfianza… algo olía mal. En un carruaje arrastrado por cuatro caballos me esperaba Montessi quien me invitó a subir al majestuoso rodado. Una vez que accedí y ya sentado en la confortable pana, este dio un golpe con la palma de su mano en la parte superior, y el carruaje comenzó a moverse. Los bazos de los caballos hacían un extraño ruido en los adoquines de la abadía. Ese sonido aún lo escucho en mi cabeza. Luego entre el suave zamarreo que bamboleaba

al habitáculo, el eclesiástico comenzó a hablar haciendo preguntas sobre mi vida y los golpes que en ella recibí, para posteriormente asegurar que él tenía claro que yo no quería deponer mi actitud de rebelde. Así es que dijo que la abadía no era para mí, que él sabía de un lugar donde mi rencor sería liberado.

La conversación duró bastante. Cuando me di cuenta que los caballos habían detenido su marcha y un sonido silencioso se adueñó del lugar, el hombre hizo un ademán que entendí como que me invitaba a bajar a la vez que abría la puerta en un camino desierto, que contaba con una arboleda de ambos lados. Yo accedí y bajé pensando que él haría lo mismo pero una vez que puse mis pies en tierra el conductor arrió los caballos rápidamente emprendiendo la retirada. Intenté alcanzarlos pero me abandonaron ahí.

No sabía en dónde me hallaba, y comencé a caminar sin rumbo fijo. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando logré oír unas voces a modo de arreo, que provenían del bosque. No sabía qué debía hacer, si huir o esconderme, pero no tuve mucho tiempo de sacar conclusiones, pues de repente me vi rodeado por cinco hombres que sin darme cuenta aparecieron montados en caballos y rodeándome se abalanzaron sobre mí y luego sujetándome con fuerzas me introdujeron en el bosque perdiéndonos entre la arboleda.

Minutos más tarde nos detuvimos en un paraje en medio de la nada. Me encerraron en una especie de jaula construida con palos y en ese sitio estuve varios días con hambre y sed, agredido por estos sujetos que introduciendo varas entre lo que vendrían a ser los barrotes de

mi celda rasgaban mi piel a la vez que gritaban eufóricos la palabra ¡muerte! repetidas veces, esa tortura me enloqueció, e hizo que en mi mente se pierda la razón, y el animal interior prevaleció haciendo de mí un salvaje ser en aquellos días.

No recuerdo si fue una mañana o una tarde en que se abrió la puerta y de un empujón, introdujeron a un hombre, provisto de un madero para defenderse de mí. Este, me veía (creo) asustado al notar mis características salvajes, y en el momento en que alzó el palo para golpearme, lo ataqué ferozmente. Intentó defenderse pero quitándole el palo lo golpeé encarnizadamente a la vez que estos monstruos coreaban la palabra ¡muerte! nuevamente.

No sé quién era ese pobre sujeto que asesiné aquel día. Solo sé que la desesperación por el hambre que tenía, hizo que sin miramientos arrancara con mis dientes pedazos de su cuerpo y comiera de él, cosa que logró que los bárbaros que me tenían encerrado se intimidaran ante el ser que habían creado.

Dos o tres días después transportaron la jaula (conmigo dentro) en una pesada carreta a un lugar muy cercano, donde se podía ver una construcción en forma de círculo hecha en su totalidad con troncos fijos al suelo y uno pegado al otro. El lugar contaba con una sola entrada, el suelo era arenoso, y de uno de esos maderos se veía una gruesa cadena, en la cual uno de sus extremos estaba engrampado en su base, y en el otro una especie de pulsera que amarraron a uno de mis tobillos, no sé exactamente el tiempo que pasó cuando se hicieron presentes unos hombres, cinco para ser específico, que de una

suerte de palco, también hecho con troncos, me observaban. Contaban con un atuendo que cubría todo su cuerpo incluso sus cabezas. No pude distinguir sus rostros al estar inmersos en las negras capuchas que los ocultaban. Seguidamente oí los gritos de una mujer que se hizo visible apenas traspasaron el arco que separaba ese sitio del exterior. La mujer era arrastrada por los siniestros personajes que me enclaustraron con brutalidad, y muy cerca de mí, la despojaron de sus ropas. Los gritos eran insoportables, cosa que parecía excitar a los que observaban, y después de un manoseo generalizado fue ultrajada por cada uno de ellos, turnándose mientras los otros la sujetaban. Concluida la violación, fue arrojada hacia mí, y pude oír una voz que enérgicamente dijo.

—¡Por esta prostituta fue tu condena!

Mi cerebro se bloqueó y luego esa frase fue repetida varias veces por los otros encapuchados. Después de esto las voces de los violadores se oyeron nuevamente.

—¡Muerte, muerte!

Yo ni siquiera recordaba el rostro de la mujer que nos denunció a Dino y a mí, así es que mi deseo de venganza, hizo que fuera el fin de la desdichada que ahora aparecía ante mí. Luego de que los espectadores se marcharon, los bárbaros llevaron los restos de la mujer para sepultarla".

Santina se detuvo nuevamente y nos miró a la vez que mordía su labio inferior y después de suspirar profundamente, expresó:

—¡Qué locura! —y prosiguió con la lectura ante nuestra mirada absorta.

"Nueve de marzo de1976"

Estos hechos se repitieron siete u ocho veces hasta el mes de agosto de 1948, la fecha exacta la desconozco, pero recuerdo que en el momento en que uno de estos bestias intentaba cambiar mi tobillera al otro pie (cosa que hacían con frecuencia) logré empujar a quien me sujetaba y arrojando arena sobre el rostro del otro pude quitarle el arma que tenía y les disparé a ambos quitándoles la vida sin darles tiempo a reaccionar. Seguidamente escapé y me oculteé en el monte donde los tres restantes me siguieron, intentando poder recapturarme y en ese escenario los fui acabando uno por uno ese mismo día, al último de los bárbaros después de provocarle serias lesiones a causa de un disparo en la pierna, le prometí que le perdonaría la vida si me explicaba por qué hicieron eso conmigo, quién les había dado la orden y qué habían hecho con los cuerpos de las mujeres. Este en principio se negó a dar cualquier tipo de información, pero momentos más tarde, al ver que estaba perdiendo mucha sangre habló, diciendo que les habían pagado muy bien por lo que hacían y que me daría todo ese dinero recibido si lo dejaba ir. Yo accedí al pedido y cuando tuve en mis manos el dinero, y luego de encontrar también el lugar donde habían sepultado los cuerpos, puse fin a la vida de ese engendro sin respetar el perdón que le ofrecí, pero antes de acabar con él, "en sus últimas súplicas" me confesó quiénes eran los cinco sujetos y dónde ubicarlos. Con esa información tenía las de ganar, así es que ideé un plan para destruirlos. En tanto, cambié de lugar los cuerpos, para solo yo saber dónde se hallaban las desafortunadas mujeres, aprovechando que el terreno era de iguales ca-

racterísticas en toda la zona.

Semanas más tarde y ya alejado de ese sitio unos cuantos kilómetros, encontré un lugar donde ubicarme por el momento. Se trataba de una casa en ruinas de un poblado que fue bombardeado y posteriormente abandonado por los sobrevivientes. Esa etapa de mi vida, la hice de manera ermitaña durante muchos años. Con el tiempo y con mi aspecto diferente me reinserté "si es que así puedo llamarlo" a la sociedad, y en un barco que zarpó en el año sesenta, viajé con destino a Argentina, pero antes de eso busqué a quienes eran los que estaban detrás de todo ese demencial juego de muerte, llegando a extorsionarlos desde el anonimato, hasta el último día que pisé ese suelo.

Santina hizo una pausa en la cual al unísono todos llenamos de aire nuestros pulmones y luego muy lentamente lo exhalamos con total perplejidad, y dijo finalizando: —Aquí en otra página y con otra letra, pero en el mismo dialecto dice:

"Querido padre: estos escritos me los entregó esa mujer que murió a sus cuarenta y seis años, el día quince de agosto de este año 1976, a quien tuve bajo mis cuidados y que, entre otras cosas perfectamente 'tú sabes'.

La segunda parte de este informe la hallarás en otro sitio que de seguro el nombre de esta mujer te llevará a encontrarlo. El libro, las fotos, las postales y el informe deberás protegerlos para que no caigan en manos equivocadas, y solo deberás actuar si no regreso antes de la fecha convenida, llevando este informe a quien correspon-

da para que intervenga en el asunto. Tú sabrás en quien confiar. Hay más información que hallarás al final de 'ya sabes qué cosa', donde existen datos, cuyo resultado es lo que tenemos que sacar a la luz para evitar un desastre. Hay que intervenir en esto, es de suma importancia para acabar con la injusticia que los poderosos manejan a su antojo. Debemos hacer que castiguen a los culpables.

No olvides que también puedes encontrar otra cosa a develar que se esparcen en códigos en los versos de Amanda Otranto, y que existen fechas que son claves del lugar donde se hallarán los datos del sitio en que enterraron los cuerpos de las mujeres asesinadas. Hay un secreto más que, mientras tomas tu té con 'limón', hallarás en las fotos. Advertencia: el poder que estos poseen no tiene límites ¡cuidado! Te quiero. Ana".

De esta forma Santina finalizó la lectura. Fue entonces que nos miramos entre todos, tomando aire como para emitir algún comentario, pero nos manteníamos en silencio. Nadie supo qué decir, incluso Santina que había repasado el escrito anteriormente se hallaba azorada.

Lucía secó sus lágrimas con el revés de sus manos y acongojada suspiró entrecortadamente. Yo tomé su brazo con suavidad sin decir palabra. El clima de sentencia era abrumador. Nicanor se animó y luego de mover su cabeza con signo de negación dijo:

— ¡He quedado sin palabras! No sé qué decir.

Si no hubiese dicho nada sería lo mismo pensé cuando este finalizó ese comentario, pero también comprendí que la atrocidad del relato nos había dejado en la disyuntiva. Lucía estalló en llanto y exclamó aterrorizada:

—¡Estamos muertos!

Santina reaccionó erguida en su silla y con tono de disgusto dijo:

—¡Pero! ¿Qué estás diciendo nena? ¿Te has vuelto loca?

—Tiene razón la chinita —agregó Nicanor y posteriormente apretó los labios mirando a su esposa con los ojos desorbitados.

Yo atiné (a modo de sugerencia) a completar diciendo:

—Creo que les hemos causado un daño gratuito por culpa de estos escritos, ¡no sé cómo reparar esto! Por algo no quería que los leyera. Ustedes deben estar sumamente preocupados por los acontecimientos por eso se me ocurre que lo mejor es que nos vayamos en forma urgente para no comprometerlos más, pidiéndoles disculpas que si no son aceptadas, es entendible.

—¡No! ¡No! —repitió Santina para luego agregar: —Ustedes no son culpables de nada en absoluto. ¿Qué podían hacer si esto les cayó como peludo de regalo? ¡Por favor! No vamos a permitir bajo ningún punto de vista que se vayan, mucho menos ahora que sabemos el peligro que corren. ¿No es cierto Nicanor? —finalizó dirigiéndose a su marido, quien respondió afirmativamente con la cabeza a la vez que se levantaba y dirigiéndose a la puerta dijo:

—Además si los agarran los melicos con esas cosas me los van a fusilar. Le voy a decir a los peones que si alguien pregunta algo sobre ustedes nieguen que alguna vez los vieron. Y vamos a guardar el auto en el galpón.

Santina se incorporó en su asiento y salió de la sala. Lucía me preguntó qué debíamos hacer. Yo le di mi respuesta encogiendo los hombros, luego nos abrazamos

y así quedamos hasta que regresó la mujer quien dijo:

—Ustedes tienen que descansar, así es que vengan conmigo. ¡Y mañana será otro día!

Seguimos a Santina hasta la habitación que nos había preparado anteriormente y nos dejó ahí cerrando la puerta.

CAPÍTULO 8

LA ESTANCIA, EN LA ESTANCIA

A la mañana siguiente cuando desperté, pensé que todo había sido una pesadilla. Lucía aún dormía, así que intenté llamarla sacudiendo su brazo, ella sorprendida y sobresaltada exclamó:

—¿Qué pasa Carlos? ¡Me asustaste!

Yo aún adormecido respondí:

—¡Perdón! Tuve un mal sueño en el que Santina nos traducía los escritos —hice una pausa y luego agregué a modo de pregunta: —¿No fue un sueño? ¿No es cierto?

—¡No Carlos! no fue un sueño, lamentablemente no lo fue —respondió Lucía con una actitud que no fue de mi agrado, y dándose vuelta se tapó hasta la cabeza con intención de seguir durmiendo.

—La dejé descansar y luego de vestirme salí al patio saludando a Santina que estaba con el mate en la mano junto a su horno de leña. Estaba pronta a retirar el pan casero que ella misma había amasado. Al verme cargó el recipiente con agua y extendiendo su brazo dijo:

—¿Un amargo?

Yo asentí con la cabeza y una sonrisa. Luego de aspirar el aire matinal con un marcado suspiro que, entrecortado surgió de mi interior, miré los ojos de la mujer que aún conservaba cierta belleza y le expresé nuevamente lo mucho que lamentaba haberlos involucrado en semejante dilema, pero que si no lo tomaba a mal le pediría otro favor. Si ella podría transcribir en castellano todo lo que nos había leído, para posteriormente revisarlo y es-

tudiarlo con más tranquilidad las veces que sea necesario para seguir adelante con la investigación.

Santina accedió diciéndome a modo de consejo, lo siguiente:

—Lo que yo haría en tu lugar, es dejar todo así como está, pues esto es algo que a vos no te corresponde en absoluto. Además noté el terror que se ha gestado en el rostro de Lucía y las ganas de abandonar todo y dentro de ese todo… estás vos, ¡no sé si soy clara!

Luego de meditar unos instantes, (y dándole en parte la razón)respondí que ya estaba metido hasta el cuello, y que además una promesa es una promesa y debía cumplirla.

Luego de unos segundos de silencio, agregué que, aun sabiendo el riesgo que corría, valía la pena asumir. Además de todo eso, me intrigaba notoriamente todo el misterio que encerraba tal legado y estaba interesado en averiguar qué tenía que ver la hija del moribundo con un asesino arrepentido, quiénes fueron los principales inspiradores y por qué, y que si no lo averiguaba, quizá me arrepentiría toda mi vida.

Tal vez si Lucía esa mañana no hubiese reaccionado de la manera en que lo hizo, mi comentario a Santina jamás hubiera existido y esto era otra lección que aprendí en mi vida: "No actuar bajo los efectos del enojo".

Santina dijo que era lógico mi pensamiento y que mi forma de ser, por así llamarla, tempestuosa, se debía en gran parte a mi juventud y que le hacía recordar en ese aspecto también, a su hijo Jenaro. Era la segunda vez que lo mencionaba y no sería la última. Luego le pedí que me

hable de su hijo. Ella con un brillo especial en sus ojos comenzó a narrar algunas historias de él con marcado orgullo, anécdotas de su infancia y demás. En un momento dado me preguntó si me imaginaba por qué motivo le había puesto Jenaro como nombre. Yo le respondí que no tenía la más mínima idea, a lo que ella dijo:

—Jenaro nació el seis de enero, el día de reyes, por todo esto, a Nicanor se le ocurrió bautizarlo con el nombre Gaspar o Melchor. También le pareció que Baltasar era lindo nombre, pero le dije que ninguno de los tres nombres me gustaba para mi hijo. Buscó algunos otros pero también los rechacé, por lo que él ofendido salió de la habitación del hospital. En la cama contigua a la mía se hallaba una mujer quien una vez que Nicanor se retiró, exclamó en voz alta:

—¡Jenaro!

—A lo que yo agregué en forma de pregunta ¿Perdón? —y ella continuó:

—Dicen que los romanos le agregaron dos meses más al año, antiguamente el año solar contaba con diez meses, habían dos que no existían, o mejor dicho no los registraron como tales, pues a causa del frío no cosechaban y no podían efectuar los mercadeos propios por culpa del gélido clima. En aquellos tiempos todo era más hostil. El frío, era en verdad de temer, por ese motivo eran meses muertos. Más adelante a estos nuevos meses los denominaron enero y febrero, Jenaro significa enero.

—Me gustó mucho ese nombre, y así lo bautizamos. Por supuesto que a Nicanor nunca le dije quién me había dado la idea.

Yo sonreí diciéndole a Santina que era una persona

sin igual.

Los días siguientes fuimos familiarizándonos con esta pareja, colaboré con las tareas rurales y Lucía en las hogareñas. Nicanor sentía mucho aprecio por mí y Santina nos dedicaba su tiempo, brindándonos grandes charlas en las que aprendimos muchísimas cosas y recibimos consejos que en el futuro nos serían útiles.

Esa tarde ingresamos temprano a la vivienda pues el frío se hacía sentir luego de unos días templados que, la mayoría de los peones solía llamar el veranito de San Juan entre comentarios que hacían mientras realizaban las tareas diarias. No se equivocaban, ya que la temperatura de los últimos cuatro días había superado ampliamente los treinta grados.

Nicanor se aprontó a encender un hogar a leña que en pocos minutos comenzó a calentar el ambiente. Luego de refregar sus manos y a la vez que hacía un gesto gracioso, palmeó mi espalda y después de una risotada exclamó.

—¿Qué le parece si tiramos unos pedazos de carne mi amigo? ¡Total! sobró bastante del mediodía —y concluyó riendo nuevamente.

Lo miré, dándome cuenta la falta que le hacía la presencia de su hijo y con una sencilla sonrisa agregué:

—¡Como usted mande Nicanor! ¿Quiere que yo me encargue?-

—¡No *m´hijo, usted se me queda tranquilo que estas cosas me corresponden por herencia del *tata.

Realmente el tono con que habló sonaba como el del día en que nos conocimos pero que frente a su mujer casi no utilizaba y que corroboré recién al oír que Santina lo

confirmó, cuando con algo de ironía rezongó:

—¡Nicanor! No hablés de esa forma que parecés uno de esos campesinos brutos.

—*¡Güeno chei! ¿Y qué es lo que soy? —respondió este, como sin importarle.

Acto seguido, levantó a su mujer de la cintura, cosa que, aunque Santina hacia ademán de desagrado claramente dejaba ver que eso le gustaba, pues entre el simulado disgusto, hizo unas muecas de aceptación. Giré el rostro en dirección a Lucía y sonreí con picardía, insinuando con un movimiento de mis cejas, los hechos posteriores a esto.

Lucía metió los labios dentro de su boca girando la cabeza en otra dirección como para evitar la risa que sanamente le había querido arrancar mi gesto. Luego ambos fueron en dirección a la cocina a buscar las cosas para la cena. Aprovechando la ocasión ya que todos nos hallábamos distendidos y acercándome al fogón sonreí para mis adentros, a la vez que pensaba en la suerte que tuvimos al haber conocido a esta gente.

Por la mañana Nicanor me pidió que lo acompañara a la ciudad. Cosa a la que su mujer se negó, alegando que podía ser peligroso si alguien me estuviese buscando, pero a Nicanor se le ocurrió la idea de disfrazarme de peón, pues así nadie sospecharía de quieén se trataba. Con entusiasmo, me vestí con una boina, unas bombachas de campo, alpargatas y una camisa de frisa a la cual Santina le puso un relleno para simular gordura. Así marchamos a la ciudad.

Recorrimos varios lugares en los que el hombre realizó algunas compras, entre otras cosas. Seguidamente le

pedí si podría hacerme el favor de pasar por la casa de Lucía, para ver cómo estaba todo por ahí. Nicanor aceptó y combinamos que él se quedaría a unas calles de allí para no despertar sospechas. Minutos más tarde llegué caminando al lugar, me cercioré, mirando en ambas direcciones y verifiqué que no hubiera nadie a la vista. Decidí entrar cuando noté que habían forzado la cerradura, de todas formas logré ingresar a la vivienda, notando que estaba todo revuelto y desparramado, así es que salí rápidamente. Casi corriendo fui al encuentro de Nicanor y en cuanto estuve a unos metros le dije con marcada agitación y nerviosismo.

— ¡Nicanor! ¡Vámonos de aquí!

Subí al automóvil y elevando la voz, ordené:

—¡Lléveme a lo de Samuel! ¡Urgente!

Este aceptó pidiéndome que le indicara el camino, en el cual le comenté lo ocurrido.

Una vez en casa de Samuel y después de constatar que él estaba bien, me hizo saber que también se había preocupado, pues no sabía nada de nosotros, que al acercarse a la casa de Lucía, días atrás, vio la cerradura rota y se dispuso a trabarla como para que la puerta no quede abierta y no supo qué más hacer, pues realizar la denuncia no le daba ninguna seguridad.

Al preguntarle el motivo por el cual hizo ese comentario, Samuel respondió que en otro momento lo hablaríamos. Le pedí que no se preocupara por Lucía, que ella se encontraba perfectamente bien, pero Samuel hizo un gesto con su boca y abriendo más los ojos y alzando sus cejas dijo algo que no olvidaré.

—Algunas personas creen que hacen solos su desti-

no, y no saben que quienes los acompañan forman parte de él.

Yo sentí que esas palabras perforaron mis oídos. No sabía si debía ofenderme o pedir disculpas, pero opté por quedar callado. Medité unos segundos y pensé que Santina tenía razón, esto a mí me había llegado sin buscarlo, y no sentía culpa por querer ayudar.

Nicanor le pidió a Samuel que nos acompañara hasta la estancia, que así aprovecharía para visitar a su hija y también para traer su auto ya que a nosotros no nos haría falta, Samuel aceptó, con dudas, pero lo hizo, dejando a cargo a uno de sus empleados.

Luego de almorzar salimos los tres con destino a la estancia de Nicanor. Nos detuvimos unos minutos en el lugar en que se encontraba el teléfono, (ya que el pueblo quedaba en camino) y de allí llamé a la empresa a la cual pertenecía el ómnibus en el cual viajé, pedí hablar con alguien de gerencia y a esta persona le pregunté si conocía un tal Enzo Rolas. Me pidieron que aguardara un minuto y luego me atendió un hombre quien dijo llamarse así. Le comenté que yo era Carlos Dalto a quien él había visitado en Vicuña Mackenna, pero este aseguró no saber de qué le estaba hablando. Luego le dije que yo era uno de los pasajeros que había sobrevivido en el accidente de Laboulaye. La respuesta que obtuve fue que me presentara en la empresa y que se harían cargo de los daños que fueron ocasionados a mi persona. En ese momento le volví a preguntar si había sido él quien estuvo charlando conmigo días atrás. Ante su negativa me despedí advirtiéndole que había alguien que se estaba haciendo pasar por él pero con una especie de carcajada me con-

testó con qué motivo alguien haría eso. Le respondí que yo no tenía idea, pero que a él le convenía averiguarlo y luego desconcertado corté la comunicación.

Me dirigí al automóvil, les comenté lo sucedido y partimos del lugar.

En el trayecto puse al tanto a Samuel de todo lo referente a la traducción que había hecho Santina. Samuel quedó paralizado con mi relato y se mantuvo así durante todo el viaje. Ya de regreso, Lucía se estrechó con su padre en un emotivo abrazo, y luego Nicanor le presentó a su esposa.

Palabras que se utilizan en la jerga campesina
****M'hijo = mi hijo***
****Tata = padre***
****Güeno chei= bueno che***

CAPÍTULO 9

LA PISTA

Con la correspondiente preocupación de todo padre, Samuel hizo una especie de reproche hacia mí particularmente y otro tanto a su hija, pero Santina se encargó de nuestra defensa, como si fuese nuestra propia madre, diciendo que nosotros no éramos para nada culpables, ¿Que podíamos hacer si las cosas se dieron así? Que no había ninguna posibilidad de revertir esta situación. Nicanor le aconsejó a su mujer que no opinara, pero ella muy irritada se opuso a no decir lo que pensaba. Samuel tomando conciencia de las palabras de Santina le dijo a Nicanor, que ella tenía razón y pidió disculpas por ello, pero noté en la actitud de Samuel que ya no era el mismo y hasta pensé que no le agradaba que yo siguiera al lado de su hija.

A la mañana siguiente, al despertarme, oí las voces de Nicanor y Samuel quienes se hallaban conversando temas del agro. Al acercarme, me di cuenta que la situación estaba más calma. Samuel le hacía algunas preguntas a las cuales Nicanor le daba varias indicaciones al respecto.

—Veo que se han hecho grandes amigos —dije, a fin de verificar si era lo que suponía.

Al parecer, Samuel ya había olvidado el episodio del día anterior. Luego los saludé con un buen día, a lo que ellos respondieron de la misma forma. Los dejé charlar y al querer salir al patio me topé con Santina, quien dijo:

—¿Cómo amaneció hijo?

Yo algo sorprendido por ese saludo respondí.

—¡Muy bien! ¿Y usted?

—¡De igual manera! — y luego de unos segundos agregó: —¡Ah! Ya hice la copia del escrito, ya que anoche no podía dormir aproveché —dijo pausadamente.

Le agradecí con un abrazo, por eso y por haberse puesto de mi lado ante Samuel. En ese momento preguntó:

—¿No te molesta que te llame hijo?

Yo le respondí que en absoluto, y que en cierta forma ella también me recordaba a mi madre. Esas últimas palabras mías la hicieron emocionar y pude ver sus ojos brillosos a la vez que me ofrecía una tierna sonrisa.

Por la tarde, después del almuerzo, Lucía y yo releímos unas partes de lo que había traducido Santina, mientras Samuel seguía conversando con Nicanor. Luego se produjo un silencio en el cual todos dirigieron sus miradas hacia mí, en el momento en que me hice varias preguntas en voz alta.

—¿Hacia dónde se dirigiría aquel hombre que me entregó el legado del crimen? ¿Su hija residiría en el lugar al cual este estaba viajando? ¿O volvía de allí?

Fue ahí que se me ocurrió que de alguna forma debía averiguar el nombre de aquel hombre, y a modo de consulta me dirigí a los tres mayores diciendo:

—Tal vez en la comisaría cuya jurisdicción era la que correspondía al lugar del accidente, me darían la información deseada.

Pero Samuel dijo que era necesario tomar todos los recaudos posibles, teniendo en cuenta que en ese momento en el país estaban sucediendo cosas de las cuales nosotros no teníamos conocimiento. Ese comentario y

otro que hiciera el día anterior me llevaron a pedirle que por favor me explicara a qué se refería. Samuel hizo un gesto con sus cejas y luego dijo:

—Un amigo, Julio, tenía un hijo… lo detuvieron en la esquina de su casa y jamás lo volvió a ver.

Nicanor, en cierta forma apoyó la advertencia que Samuel nos hiciera y ante nuestro asombro, dio a conocer la propia historia de su hijo, el cual estaba ausente del país por ese mismo motivo. Por un instante quedamos boquiabiertos. Lucía les pidió que nos pongan al tanto, porque ella no entendía nada, Santina se enderezó en su asiento, y tomando aire dijo:

—¡Dios mío!

Todos la miramos, y pudimos ver que sus ojos se llenaron de lágrimas, y luego de un movimiento repetitivo de su cabeza en forma de negación, continuó:

—No voy a olvidar jamás esa noche en la cual se hizo presente el Tanito, sin golpear la puerta se metió en la casa casi corriendo y llamando a mi Jenaro le dijo a modo de orden que si no se iba con él en ese instante, era hombre muerto.

—¿Y qué hizo Jenaro? —preguntó Lucía.

—¡Por suerte mi Jenaro le hizo caso! Una hora más tarde un grupo de hombres con el rostro cubierto entraron por la fuerza, rompieron la puerta y luego nos increparon a nosotros. Con un tono de voz elevado preguntaron: "¿Dónde está el subversivo?". Al no hallar respuesta, golpearon a Nicanor y después revisaron toda la casa, rompieron armarios y entre otras cosas causaron varios destrozos aquella noche.

—¿Y qué sucedió? —pregunté intrigado.

—Lo esperaron hasta el amanecer y se marcharon. En varias oportunidades se repitieron estos hechos, hasta que se dieron cuenta que ya no volvería. En cada visita nos decían cosas aberrantes de mi hijo. Jenaro y el Tanito cruzaron al Uruguay y de ahí viajaron a Italia.

Santina extrajo un pañuelo del bolsillo de su saco de lana y con él secó sus lágrimas. Aproveché ese momentáneo silencio para preguntar.

—¡Pero, no entiendo! ¿Quiénes y por qué los buscaban?

—Es una situación muy confusa. Jenaro participaba con un grupo de amigos que se conocieron en la facultad de medicina de Buenos Aires. Eran parte de un movimiento de personas que, tengo entendido, ayudaban a los necesitados, pero parece que detrás de eso había una causa política y eso, se conoce que a los que gobiernan el país no les conviene, pero no sé cuál es la razón —respondió Santina.

—La cuestión es que hace más de un año que están ocurriendo varios hechos de estas características en el país y quizá este manuscrito que tienen en su poder, sea un motivo para que los causantes de estos sucesos, los involucren creyendo que están actuando en contra de ellos, por eso, mis temores de que si siguen avanzando en este enigma, les pueda suceder algo malo- acotó Samuel con marcada preocupación, lo que me llevó a decir:

—Yo con mis veinticuatro años tenía conocimiento de muchas cosas que había aprendido, la mayor parte a causa del estudio, en el trabajo o con lo que mis padres me enseñaron pero esto es nuevo para mí. Creí que el gobierno existente había servido para eliminar el caos en

nuestro país y esta novedad me llena de dudas y sumadas a las que tengo a causa de este dilema me hacen sentir temor, lo que me lleva a preguntar entonces… ¿dicen que en la comisaría no me van a dar información?

—Realmente creo que no, tal vez encuentres un policía con buenas intenciones pero lo más seguro es que no halles respuesta y hasta podrías llegar a tener serios problemas. Mi consejo es que no lo hagas, si fueron ellos los que violentaron la puerta de tu casa o los que causaron el accidente del ómnibus en el que viajabas, no serán ellos los que te brinden información, por el contrario, van a querer sacar información de parte tuya —dijo Samuel a la vez que se levantaba de su asiento y mirándome con resignación agregó: —Yo buscaría en el hospital.

Se produjo un largo silencio. Lucía siguió leyendo la traducción y de pronto golpeó con la palma de su mano sobre la mesa y expresó.

—¡Escuchen! Aquí Ana le dice a su padre que esa mujer murió a los cuarenta y seis años el día quince de agosto de mil novecientos setenta y seis, o sea que nació en los años treinta… ¿Entienden?

Todos nos miramos y nadie se dio cuenta a que se refería, lo que me llevó a decirle con impaciencia que por favor hablara de una vez. Y lo hizo.

—¡El hombre del manuscrito nació en el mismo año que ella! ¿Se dan cuenta ahora?

Seguíamos sin entender, y como nadie se animó a intentar adivinar su deducción, Lucía con gesto de obviedad aclaró:

—¡Por favor! ¿Cómo no lo notaron? ¡Los dos… son la misma persona! ¿Entienden ahora?

Fue como un balde de agua fría a mi lentitud para hacer suposiciones.

—¡A ver! ¿Qué te hace pensar que la mujer muerta y el hombre que hizo la declaración son la misma persona? —dije incrédulo, y sin entender el porqué, pero Lucía siguió asegurando lo que decía y además agregó:

—Y eso no es todo; acabo de descubrir que Amanda Otranto, también es otra faceta de este personaje, o el nombre femenino que adquirió al convertirse en mujer, y el nombre masculino me atrevería a decir que es Ángel.

—¿Ángel? —preguntó Santina con intriga, y luego agregó: —¿Y cómo pudiste darte cuenta de que se llama así?

Lucía explicó tomando el libro que estaba abierto sobre la mesa y leyó lo siguiente.

—Miren aquí lo que dice en un verso de esto que escribió Amanda: "…Allí te contare del ángel hecho piedra que aguarda del otro lado del mar…", creo que cuando viajó a esta tierra dejó su pasado atrás cambiando de personalidad… ¿Qué piensan?

—Que esto suena cada vez más a locura, y lo que yo haría sería abandonar toda esta inconciente historia y me iría del país con ese dinero porque acá nunca van a poder disfrutarlo ni estar tranquilos —dijo Samuel bastante indignado y como emitiendo una orden.

En tanto Santina y Nicanor aceptaban que la suposición de Lucía podía ser acertada, y yo realmente no sabía qué pensar, pero dije:

—Hasta que no sepa qué pasó con la hija del viajante no puedo abandonar esta promesa que le hice a ese pobre moribundo. Usted perdone don Samuel pero yo soy así.

Mis palabras invitaron a un silencio que se posó en los labios de todos. Santina miró a Samuel como retándolo a duelo cosa que hizo que este después de reflexionar unos instantes y dirigiéndose a mí, dijera:

—Quién debe pedirte disculpas soy yo, y además felicitar tu postura que indica que eres un ser íntegro. Me alegro que mi hija te haya elegido.

Yo comenzaba a dudar de ese elogio, pero para quedar bien estreché su mano. Acto seguido Lucía abrazó a su padre, a la vez que Santina hizo un aplauso emocionada y apoyando su mano en la cabeza de Lucía dijo:

—A ver chiquita, vamos a repasar entre todos lo que has descubierto.

Lucía señalando un párrafo de los versos de Amanda, dijo:

—Vean acá, creo que está claro lo que quiere decir: "…Hoy el espejo refleja otra imagen, y en ella trato de encontrar los besos que al dorso esconden el misterio de mi ser…" ¿Ven? Cuando dice que el espejo refleja otra imagen, quiere decir que cambió de hombre a mujer.

Nadie hablaba, nuestros rostros parecían un muestrario de gestos y muecas que trataban de expresar algo que no sabíamos decir con palabras. Luego se oyó una risa que salió de la boca de Samuel, quien una vez que concluyó su carcajada dijo aún sonriendo y a modo de pregunta.

—¿Acaso no puede ser que haya querido decir que esa otra imagen que reflejaba el espejo era la del paso de los años?

Lucía no respondió, creo que aceptando que esa podría ser otra posibilidad. Luego Santina, como para ali-

viar a Lucía que se hallaba confundida por la suposición de su padre, hizo mención del otro párrafo, preguntando:

—Y esto de: "...los besos que al dorso esconden el misterio de mi ser..." ¿Qué querrá decir con...

—¡Espere Santina! —expresé cortando sus palabras, y continué: —¡Hay algo que recordé! -dije mencionando las frases que leí en el jardín aquel día. Por eso le pedí a Lucía que leyera ese verso, y una vez que esta lo hizo, le pedí: —Repetí el final por favor.

Y Lucía otra vez leyó el último párrafo.

— "...Entonces desde aquí debo buscar vestigios de otra edad que en mi memoria se han dormido, a causa de esta vestimenta que no me pertenece, sepas que al final la respuesta estará esperando".

Luego de oír eso nos miramos asombrados y fue ahí cuando dije:

—Creo que Lucía tiene razón, en la parte que habla de la vestimenta que no le pertenece, puede querer decir que cambió de aspecto o de género. ¿No lo creen así?

Santina juntando sus manos bruscamente expresó:

—¡Claro! Seguro que quiso decir eso. ¡Qué misterio! Y la parte "...Al final la respuesta estará esperando..." ¿Qué querrá decir?

—¡Al final del libro! —dijo Nicanor en forma de chiste, a la vez que se reía inocentemente, pero nadie lo tomó así, pues lo miramos seriamente, cosa que hizo que se le borrara de golpe la sonrisa y dijera: —¡Perdón! ¿Dije algo fuera de lugar?

Lucía a la vez que ponía el libro con la contratapa hacia arriba, le preguntó a Nicanor.

—¿Usted se da cuenta de la idea que nos acaba de dar?

El hombre la miró asombrado haciendo señas de no entender. En tanto Lucía observando la cara posterior a la contratapa, expresó:

—"...¡Los besos que al dorso esconden el misterio de mi ser!..." ¡Son dos datos, que escritos en dos poesías llevan a lo mismo! veamos en la parte interna de la contratapa.

Al hacerlo, Lucía y su padre, que se puso de pie casi detrás de su hija y observando bien de cerca, expresaron con gestos su sorpresa, cuando notaron, en el medio de la amarillenta blancura del papel que se adhería al fondo interno de la contratapa unos labios que, en forma de besos hechos en sellos de agua, apenas perceptibles, se veían en el final del poético libro.

Lucía hizo una muestra giratoria para que todos lo viéramos. No podíamos creer que allí pudieran estar varias respuestas, pero tuvimos que hacerlo cuando Lucía con un cuchillo, que previamente le solicitó a Santina hizo un pequeño corte en el papel y lo fue abriendo lentamente. Una vez que este se liberó, dejó a la vista un escrito (al dorso) de minúsculas letras que después de haber sido leído nos dejó abatidos ¡tanto, tanto! que no pude dar las gracias a Nicanor por haber dado "inconscientemente" la pista para este nuevo paso en la investigación; ni felicitar a Lucía por su astucia, ya que todo lo que había supuesto resultó cierto. Las dudas se aclararon al leer lo siguiente.

CAPÍTULO 10

EL HALLAZGO

"Mi nombre es Ángel Pranni, pero debí cambiarlo, sucedió en el año 1960 en las costas de Otranto cuando presencié un accidente. Vi un automóvil rodar por una barranca de un camino costero, descendí pronto a ver si podía servir de ayuda y vi dos religiosas inconscientes dentro del vehículo. El fuego hizo imposible mis intenciones. Lo único que rescaté fue una valija que saltó del interior, la tomé en posesión y fue ahí que se me ocurrió cambiar mi apariencia usurpando la identidad de una de las desdichadas monjas, vistiéndome con los hábitos que hallé en su maleta, como así su documentación y un pasaje a la Argentina en un barco que zarparía días después. Su nombre era Amanda Martini. Lo leí en su pasaporte, lo demás pueden imaginarlo. Ya aquí, en esta tierra, me recibieron otras religiosas que jamás supieron mi identidad. Así viví en un convento varios años, luego salí a la calle a predicar la oración, adquirí sabiduría y también llegó el amor a mis días, ¡claro que no en la forma que imaginan! Un sacerdote, quien fue el único que supo mi secreto, y amé hasta su muerte. Luego conocí a una buena niña, la hermana Consuelo, que me ayudó en todo. En estos últimos días debí confesarle quién realmente era. Debo informar a quien corresponda, que cinco miembros del Obispado, fueron los causantes de aquel horror del cual me hicieron partícipe. Días atrás recibí la noticia que un contacto en Italia me suministrara. Uno de ellos el que

más poder tenía, es el principal candidato al relevo papal.

Temo entonces por la vida del sumo pontífice, conociendo a la perfección al personaje que lo acecha.

Ayer Ángel Pranni, hoy, Amanda Martini.

PD: Dios me perdone".

Lo que sentimos finalizada la lectura fue un vacío interior o lo que se llama impotencia de no tener la menor idea qué hacer frente a esto, lo cual era… y no había que ser muy inteligente para darse cuenta, algo casi imposible enfrentar. ¿Qué se podía hacer? Las miradas que nos entregábamos eran como de piedad, la que reclamaban nuestros espíritus lacerados por esta desidia. Lucía luego de la lectura, se veía como alguien a quien habían apaleado. Nicanor movía su mandíbula como masticando algo que no tenía en su boca y haciendo que el mentón pareciera que se le iba a desprender de la cara. Ni hablar de Samuel, quien dejó su cabeza colgada de sus manos con los codos apoyados en la mesa y sus dedos encorvados hacían que las uñas se incrusten en los parpados simulando garras góticas mostrando una sensación de locura en esa imagen que jamás olvidaré. Santina, bueno… ella era como que había recibido la noticia de que le habían dado la sentencia de muerte, o algo por el estilo, pues no dejaba de llorar en silencio con la respiración entrecortada y los labios enrojecidos de tanto apretarlos entre sus dientes. No podía seguir allí sentado. Así fue que me puse de pie y lentamente me dirigí a la puerta y por el vidrio que había en ella miré hacia el exterior sin ver. Creo que pasó una hora o más, en la cual oí que ellos

dijeron algunas palabras entre murmullos, pero no logré prestar atención, creo que fue la única vez que mi mente quedó realmente en blanco como se suele decir.

Horas más tarde, cuando salí de esa especie de trance en el cual me había sumido, noté que la oscuridad inundó el lugar. Miré alrededor, ya no había nadie en el comedor, aparentemente todos dormían. ¿Habrían pensado en dejarme solo para que tomara una decisión? Esa noche no dormí en la cama. Solo me recosté en el sillón de la sala y luego de varias horas de desconcierto me sorprendió el sueño.

La mañana se hizo presente, y el sol se mostró radiante intentando derretir la escarcha que se formó en todo el suelo exterior. Santina me despertó con un mate y pude ver las brasas del leño que aún emanaban un poco de calor.

—¿No has tomado frío? —preguntó.

Yo respondí negativamente con la cabeza. Luego agregó:

—No se te ve bien, ¿Por qué no te acostás en la cama y dormís un poco más? Necesitás descansar.

Luego de estirar mi cuerpo y después de un bostezo, respondí:

—Gracias Santina, pero he tomado una decisión y debo hablar con todos.

A medida que se fueron levantando, se ubicaron alrededor de la mesa. Nicanor que regresaba de dar a su gente las indicaciones de la nueva jornada, también tomó asiento en la cabecera, que a esta altura se asemejaba más a un patíbulo que a lo que realmente era. Una vez que ya estaban todos sentados dije:

—Con este legado, al cual me comprometí sin saber a qué me enfrentaba realmente, los he expuesto a todos ustedes a cualquier tipo de peligro, dolor o represalia que puedan causar los involucrados. Estos documentos que, si logro que sean develados, quizá puedan cambiar la historia, interferir o no es una decisión que nadie más que yo debo tomar. Por ese motivo creo que a partir de ahora debo seguir solo, no puedo permitir que alguno de ustedes salga lastimado. Te pido Lucía… que me perdonés porque tendré que dejarte —hubo un breve murmullo y luego continué: —A usted don Samuel, perdón por haberlos herido a ambos, y en el caso de Santina y Nicanor, también sería lo mismo. Así es que mañana viajaré a Buenos Aires, y allí veré ya con otra perspectiva, los pasos a seguir.

Lucía se abrazó a mí diciendo que no quería perderme, pero que ella temía por su padre, y que iba a ser lo mejor para todos.

Me sorprendió totalmente esa respuesta, (aunque Santina me lo había advertido) pero creí que Lucía iba a decir lo contrario, incluso creo que a Nicanor le causó el mismo efecto, así es que seguidamente salí al patio junto a Lucía para conversar, le dije que no esperaba que aceptara tan fácilmente la decisión que yo había tomado, a lo que ella respondió:

—Te pido disculpas si te hizo mal que te hablara con tal crudeza, pero desde que llegaste a Mackenna, no hice más que sufrir. Además esto me huele mal, ya te lo he dicho, y no quiero seguir adelante con esta encrucijada… Anoche decidí regresar con mi padre, y si alguna vez solucionás esto que creemos te va a costar caro, quizá me

encontrés y podamos continuar con lo que ni siquiera hemos comenzado.

Esa tarde Lucía y Samuel se marcharon de la estancia. Yo intenté imaginar que Lucía se había dejado influir por su padre, pero de todas maneras creí que era razonable su posición, ya que esta relación estaba mal barajada desde el comienzo.

CAPÍTULO 11

INCERTIDUMBRE

Este escrito había dado vuelta las cosas, si bien anteriormente, me hallaba desorientado, ahora la incertidumbre era total.

Ya entrada la noche Santina me ofreció un plato de sopa que acepté y después de servirlo, los tres cenamos en silencio. A la vez que la mujer acercaba el cucharón con otra medida del sabroso caldo, dirigiéndose a mí, me invitó un segundo plato preguntando:

—Entonces… ¿Mañana te vas?

—¡No hay otro remedio Santina!— respondí en voz baja.

Nicanor dejó la cuchara al costado del plato y preguntó con ese acento, al que Santina ya no reprochaba.

—¿Y qué es lo que se me va a buscar a Güenos Aires, mi amigo?

—¿A Buenos Aires? ¡Nada! Solo que no tengo otro lugar adónde ir —contesté resignado, y casi antes que concluyera, agregó:

—Me parece que debería quedarse acá y dejarse de macanas, aparte lo que usted busca se me hace que está por estos lados… cuando este viejo zorro olfatea al aire… señal que hay carne cerca —concluyó a la vez que tomaba nuevamente la cuchara y la hundía en el caldo que se hallaba en su plato.

Yo lo miré extrañado y segundos después pregunté:

—¿A qué se refiere Nicanor? ¡Realmente no entiendo!

—Creo que tendría que averiguar en los conventos

de los alrededores si en alguno de ellos hubo una tal monja de nombre Amanda y otra de nombre Consuelo y empezar por el principio. En Buenos Aires se le van a complicar las cosas mi amigo y si quiere contar conmigo para que lo acompañe ni lo dude, ya estamos metidos en el baile y no nos queda otra cosa que *mover las tabas — respondió Nicanor con marcada seriedad.

Luego charlamos al respecto y ambos me convencieron a que me quede en la estancia. En tanto yo, después de agradecerles, los saludé y me dirigí rumbo al dormitorio con la idea de dormir, pues me hallaba exhausto.

Un extraño ruido me despertó esa madrugada. Abrí los ojos y supuse que estaba soñando pero volvió a suceder. Se trataba del viento que comenzó a soplar con fuerza y hacía un ruido similar al de un rugido en su paso entre las ramas del árbol que se erguía junto a mi ventana. Ya no pude dormir y al escuchar el viento recordé una de las poesías del libro que hablaba de algo similar y encendiendo la luz me dispuse a leerlo. Efectivamente, hacía esa mención, cuando de repente creí descubrir otra cosa, la mencionada religiosa de nombre Consuelo… ¿Sería la hija del viajante? Quizá el nombre Ana no era el verdadero y lo adoptó para despistar a quien sea ajeno al legado. Entonces recordé las palabras de Nicanor, debía buscar en los conventos a esa monja. Con ese pensamiento seguí leyendo el libro en busca de otra pista y me llamó la atención una poesía que se titulaba El Legado.

> *"¿Dónde dejaré mis besos cuando me lleve la muerte?*
> *Esos besos que pocas veces pude darte,*

en tu ausencia mi boca ya no es mía,
quizá nunca existió el rumor de sonrisas en los ríos de mis labios,
por eso dejo este legado poético,
para que al fin se descubra por qué mis lamentos son eternos,
y mi llanto inevitable,
despojaré con mis versos la trama cónclave
donde se urde el odio que quiebra
los matices del amor,
los cardenales enmudecerán en las jaulas
y dentro de mi adiós habrá un camino marcado,
y al final de él las largas cabelleras podrán
tocar al fin el cielo,
confío en estos ojos que se muestran observadores
tratando de aclarar el misterio de quienes
mueren sin amor,
¿Dónde dejaré mis besos?
Esos besos que jamás te pude dar".

Esta poesía dejaba en claro varias cosas, por supuesto que ahora las entendía mejor por el hallazgo de la carta de Ángel Pranni o Amanda Otranto, no sé cómo llamarle o tal vez me estaba convirtiendo en un buen detective a causa de tanto misterio en el cual estaba corriendo peligro mi integridad.

Por un lado entendí que esta persona había sido infeliz toda su vida. Por otra parte exponía el tema del cónclave y los cardenales. Finalmente imaginé que cuando habló de que en su adiós hay un camino marcado, quiso

decir que referente al lugar donde se hallan sus restos hay algo que indica quizá dónde están enterradas las mujeres, porque eso interpreté al referirse a lo de las largas cabelleras, pues no creo que indicara otra cosa.

Era la primera vez que sentía pena por un asesino, pues repudiaba todo lo que se tratase de violencia o crímenes. Ahora debía saber dónde encontrar el lugar en el que había sido enterrado este personaje. Y peor, cómo hacer para exhumar su cuerpo. ¿Con qué pretexto haría una cosa semejante? Tampoco iría de noche como un macabro profanador, o tal vez, podría pagarle a algún cuidador en forma clandestina y que él se encargue de la lúgubre labor. Eso parecía más acertado y creo que cualquiera haría lo mismo. Lo que me asombraba era que estaba comenzando a pensar en cosas con las que siempre estuve en desacuerdo, eso me convertiría en la persona que contradecía mi forma de ser. Me abordaba el dilema y me di cuenta que tanta confusión me estaba trastornando.

El viento era cada vez más fuerte y me levanté dispuesto a calentar agua en la cocina. La presencia de Nicanor, que se hallaba sentado al lado del fogón, me causó un sobresalto al hablar.

—¿No puede dormir tampoco mi amigo?

Con mi corazón que se aceleró de repente al ver que esa fantasmal figura se movió de golpe y me habló, respondí con cierto nerviosismo.

—¡Nicanor! ¿Intenta matarme de un susto?

Luego de una leve carcajada contestó:

—¡Perdón m`hijo! No sabía que era tan asustadizo.

Y luego lanzó otra risotada que hizo que me enfurez-

ca, tomando en cuenta los acontecimientos que me tenían a maltraer. Cuando paró de reír a la vez que extendía su mano hacia mí, preguntó:

—¿Un amargo? —yo lo acepté sin contestar palabra, a lo que Nicanor agregó: —¡No se enoje mi amigo! Yo estoy tan asustado como usted. Lo que ocurre es que no lo demuestro, esa es la diferencia, miedo sentimos todos alguna vez. ¡La cosa es que no se note! Pero no se me haga problema, yo le voy a ayudar a resolver su vida, ya sea para bien o para mal.

Esas palabras lograron tranquilizarme, y tomando aire, respondí:

—Perdone usted, pero sucede que en tan poco tiempo mi vida ha cambiado de forma inesperada, he prometido algo que no solo sé si voy a poder cumplir, también me asusta cometer un error que pueda hacer peligrar mi vida y la de los que estén cerca de mí.

Le entregué el mate ya vacío a la vez que veía el leve resplandor del fuego que comenzaba a arder nuevamente, después de que Nicanor agregara unos leños. Luego le comenté que suponía que la hija del viajante que me entregó el portafolio era Consuelo, la religiosa.

—¡Pero claro m`hijo! Santina piensa lo mismo, qué la tal Ana y Consuelo son la misma persona —dijo casi interrumpiendo mis palabras, a la vez que todo mi ego detectivesco se derrumbaba en mil pedazos, pero de todas maneras, la coincidencia de suposiciones aclaraba un poco más este misterio.

En ese momento recordé algo que antes había olvidado. A causa de esto, consideré necesario comentarle a Nicanor lo que se me había ocurrido, en tanto él siguió

ofreciéndome sus mates hasta la hora en que se levantó Santina. Nicanor le entregó el mando de cebadora y luego dirigiéndose a su esposa, comentó:

—El amigo y yo vamos a hacer unas averiguaciones que tal vez nos lleven todo el día ¿sabe patrona?

Esa manera de hablar me causaba gracia, y no por la forma en sí, quizá de otra persona que hablase con ese tono no me causaría el mismo efecto, pero Nicanor era un tipo especial. Santina también lo era. Al mirarla, me sonrió y luego se dispuso a preparar unas tostadas y un termo con café para llevar en el viaje.

Palabras que se utilizan en la jerga campesina
****Mover las tabas = bailar***

CAPÍTULO 12

EL RELATO DE DIANA

Serían las seis de la mañana cuando, a modo de orden, Nicanor me pidió que lo acompañara. Tomamos unos abrigos y salimos en su automóvil. No había dudas que Nicanor estaba tan nervioso como yo, pues manejaba totalmente tensionado y moviendo su mandíbula, que a esa altura descubrí que era un acto que ejecutaba cuando vivía un momento crítico.

Durante el viaje, y con la intención de distender su estado, le narré algo de mi vida logrando mi objetivo.

Unas horas más tarde llegamos a la ciudad de Laboulaye y nos detuvimos frente al hospital zonal donde fui atendido aquel fatídico día. Bajé del vehículo y me dirigí a la sala de terapia, recorrí lentamente el lugar, husmeando por los pasillos, pabellones e incluso en la sala de enfermería sin hallar resultados. No me animé a preguntar por ella y cuando me disponía a regresar con Nicanor, la vi, y en cuanto pasó cerca de mí la llamé en voz baja.

—Diana…

Ella me miró y al reconocerme, se detuvo y con un leve abrazo me saludó a la vez que preguntaba con marcada expresividad:

—¿Cómo está mi paciente preferido?

En mi mente sonaban las palabras de advertencia que me hiciera Samuel, y observando en todas direcciones, respondí:

—¡Bien, por el momento! ¿Y usted?

Ella respondió de la misma manera, luego preguntó:

—¿Has venido por el control médico?

Mi respuesta no se hizo esperar.

—¡No! ¡No! El motivo de mi visita es porque tengo la imperiosa necesidad de hablar en forma urgente con usted. No se apresure a pensar nada pero realmente me haría un gran favor si acepta.

Ella aceptó intrigada y acordamos que la esperaría una vez que haya cumplido su horario laboral. Luego agregué:

—¡Otra cosa! No comente con nadie mi visita, ¡Por favor! Prometo explicarle todo luego.

Ella más asombrada aún, indicó el lugar del posterior encuentro.

El bar se hallaba a unas calles de allí, donde más tarde nos reunimos. Ella ingresó titubeando y con preocupación en su mirada. Después de saludarla nuevamente le ofrecí asiento y dije:

–Voy a hablar en forma directa para no hacerle perder tiempo. El motivo de mi visita es que necesito un gran favor de parte suya. Primero debo contarle, siempre y cuando usted prometa ser discreta, lo que me ha ocurrido, ¿está dispuesta a escuchar?

—¡Sí! Estoy ansiosa por oírte —respondió mirándome fijamente con sus enormes ojos negros. Acto seguido, le conté los puntos más importantes de esta historia y que a causa de ella, hasta había roto relaciones con mi pareja.

La joven mujer se mantuvo estática durante mi relato, solo movía sus cejas y sus labios recordándome a Santina cuando leyó el legado que había escrito Pranni

en silencio. Una vez que finalicé, preguntó, con algo de histeria en su voz.

—¿Y en qué parte de esto encajo yo?

Tomé unos segundos para responder y dije:

—Usted es la única persona en quien confío que puede recordar algunos datos del hombre que me dio ese portafolio. Por ese motivo le ruego si puede colaborar, le prometo que su vinculación con este hecho, será de total reserva. Si lo desea, no responda ahora. Vuelvo en otro momento.

Pero no hizo falta, "para mi suerte" porque ella en forma instantánea dijo:

—Contá conmigo, pues recuerdo muy bien todo lo acontecido aquel día.

Me sorprendió esa respuesta. Pensé que daría cualquier otra, así es que con una agradecida sonrisa pregunté:

—¿En verdad?

—¡Sí! Y paso a relatarte que ese día, apenas inicié la guardia, me informaron del accidente. En ese momento vos estabas en quirófano. Hubo gran alboroto, yo en primer lugar atendí a una mujer que había sufrido politraumatismos y que clamaba por su hija, a quien tranquilicé diciéndole que se hallaba fuera de peligro en la sala de pediatría…

De repente interrumpí sus palabras diciéndole que me alegraba saber que ambas se hayan salvado, y luego siguió su relato, mencionándome algunos de los difuntos, a quienes yo iba descartando por deducción, hasta el momento en que comentó lo siguiente:

—Entre los muertos había un hombre que tenía un disparo en el pecho. Según los médicos, este hombre no

pertenecía al pasaje, pues no presentaba contusiones propias de alguien que sufre un accidente de esas características. Dicho sujeto portaba un arma en su mano, como así otro que sí era un pasajero, por los magullones que se hallaron en su cuerpo y que sería quien le habría disparado al otro. El hombre que produjo el disparo era militar, pues eso notificó el forense después de verificar la documentación que se hallaba en poder del occiso. Por otra parte, según este médico forense que intervino, preguntó si había algún familiar del general fallecido.

Luego de estos datos que me proporcionó Diana, exclamé:

—¡Es ese! ¡Ese hombre es al que estoy buscando! —acto seguido, y ya con marcada ansiedad en mi cuestionario, dije: —Otra pregunta, ¡la última! y nunca más volveré a molestarla, ¿recuerda el nombre de ese hombre?

—¡Por supuesto!... se llamaba… Gregorio… ¡Sí! Gregorio Capelli, recuerdo que viajaba al mismo lugar que vos, porque cuando se hizo presente tu novia… ¡perdón! mejor dicho tu ex novia, diciendo que venía de Vicuña Mackenna y que era pariente de un accidentado, pensaron que venía por Capelli, pero luego dio tus datos y la enviamos a tu habitación. Por Capelli nadie se hizo presente —concluyó Diana, haciendo un gesto con su cara y sus hombros levantados como expresando "eso es todo".

Yo no paraba de agradecerle por la información que me había proporcionado. Luego me incorporé y extraje un sobre de mi bolsillo, en el cual previamente había puesto algo de dinero para compensar de alguna forma a Diana. Me dispuse a entregárselo pero ella no quiso aceptarlo. La obligué a hacerlo y luego me despedí pi-

diéndole un pacto de silencio, más que nada para que su vida no corra peligro. La observé marcharse lentamente y jamás volví a saber de ella.

Me reuní nuevamente con Nicanor que me estaba aguardando en la plaza. Nos dirigimos al auto y ya en camino de regreso le comenté todo lo ocurrido en el encuentro con Diana, mientras lentamente nos alejábamos de la ciudad.

Luego de una hora de marcha nos detuvimos en un pequeño poblado donde, después de una cordial entrevista, pregunté al párroco del lugar si él tenía conocimiento de la existencia de algún convento en las cercanías del lugar.

Este con suma amabilidad, me dio la indicación necesaria para llegar al más cercano. Además me explicó en doónde hallar otros, que se encontraban no muy distantes de Vicuña Mackenna.

Visitamos el primero, que estaba próximo en nuestro viaje sin resultados positivos. Luego decidimos abandonar por el momento la búsqueda pues el sol ya estaba cayendo y queríamos llegar antes de que anochezca.

Cuando Santina nos vio entrar lo primero que hizo fue calentar el agua a la vez que nos preguntaba cómo nos había ido. Nicanor se aventuró a dar algunos detalles y yo concluí hablando del occiso. En el momento en que hice mención del nombre de éste, Santina dio un salto en la silla expresando a modo de pregunta:

—¿Gregorio Capelli? —con un tono elevado de la voz y luego agregó con más calma: —¡Lo conozco! Mejor dicho lo conocí, fue un chico que estudió en la escuela primaria de La Cautiva junto conmigo.

Dirigiéndose a mí, me explicó que La Cautiva es un pueblo al este de Mackenna, donde ella vivió junto a sus padres al llegar de Italia, y luego continuó diciendo:

—Creció en ese mismo sitio, años después sé que se graduó en la escuela militar y se casó con una chica del pueblo llamada Consuelo Marcial, a la que mis padres le decían la galleguita. La unión de ellos fue unas semanas después de nuestro casamiento, luego se mudaron a Buenos Aires. ¿Recuerdas Nicanor?

—La verdad… ¡no recuerdo!, pero seguramente ha de ser la misma persona, pues le han puesto el nombre de la madre a su hija, porque la nombrada monjita se llama Consuelo ¿no es así?—dijo Nicanor algo irónico y con recelo.

Por tal motivo yo no pronuncié palabra alguna. Solo los saludé y me dirigí al dormitorio.

Una vez en la cama, me detuve a pensar en todo lo vivido, a pesar de que no había habido diversión, por el contrario hubo demasiado peligro, pero adquirí todo tipo de experiencias en esta nueva y difícil etapa de mi vida, me hallaba más tranquilo creo que a causa de que Lucía ya no era una carga en este dilema.

De ese pensamiento pasé a tratar de adivinar qué habría sucedido con la hija de Gregorio, Consuelo, ya que según Diana no se acercó al hospital en busca de su padre. En ese momento recordé el pasaje de la lectura que nos hizo Santina donde decía:"…Solo deberás actuar si no regreso antes de la fecha convenida…" Entonces me pregunté. ¿Si no regresa de dónde? ¿Habrá viajado a Italia? Sería una locura encarar tamaña responsabilidad de ir personalmente a enfrentar semejante poderío, era una

duda que quizá me aclararían si encontraba el convento donde supuestamente convivieron Amanda y Consuelo.

Por la mañana, mientras esperaba que Nicanor se desocupara de su tarea cotidiana, le comenté a Santina cuál era el próximo paso a seguir pero no sabía cómo encararlo. Temía que si daba con el convento requerido tal vez no me dieran la información deseada. Santina luego de pensar un momento dijo:

—¡Se me ocurrió algo! ¡Espérenme! ¡No se vayan, voy con ustedes!.

CAPÍTULO 13

EL CONVENTO

Momentos después, Nicanor me avisó que ya estaba listo para que vayamos en busca del convento pero le pedí que aguardara un segundo, pues su mujer vendría con nosotros. Al cabo de unos minutos la vimos salir de la vivienda. Creo que esa fue la primera vez que reí tanto desde que salí de Buenos Aires. Santina se presentó ante nuestras atónitas miradas, vestida como una gringa que recién bajaba del barco, con un vestido negro, un saco haciendo combinación y un pañuelo en su cabeza que había atado bajo el mentón. Nicanor hacía gestos de fastidio, por eso le dijo que se parecía a la madre a la vez que soltaba una carcajada. Esa era la impresión que ella quería dar, dijo después que paramos de reír. Fue una de las partes más cómicas en esos días.

Ya en el auto y una vez que este arrancó, Santina nos dio instrucciones de su plan para evitar cualquier tipo de objeción por parte de las religiosas que ese día visitaríamos. Y tuvimos suerte, al primer lugar que llegamos, actuamos según nos dijo Santina, Nicanor quedó aguardando en el vehículo, y su mujer y yo nos aprestamos a ser recibidos.

Una vez que nos abrieron las puertas, me presenté con un nombre falso y haciéndome pasar como traductor de la inventada Leonora Di Renzo. Le pregunté a la religiosa si había alguien en el lugar que hablase el idioma italiano. Ella me respondió que sí, pero que en ese momento se encontraba de viaje en Buenos Aires. Esto

último sirvió para nuestro propósito, aunque de todas formas teníamos un segundo plan que no hizo falta por el momento.

Santina pronunció su discurso en idioma Italiano y yo inventé su traducción de la siguiente manera.

—La señora Di Renzo desea hablar con la madre superiora de esta institución, porque necesita saber de una religiosa que, según le habían informado, se hallaba en ese convento

—Si usted me da el nombre de la persona que buscan quizá yo pueda ayudarla —respondió.

Yo simulando obviedad, dije:

—¡Desde luego! Su nombre es Amanda Martini y la señora es su pariente.

La avejentada mujer se sonrojó al oír el nombre de quien nosotros sabíamos perfectamente que había fallecido y después de titubear unos segundos contestó:

—La hermana Celestina es la madre superiora, pero como le dije, está de viaje.

Luego de hacernos pasar, y presentarse como Sor Milagros, nos pidió que la siguiéramos. Atravesamos un largo corredor en el cual a la izquierda se extendía un amplio jardín. De pronto, se detuvo ante una puerta de dos hojas y después de abrirla, nos pidió que por favor ingresáramos a la vez que decía que ella misma nos brindaría toda la información al respecto. Luego de invitarnos a tomar asiento y quedando ella de pie, agregó:

—Lamento darles la mala noticia de que la hermana Amanda ha fallecido hace aproximadamente un año pero hacía ya más de cuatro años que no residía en este lugar. Ella estaba a cargo de una escuela rural en las afue-

ras de Vicuña Mackenna.

Como sabíamos que íbamos a recibir esa noticia, de antemano Santina me enseñó cómo pronunciar en italiano que Amanda había muerto, y en el momento en que lo hice frente a la religiosa, Santina estalló en llanto. Por ese motivo la monja se ofreció a traer un vaso de agua. Yo intenté no tentarme de risa ante su actuación. Luego que fingía estar más calmada dijo algunas palabras que traduje nuevamente.

—La señora pregunta si sabría usted en qué lugar han sepultado su cuerpo.

—¡Sí! —respondió esta y agregó: —En el cementerio rural de Mackenna, pero quien se encargó en su momento de realizar los trámites correspondientes fue una novicia que la acompañó en sus últimos años, la hermana Consuelo… ella se ha marchado.

Santina y yo nos miramos con marcada sorpresa al oír el nombre de Consuelo, mientras Sor Milagros continuaba con el relato:

—Hace unos meses viajó a Italia con un alto miembro del Episcopado en un viaje misterioso, que según tengo entendido, algo tiene que ver con Sor Amanda, pero no podría informarle más —respondió la religiosa.

El plan había dado resultado como lo pensó Santina. Yo le explicaba en el oído para que Sor Milagros no se diera cuenta que jamás había hablado ese idioma. La actuación por parte de ambos parecía haber tenido éxito. Luego de unos comentarios más que entre ambos tuvimos, le dije que debíamos marcharnos.

—¡Muchas gracias hermana Milagros! Ha sido usted de gran ayuda, ¡nunca la olvidaremos! —dije con veraci-

dad en mis palabras.

Ya en la puerta de entrada del convento la religiosa, antes de cerrar la misma, dijo:

—¡Ya lo creo que no han de olvidarme! Y más aún sabiendo que yo les di información confidencial que pone en peligro muchas cosas, entre ellas, sus vidas pues he notado que indefectiblemente han recibido el legado de Amanda que luego de ser transmitido a Consuelo, esta lo informase en el Episcopado, luego le entregó a su padre el original, a quien le costó la vida y esperábamos para darle la información del lugar donde "no" se encuentra el cuerpo de Amanda bajo el nombre de Julia Lombardi. Nunca esperamos que alguien se hiciera cargo de esto, al enterarnos que Capelli había muerto en ese accidente pensamos que ahí había terminado esta historia, que solo a mí me confesó Consuelo luego de la muerte de sor Amanda, por el bien de Consuelo, si aún no es tarde, les pido que sigan hasta el fin, Consuelo es lo más puro que conocí en mi vida.

Santina se acercó a Milagros y besando su mejilla dijo:

—¡Gracias! y perdón, no quisimos ofenderla.

La religiosa sonrió y nos dio las gracias también y luego, dirigiéndose a Santina le dijo que si se hubiese dedicado a la actuación habría sido una gran estrella. En medio de risas nos despedimos.

CAPÍTULO 14

EL CEMENTERIO

A Nicanor le costaba creer lo que oía al tomar conocimiento de lo acontecido, por tal motivo me dio la razón cuando mencioné que debíamos ir al cementerio en forma urgente en busca de la tumba donde se hallaban los restos de esa mujer tan misteriosa. Tal vez allí sabríamos cómo dar el próximo paso.

Santina se quedó en el vehículo y esta vez me acompañó Nicanor. El cementerio era un sitio lúgubre. Si bien todos los cementerios se ven de la misma forma, este se veía espantoso, varios arbustos resecos y un viento silbador le daban al lugar esa tétrica imagen. Recorrimos las tumbas hasta encontrar el nombre de Julia Lombardi escrito sobre una lápida de mármol. Era la única tumba que presentaba signos de que su ocupante había sido el más importante de los cadáveres que ocupaban el predio. Nos detuvimos frente a ella, nos miramos unos instantes y nos preguntamos:

—¿Qué hacemos ahora?

En mi mente mil pensamientos se entrecruzaban, Nicanor movía sus labios a la vez que con su cabeza hacia un movimiento negativo, en tanto sus ojos parecían querer leer una explicación en ese nombre escrito en la lápida. Estuvimos varios minutos en la disyuntiva, tal vez esperando que la respuesta venga hacia nosotros; cuando por detrás se oyeron unos pasos, nos dimos vuelta y pudimos ver a un hombre que se acercó unos metros y preguntó:

—¿A quién buscan?

Nicanor respondió rápidamente.

—¡Ya la hemos encontrado, ¡gracias!

—¿A quién? —cuestionó nuevamente el avejentado hombre, cuya vestimenta se veía desalineada y quien notamos que debería ser el cuidador del lugar, pues se hallaba con una pequeña herramienta de esas que se usan en jardinería.

—¡A Julia Lombardi!—contestó otra vez Nicanor, girando su cabeza para leer el nombre y no equivocarse. Esta respuesta obligó al cuidador a continuar con su cuestionario.

—¿Ustedes buscan la tumba de Lombardi o la de quién?

Nicanor iba a responder pero lo interrumpí, pues hice memoria rápidamente, recordando las palabras que había escrito Consuelo para su padre donde decía: "La segunda parte de este informe, la hallarás en otro sitio que, de seguro el nombre de esta mujer te llevará a encontrarlo". Entonces me di cuenta qué era lo que quería decir el hombre, y contesté yo en esta oportunidad:

—Buscamos a Amanda Martini.

El hombre quedó en silencio unos instantes mirando fijamente a Nicanor y luego dijo:

—Esta noche a las veintiuna horas.

Después de esas palabras se alejó nuevamente del lugar. Rápidamente comprendí el mensaje y le dije a Nicanor.

—Este hombre quiere que vengamos esta noche, y por nada del mundo voy a faltar a esa cita.

—Yo estoy dispuesto a acompañarte, y espero que de

una vez por todas se acaben los misterios —concluyó a la vez que comenzaba a caminar rumbo a la salida y yo, detrás suyo.

Era notable el cambio en la forma de hablar de Nicanor. Al parecer cuando estaba distendido, solía sacar a relucir la tonada campera, cosa que, estando preocupado, ni se notaba. Así es que mientras caminaba detrás de él, pensaba que ese acento de campo era una faceta de su personalidad, que utilizaba para demostrar alegría.

Santina se veía nerviosa cuando partimos esa tarde de regreso al cementerio, y nos aconsejó que tuviéramos cuidado, pues ella se quedaría en la casa aguardando nuestro regreso.

La noche era oscura. Nicanor detuvo el automóvil y ambos caminamos entre las sombras en busca del hombre que nos había citado, de pronto, vimos una luz que parecía oscilar en la penumbra. Nos fuimos acercando con mesura y creo que con temor, mis labios estaban helados, y si bien hacia frío, mis piernas y varias partes de mi cuerpo temblaban como si detrás nuestro avanzara la misma muerte. Lo que me amedrentaba es que Nicanor también sentía lo mismo, pues al querer hablar tartamudeaba y para no mostrar debilidad ante mi presencia hizo mención del frío reinante. Ese comentario provocó un poco de gracia en mi interior, neutralizando un poco mis miedos.

Al llegar al sitio de dónde provenía la luz, notamos que se trataba de un farol que pendía de la mano de un chico de aproximadamente quince años, quien nos dijo:

—¡Vamos!... ¡Mi padre los espera!

Sin responder, pero más aliviados, seguimos al joven

que nos marcaba el camino hasta la tumba de Amanda. Allí estaba el hombre cavando la tierra con otro farol que, apoyado en el suelo, le daba a su rostro una imagen fantasmagórica.

Al cabo de un rato de excavar tierra, la pala hizo ruido, como de haber golpeado algo, y el hombre expresó:

—¡Aquí está!

Su hijo iluminó de cerca la fosa. En tanto el hombre utilizando una barreta hizo fuerza en la tapa del ataúd que, semienterrado, se mostraba a escasos centímetros del suelo donde estábamos parados. Esta se abrió dejando a la vista que el féretro se hallaba vacío. Yo, que había llevado la mano a mi nariz para evitar oler, pues esperaba ver el cuerpo putrefacto del hombre que se había convertido en monja, pregunté asombrado:

—¿Y el cadáver? ¿Qué pasó con el cadáver?

—Ustedes deberían saber que el cadáver de Mackenna no existe, solo estoy aquí por encargo. Debía entregar un sobre a quien preguntara por Amanda Martini, y según me dijeron la persona que vendría, sabría que aquí no está el cadáver de nadie. Cómo verán, ustedes no son a quienes debo entregar tal sobre —respondió el hombre a la vez que se negaba a realizar la entrega.

Le expliqué a grandes rasgos lo que había sucedido, pero no me creyó, y con un poco de desconfianza, agregó:

—Una joven monja me pidió que si dudaba no haga la entrega, y si ella no dice lo contrario no podré darles nada.

Yo quería morirme y que me sepultaran en esa misma tumba y me pregunté a mí mismo ¿Cómo no me di cuenta? Si la hermana Milagros dijo que esperaban al pa-

dre de Consuelo para darle información del lugar donde "no" se hallaba el cuerpo de Amanda bajo el nombre de Julia Lombardi. ¡Qué estúpido! Lo primero que se me ocurrió decir, después de pedirle que por favor me entregue el encargo, fue lo siguiente:

—La hermana Consuelo no está en el país, ella tuvo que viajar a Italia y su vida depende de esos documentos, así es que nuevamente le suplico me los entregue, su padre era quien debía recibirlos pero ¡lo han asesinado!

—Lo siento, pero la monjita me dio instrucciones muy precisas —finalizó el hombre a la vez que salía de la fosa.

Yo intenté seguir los ruegos pero Nicanor interrumpió mis palabras diciendo:

—El hombre tiene razón mi amigo, yo en su lugar haría lo mismo ¡vámonos! No insistamos más con esta locura, en la cual no tenemos nada que ver, ya hemos hecho lo que pudimos. Si a Consuelo le sucede algo, bueno, ella se lo buscó. ¡Que Dios la ayude! ¡Y que a nosotros no nos desampare!

Y empujando mi hombro como dándome la orden para marcharnos, comenzó a caminar al mismo tiempo que le pedía al joven que nos acompañara hasta el automóvil. El chico se adelantó unos pasos para guiarnos, apenas recorridos unos metros, su padre con la voz elevada dijo:

—¡Esperen!... ¡No se vayan! —y acercándose a nosotros nos entregó un paquete a la vez que decía: —Si es verdad lo que dicen, que esa monjita está en peligro, espero que esto le ayude. Además si tuviesen malas intenciones me habrían exigido que les entregue el sobre de

otra manera.

Yo le agradecí con un abrazo. Luego extraje dinero de mi bolsillo y se lo entregué agradeciendo su colaboración, y de esa forma nos despedimos del hombre cuyo nombre jamás supimos.

CAPÍTULO 15

LA LECTURA, SEGUNDA PARTE

De regreso a la estancia, Santina nos esperaba ansiosa, hizo un interrogatorio surtido apenas bajamos del vehículo. Su esposo le pidió calma. Ya en el comedor y sentados a la mesa, Nicanor, adueñándose de la palabra, comentó todo lo referente al resultado, que de no haber intervenido él, hubiese sido otra la historia. Yo lo apoyé agrandando su ego de héroe, cosa que su mujer festejó dándole un abrazo y adulando su intromisión a modo de chiste. Esto hizo que los tres riéramos por un rato, pero luego de unos instantes Santina dijo seriamente:

—¡Bueno! ¡Dejémonos de bromas! y vamos a ver esos manuscritos.

—¡Sí! —respondí e inmediatamente desenvolví el paquete dejando a la vista los documentos que Santina se encargó de tomar y los comenzó a leer en el acto pues como los anteriores se hallaban escritos en un dialecto italiano.

"Once de Marzo de 1976"

Desde el momento en que localicé a los causantes de aquel infierno, dediqué exclusivamente mi tiempo tratando de idear, preparar y llevar a cabo lo que venía creando en mi mente. Llegado el momento y con la ayuda de un amigo, el Capitán Gardino, hicimos una carta, la cual y, por intermedio de un conocido de él, se la hice llegar a Montessi, en la que se podía leer lo siguiente:

"Marzo 1955"

¿Monseñor? Montessi, tengo datos precisos de los crímenes de usted y cuatro miembros más de la iglesia a quienes conoce a la perfección, sus nombres son: Mollante, Rosini, Corvelo y Fretti. Dichos crímenes fueron incitados por ustedes cinco para que cometieran otros. Como así cuento con la confesión que uno de estos últimos firmase antes de morir. Se trata de un tal Ángel Pranni. Tanto usted como los otros cuatro están seriamente comprometidos. De mi parte podré guardar silencio y entregarle los documentos que guardo en mi poder y que los involucra directamente, también un mapa que incluye el lugar donde se hallan los cuerpos de las mujeres violadas y posteriormente asesinadas. Por otra parte hay una sobreviviente, que también va a declarar en contra de ustedes en el momento que sea necesario y que por ahora no voy a mencionar, siendo esta el as, que guardo dentro de la manga.

Lo que pido a cambio de mi silencio es una cifra conforme a mi criterio cuyo monto deberá anotar en un papel y colocar dentro de un sobre que dejará en la entrada del cementerio del pueblo de Lecce, y detrás de la estatua del ángel que se halla en el mismo. A partir de este momento tiene tres días. Dejo en claro que si esa cifra no me convence, la documentación que poseo irá directamente a la Justicia y otra copia será enviada al mismo Papa. Por su bien, piense cuidadosamente el número que comprará mi silencio.

De llegar a una negociación, aceptando yo su oferta, se lo haré saber con otra carta que recibirá a la brevedad… a modo de consejo, le recomiendo, ¡No me haga trampas! pues cuento con todas las de ganar esta partida.

Han tenido suerte de encontrarse con un juez corrupto, por eso no les conviene intentar nada que me obligue a actuar, sepan que puedo quedar al margen de todo en segundos y en esos mismos segundos ustedes, se hundirán rápidamente.

"EL JUEZ"

Luego de verificar que este había recibido esa carta, me dispuse a esperar que actuara, y como era de suponer, adiviné cada paso que este daría. Sabía que lo primero sería constatar que yo había muerto y eso hizo: vistiendo un traje de color oscuro y un sombrero del mismo tono se reunió con los otros cuatro miembros, imagino que para notificarlos de mi extorsión. Luego se dirigió al cementerio de Lecce. Su figura se veía horrenda, su estado alterado totalmente lo mostraba como un ser demencial. Caminaba por las calles observando en todas direcciones. Al ingresar al cementerio se dispuso a interrogar a uno de los trabajadores del lugar, quien le proporcionó el informe en dónde se hallaba mi tumba. Se encaminó hacia ella. Una vez allí y después de leer el nombre que mostraba la placa comenzó a maldecir en voz alta. Luego dio un golpe con su pie sobre la lápida. Este acto le produjo un fuerte dolor que le produjo cojera y se retiró en busca de la estatua del ángel. Luego de hallarla colocó detrás de esta un sobre y se alejó del lugar.

La tumba en la cual figuraba mi nombre, la hice preparar exclusivamente para tal fin, sobornando a varias personas que hicieron posible que, unos meses antes, sepultaran en ese lugar un cajón sin cuerpo y en lugar de mi cadáver llevaba una sorpresa. Todo esto formaba

parte del plan que idee para hacer caer a estos morbosos personajes".

Santina aterrorizada gesticuló con todas sus facciones y posteriormente exclamó:

—Esta es la peor historia que escuché en mi vida, y me pregunto ¿qué podemos hacer nosotros desde aquí y qué le habrá sucedido a la monjita Consuelo? Además ¿qué hubiese hecho el padre de ella?

Nicanor con ciertas dudas opinó:

—Quizá el padre hubiese viajado a Italia a ver qué sucedió con su hija.

Fue ahí que me animé y dije:

—Eso es lo que debo hacer, viajar a Italia en forma urgente.

Tanto Santina como Nicanor quedaron en silencio. Luego agregué dirigiéndome a Santina:

—En lo que acaba de leer, hizo mención de la estatua de un ángel en un cementerio. En una poesía de Amanda, habla de un ángel hecho piedra que aguarda del otro lado del mar, tal cual lo dice aquí —dije señalando la estrofa del libro que había aprestado anteriormente a la lectura, y luego proseguí leyendo ese párrafo: —"Él indicará el camino a un encuentro con ese tesoro tan preciado que guardaré por siempre en los silencios de este cementerio en donde yacen mis transparentes restos…" —esto es señal que debo viajar, no hay otro remedio.

—Yo creo que tiene razón mi amigo, pero va a necesitar un pasaporte—dijo Nicanor frunciendo el rostro, e intentó decir algo más pero Santina lo interrumpió expresando:

—¡De eso me encargo yo! —y luego de ir y volver rápidamente a su habitación, me enseñó un pequeño trozo de papel que tomé intrigado a la vez que ella decía: —Esta es la dirección y el teléfono en Uruguay del Laucha, un amigo de mi Jenaro, fue quien le hizo el pasaporte para viajar a Italia. Estos datos me los envió la madre del Tanito por si nosotros tuviésemos que viajar también. Aquí tengo anotada la dirección y el teléfono de Jenaro para que te hospede y te ayude en lo que necesités. De todas formas lo llamaré para ponerlo al tanto, creo que ya está todo dicho, con ese dinero que has recibido no te va a ser difícil.

Yo sonreí con cierta preocupación, y en mi mente se entremezclaba el nerviosismo con las dudas y un poco de ansiedad, pero ahora no había tiempo de retractarse. Después de un silencio que se produjo en esa charla, Nicanor dirigiéndose a su esposa le dijo a la vez que palmeaba su mano en la mesa.

—¡Bueno mujer! ¡Acabá de una vez con la lectura!

—¡Por supuesto!—respondió esta, y tomando nuevamente el informe que se hallaba en la mesa continuó:

"Trece de Marzo de 1976"

Nunca creí que Montessi haría las cosas fáciles, y no me equivocaba. Este esperó oculto en un punto en que podía divisar el ángel a la perfección. Todos sus pasos los seguí con ayuda de un par de pescadores conocidos y un largavistas que hallé en las ruinas del pueblo entre "otras" cosas, producto de algún extravío o baja militar de la guerra. La cuestión es que el desagradable sujeto, esperaba desde su escondite a que el supuesto juez recogiera el sobre. Así es que los pescadores acercándose

a él y simulando estar ebrios fingieron una discusión entre ellos que se desencadenó en una falsa pelea donde se golpearon y empujaron cayendo sobre Montessi, y en el momento en que este intentó quitarse de encima a uno de ellos, el otro, quien contaba con una gran contextura física, lo golpeó fuertemente haciéndolo caer. Montessi tardó varios minutos en recuperarse, durante los cuales aprovechamos, ellos para huir del lugar y yo para tomar el sobre y también desaparecer rápidamente.

En cuanto me alejé lo suficiente y sin que nadie se hallara cerca, me dispuse a abrir el sobre para leer lo que Montessi creía que valía mi silencio. La cifra que este me había ofrecido no era mala, pero me pareció que esa cantidad no era suficiente comparada con el sufrimiento al que fui sometido toda mi vida, y alguien debía pagarlo, así es que le hice llegar otra nota donde se leía lo siguiente.

"Marzo 1955"

Presiento mi estimado amigo, que no fui muy claro en lo que le pedí, voy a darle una nueva y última oportunidad. Si bien pude hacerlo golpear, también pude haberlo eliminado fácilmente, pero prefiero verlo sufrir si me decepciona nuevamente. Tiene dos días para una nueva oferta, y los pasos a seguir son los mismos que en la otra ocasión. ¡Esta vez no quiero sorpresas! Además usted es demasiado predecible, pues su morbo no lo deja pensar.

Espero vivir una "buena vida". No sé si soy claro. Le recomiendo que vaya con la vestimenta que lo caracteriza. Aunque ese traje negro le hacía buena combinación con el ojo. ¡Lo estoy vigilando! El juez.'

Dos días más tarde, el monseñor llevaba la nueva

oferta hacia el cementerio y después de dejar el sobre detrás del ángel se retiró rápidamente.

Se lo veía doblegado, en ningún momento se dio vuelta para ver si alguien lo seguía, pero era un sujeto peligroso, así es que tomé los recaudos necesarios. Le ofrecí algo de dinero a un joven para que me trajera el sobre, advirtiéndole que lo hiciera con la mayor rapidez. Su estado atlético le permitió ir y venir en cuestión de segundos y yo al ver que todo estaba en orden, me dispuse a recibirlo. Le pagué y ambos nos retiramos en distintas direcciones.

Realmente me sorprendió la oferta. Además de la suma anterior, se comprometió a dar la mitad del pago mensual que los cinco recibieran durante cinco años y que me dejarían esa cifra donde yo lo dispusiera.

Era el pago perfecto y por demás tentador. Esto haría que mi vida tenga sentido de una vez por todas pero por otra parte muy peligrosa, aunque tomando los recaudos necesarios, no podrían atraparme, así es que acepté, pero con la condición de que el dinero posterior al primer pago lo cambiasen por el equivalente en piezas de oro, no importaba cuáles fuesen.

De esta forma fui haciéndome acreedor de una gran fortuna, que invertiría en algo que pronto daría sus frutos".

—Eso es todo —dijo Santina concluyendo la lectura. Yo pensé en las últimas palabras que pronunció al final, y exclamé:

—¡Creo que lo descubrí!... Me refiero a la poesía… "El tesoro tan preciado que guardaré por siempre… donde yacen mis transparentes restos…" significa que el pago en oro que recibiera Ángel Pranni, se encuentra en su

tumba vacía allá en Italia. Creo que él pensaba en algún momento regresar. Por lo visto una enfermedad se lo impidió, por eso dejó el legado a Consuelo. El desdichado hombre no pudo disfrutar esa fortuna.

—Yo no creo que guarde su fortuna en una tumba —dijo Nicanor con ciertas sospechas.

Por lo que yo pregunté:

—¿Qué le hace pensar eso Nicanor?

—¡Es un presentimiento nomás mi amigo! —respondió.

Santina pensó unos instantes y agregó:

—Hay algo que me llamó la atención. Cuando menciona el largavistas, dice que lo halló entre otras cosas, y la palabra "otras" la escribe con mayúsculas y está subrayada, como queriendo decir o advertir algo.

—Lo voy a tener en cuenta, ¡Gracias Santina! ¿Creen que debo viajar?

—¡Creo que sí! —respondió Nicanor.

Santina completó:

—¡Después de todo lo que has pasado hijo!... ¡Debes ir! Confío en que todo acabará de la mejor manera.

A la mañana siguiente me despedí de Santina agradeciéndole infinitamente por su importante participación para lograr traducir este legado macabro. Ella me dio un fuerte abrazo y pude ver unas lágrimas en sus ojos.

—Esta carta es para Jenaro. Te ruego se la entregues.

Nicanor se encargó de llevarme hasta la estación de ómnibus, donde me despedí de él y desde allí emprendí el camino que me llevaría al país vecino y me alejaba de Vicuña Mackenna, quizá para siempre.

CAPÍTULO 16

EN LA OTRA ORILLA

Dos días más tarde me hallaba en las costas del país vecino, al cual había llegado en canoa, cosa que se hizo posible por medio de un contacto que el Laucha tenía en nuestro suelo. El hecho de haber cruzado de esta forma fue para evitar el paso por el puente internacional de Fray Bentos o cualquier otro punto controlado por los militares, ya que cuando hablé por teléfono con el Laucha, este me dijo que la situación era muy peligrosa, y por ese motivo el cruce lo tuve que hacer de madrugada. Aunque con extremo cuidado pues los gendarmes patrullaban el río con lanchas y no dudaban en disparar ante cualquier anormalidad que para ellos existiera.

Por supuesto que esto yo no lo sabía, me lo había comentado Mingo, el canoero.

Ya en la ciudad de Colonia, comencé a caminar por las calles rioplatenses.

Serían cerca de las cuatro de la madrugada cuando pasé por la puerta de un enorme local, en el cual se veían varias personas haciendo sonar tambores, y otras tantas bailando y cantando. Se trataba de una murga que ensayaba su música en el lugar. Me dispuse a observar desde la puerta el movimiento que efectuaban los integrantes al compás de su música que los hacía ver como títeres electrizados, quienes mostraban sonrisas blancas con dientes apretados y mujeres de esculturales figuras, otras excesivamente obesas que me recordaban a los dibujos que en la escuela veía en las fechas patrias de las ven-

dedoras de empanadas en la época colonial. Ver eso, me arrancó una sonrisa justo en el momento que la murga se detenía y su líder indicaba el nuevo ritmo. En esa breve pausa, una de las mujeres obesas se acercó a mí y mirándome fijamente a los ojos, dijo:

—Tú eres el que vencerá al demonio, ¡no le temas! Él es quien te teme, ve a buscar la verdad que encierra más verdades… te sorprenderá descubrirlas.

El sonido volvió a tapar mis oídos y la mujer se mezcló nuevamente entre la gente.

Yo no lograba volver a la realidad. Esas palabras sonaron como un presagio, por un lado me dieron ánimo, pero por otra parte, me causaron asombro, pues no podía comprender por qué me habría dicho esas palabras.

Con mis dudas a cuestas miré alrededor. Sentía cansancio y me comenzaba a atacar el sueño pero no quería dormir en la calle por temor a que alguien robara el dinero que llevaba. Al no conocer un lugar, uno se siente amedrentado, por lo menos eso me sucedía a mí, así es que retomé la marcha.

Un par de calles más adelante vi sobre la entrada de lo que parecía una vivienda un pequeño cartel, en donde se podía leer la palabra: Hotel. No lo pensé dos veces e ingresé al lugar, me atendió un hombre que parecía tener más de sesenta años, a quien le pedí una habitación y si me podría despertar antes del mediodía, este, en forma amable, me respondió que duerma tranquilo que a las doce me avisaría. Apenas me recosté en el lecho, quedé dormido con el portafolio bajo la almohada.

Los golpes en la puerta lograron despertarme, pero al mirar a mi alrededor no me daba cuanta en dónde me

hallaba. Me costó largo rato reaccionar, y cuando lo hice el alma me volvió al cuerpo.

Luego de agradecerle y pagar por mi pequeña estadía, le pregunté al anciano si me podría indicar hacia dónde debía dirigirme para hallar la calle que estaba buscando y una vez que recibí la información, me encaminé sin perder tiempo en busca del ansiado domicilio.

Caminé casi una hora. El estómago me gruñía cuando vi el cartel indicador de la calle que llevaba el nombre de Raúl Sendic a la cual me dirigía. Se trataba de un pasaje de tan solo dos calles de largo, por lo que rápidamente hallé la dirección. En el momento que me dispuse a llamar a la puerta, alguien abrió sin necesidad de emitir un solo golpe. Un pequeño mulato se apareció frente a mí y con una mirada carente de expresión alguna, preguntó:

—¿Vos debés ser Carlos Dalto? —yo respondí afirmativamente, y él continuó: —¡Adelante! Podés pasar y sentirte como en tu casa, soy el Laucha, te habrás dado cuenta porqué.

Y observándolo detenidamente en realidad me di cuenta el porqué del apodo, su cara era similar a la de un ratón y paradójicamente el cuerpo también se asemejaba. Esa fue otra cosa que aprendí, al ver lo siniestro que puede ser el destino con algunas personas. En este caso con ese muchacho que parecía haber sufrido mucho con esa semejanza a un roedor y todavía tenía la desgracia de que lo habían apodado como tal.

—Preferiría llamarte por tu nombre si te parece —dije pensando que sería lo mejor, pero este, con una sonrisa en sus labios, respondió:

—¡No debés preocuparte! estoy más que acostum-

brado. Además prefiero que me llamen así y no por mi nombre… es más horrible que mi cara… ¡Honorio! Así me bautizaron… ¿Qué te parece más feo: mi nombre o mi cara?

No tuve respuesta a esa pregunta, lo que me obligó a bajar la vista. Segundos después oí su risa y luego dijo:

—¡Solo era un chiste! — y luego de otra carcajada agregó, a la vez que colocaba su mano en mi hombro: —Parecés ser una buena persona Carlos… ¿te ha ido bien en el viaje?

—Un poco largo y estresante pero por suerte, ya estoy aquí. ¿Qué necesitás que haga? —respondí en el momento que ingresaba a la sala una hermosa joven.

La observé detenidamente unos instantes notando que aproximadamente tendría mi edad según mis cálculos. Luego de esa rápida conclusión, el Laucha nos presentó de la siguiente manera:

—Ella es Victoria, vino por lo mismo que vos, solo que está de huésped esperando que le envíen dinero de España, en tanto es mi compañera personal.

Acto seguido, y dirigiéndose a la joven agregó después de una sonrisa:

–Él es Carlos, el joven al cual estábamos aguardando.

—¡Hola! ¡Mucho gusto! —dije extendiendo mi mano hacia Victoria pero ella se acercó y luego de besar mi mejilla dijo:

—¡El gusto es mío! —seguidamente preguntó: —¿Almorzaste?

Yo atiné a mover levemente mi cabeza en forma de negación, sin decir palabra alguna. Entonces ella agregó:

—Enseguida traigo algo, ¡Ya vuelvo!

Realmente quedé encantado con su belleza, se trataba de una exuberante mujer de cabello negro azabache y ojos verdes. Su cuerpo era perfecto y su estatura era casi igual a la mía, la cual calculé de un metro con sesenta y siete cm. Labios gruesos y sensuales, solo que se notaba en su rostro apesadumbrado una mirada de tristeza, pero de todas formas me cautivó y el Laucha lo notó, pues apenas Victoria salió de la sala este hizo carraspear su garganta y a continuación expresó:

—¡Bonita la morocha! ¿No es cierto?.

Sentí que mi rostro se incendiaba, no me animaba a mirarlo, pues de repente pensé que quizá había algo entre ellos, y ante mi silencio él acotó:

—Ha sufrido mucho en estos tiempos, creo que yo soy como un hermano para ella, ya lo creo que es muy bella pero su mente está en otra cosa por el momento.

Mi silencio fue absoluto. Las cosas de las que me había enterado en los últimos tiempos me hicieron dar cuenta de que había vivido mi vida, dentro de una burbuja. Con ese pensamiento llevé un par de tenedores a mi boca cuando me di cuenta que ellos no se habían servido nada. En ese momento ambos me decían que ya habían almorzado pero igual se sentaron a la mesa para brindarme compañía.

El menú consistía en dos huevos duros, un trozo de carne y unas papas cortadas en pedazos que yo comí como si fuese el último alimento de mi vida. Esto obligó a Victoria a decir casi sonriendo:

—Parece que te ha gustado.

Yo respondí que sí y seguidamente le di las gracias. En el momento en que llevé el vaso a mi boca, el Laucha

dijo con irónica sonrisa.

—Creo que fue más hambre que otra cosa.

Esas palabras hicieron que Victoria riera. Ese gesto suyo me transportó, por un instante, fuera de los contextos reales y al volver de ese viaje fugaz, no me quedó más remedio que reír a mí también.

La charla posterior se generalizó en contarles un poco de mi historia, que ellos escucharon con suma atención y cada tanto me hacían alguna pregunta como para profundizar en mi relato algo que no les cabía en la mente, por lo que cuando finalicé ellos quedaron absortos al igual que todas las personas que, posteriormente, oyeron la historia del legado a lo largo de estos años.

Luego me interesó saber a mí sobre sus vidas y así fue que con una sonrisa intenté ganar sus confianzas diciendo.

—¿Y ustedes? Cuéntenme algo de sus vidas.

Victoria bajó la vista. El Laucha notó eso y dijo:

—Yo nací en Rivera, al límite con Brasil. Mi madre era de ese país y trabajaba de empleada doméstica en una casa de familia aquí en Uruguay. De mi padre no puedo contar nada pues no lo conozco, pero imagino la historia. A los veinte años vine a vivir a Colonia, aquí conocí a un hombre que hacía lo mismo que hago yo ahora, fue él quien me dejó esta casa al morir, además de todas sus herramientas y contactos. Así es que, de esto vivo por el momento hasta que me case con una potentada señora que me espera por ahí.

Creo que el último comentario lo hizo para romper el hielo definitivamente, y lo logró, pues reímos los tres por un rato.

Luego Victoria dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿Te ha costado mucho hallar la calle Carlos?

—Realmente pregunté a una sola persona, quien me indicó correctamente, parece ser que sabía bien de calles.

—¿Sabés por qué lleva este nombre la calle? —preguntó el Laucha.

Imaginé que era por algún prócer de este país, y se lo dije. El contestó:

—¡Mucho más que eso mi querido amigo! ¡Mucho más que eso! ¿Le querés explicar Victoria?

Ella después de hacer un gesto de aceptación y acomodándose en la silla dijo:

–Raúl Sendic fue el fundador del grupo revolucionario al que bautizaron con el nombre de Tupamaros, y en esta misma casa ideó ese movimiento nacional de liberación e hizo varias denuncias de corruptela y abusos de ámbito gubernamental. Sendic, los denominó tupamaros en homenaje a un dirigente revolucionario peruano llamado Túpac Amaru, quien se sublevó en contra de los españoles. El nombre de esta calle fue arrancado varias veces pero los seguidores de Sendic lo han vuelto a colgar de sus esquinas, hace cinco años que desapareció… Mi padre también está desaparecido, y no sabemos nada de él —luego de esa reseña, los ojos de Victoria se llenaron de lágrimas y finalizando dijo: —Yo prefiero por ahora no contar mi historia así es que… si me disculpan…

Yo respeté esa decisión. Se produjo un silencio en el cual el Laucha levantándose de su silla se dirigió hacia una de las habitaciones diciendo que en un instante regresaría. Segundos después volvió con una cámara foto-

gráfica y alistándome delante de una suerte de atril, en el cual se extendía una especie de tela blanca que servía para fondo de la fotografía, me enfocó con su cámara y disparó el flash un par de veces. Seguidamente se retiró a esa misma habitación, diciendo que demoraría y que entre tanto charláramos un poco. Una vez que este atravesó la puerta, Victoria fue la que inició la conversación.

—Lamento lo de tu novia.

—¡Gracias! Pero por un lado ella tomó la decisión de terminar la relación, no se animó a enfrentar el riesgo de esta aventura, ¡y no la culpo! ya que es de mucho riesgo continuar con esto… ¿No es cierto?—contesté mientras miraba esos ojos verdes que invitaban a soñar.

Después de un largo silencio ella se atrevió a comentar lo siguiente:

—Yo también he pasado por malos momentos en estos tiempos, ¿Te molesta si te cuento?

Yo le pedí que por favor lo hiciera. Fue así que comenzó con su historia.

—Mi padre es abogado, hace dos meses que ha desaparecido, lo detuvieron al salir del estudio. A mi madre la vinieron a buscar al día siguiente pero por suerte estábamos en casa de una vecina, quien nos permitió quedarnos unos días. Luego mamá me dejó en casa de unos tíos y viajó a Bolivia con unos compañeros de mi padre, actualmente está en España. Alguien que está en ese país, por el mismo motivo, le dio los datos del Laucha, y aquí me encuentro esperando que mamá me envíe dinero para ir a su encuentro.

La charla se extendió bastante. Me informó los pormenores de la represión que vivía el país en esos tiem-

pos. Yo cada vez más asombrado no entendía cómo caminé por las calles al margen de todo eso.

Luego el dueño de casa se hizo presente. Me invitó a pasar la noche allí con la condición de que me haga cargo de la cena, a la vez que me mostraba mi pasaporte al cual solo le faltaba mi firma y la huella digital. Yo acepté inmediatamente y sin ningún tipo de objeción, invitándolos a algún restaurante, y fue así que los tres salimos esa noche con rumbo a un parador que había en las proximidades.

Luego de una apetitosa cena nos dedicamos a la charla y en un momento dado el Laucha se despidió diciendo que tenía cosas que hacer, que si nosotros quisiéramos podríamos dar un paseo y cuando decidiéramos regresar, lo hiciéramos.

Caminamos por la avenida largo rato, a medida que avanzaban los minutos, nos daba la sensación de conocernos desde hace mucho más tiempo, a la vez que pensaba que esa era la última noche que iba a verla, pues al día siguiente tenía pensado marcharme pero no aceptaba esa idea de no volver a mirar esos ojos. Entonces, probé hacerle una proposición, y en cierto momento de la charla lo hice diciendo.

—En vista que se han demorado, no sé porque motivo, en enviarte el dinero para el pasaje… ¿Qué te parece si yo, a modo de préstamo, pago tu pasaje y una vez estando allá me lo devuelves?

Victoria se detuvo en su marcha quedando estática a la vez que me miraba fijamente, y luego dijo:

—No es broma ¿No?

Le respondí que en verdad le ofrecía esa posibilidad, por lo que ella colgándose de mis hombros me ofreció

un fuerte abrazo y varios besos en la mejilla. Seguimos la marcha, pero esta vez abrazados. Estaba amaneciendo cuando regresamos a la casa y, como el cansancio era tal, nos fuimos a dormir.

Cerca de las dos de la tarde me levanté y me dirigí a la sala donde se hallaban Victoria y el Laucha. Este, ni bien me vio aparecer dijo seriamente:

—¿Así que has venido a robarme a esta bella dama? Apenas te vi, imaginé que esto iba a suceder.

Yo en un primer momento no supe qué responder, y en cuanto vi la sonrisa de Victoria me di cuenta que se trataba de una broma. Por ese motivo me animé a contestar también de esa misma forma.

—Es que al ver que no te decidías, moví mis fichas.

Los tres reímos y luego el Laucha comentó:

—Me alegro por Victoria, si no le hubieras ofrecido esa posibilidad, de seguro yo te lo iría a proponer, ¡Vamos! ¡Tomá asiento que se enfría la comida!

La charla fue a modo de despedida y luego de unos emotivos abrazos, le di las gracias a este joven a la vez que le entregaba el dinero por el impecable trabajo que había realizado.

Más tarde, y ya dentro del ómnibus, nos dirigíamos camino al aeropuerto, dejando un nuevo amigo en el camino.

CAPÍTULO 17

EL VUELO

Una vez allí, Victoria hizo un llamado telefónico a su madre para darle la noticia que estábamos a punto de abordar el avión que nos llevaría con destino a Italia. Al terminar la comunicación me comentó con gran emoción que su madre iría a esperar su llegada en Roma. El temor por parte de ambos se notaba claramente, pues ninguno de los dos había volado jamás, pero rápidamente nos adaptamos a las alturas. Más tarde, y ya en pleno vuelo, le pedí que me ayudase a descifrar algún otro verso de Amanda, para ver si se podría adivinar por dónde comenzar la búsqueda.

Leímos varias poesías y en un momento Victoria me pidió que volviéramos a leer una de ellas, en la cual había algo que le había llamado la atención pero no sabía qué era. Así es que leí nuevamente el texto requerido, cuyo título era Marzo:

"Retornaré sin ti a la ciudad del dolor,
allí donde caí por los abismos de la incomprensión
sin conocer eso que solo viví en tus brazos,
volveré para ver cómo se hunde el desamor que
engendró el odio, quizá encuentre un poco
de paz en mi espíritu sin tiempos, y una vez
más regresaré a la casa de los destellos,
cuyos muros resurgieron como el ave fénix,
en ellos, se esconde el gran secreto,

allí estará esperándome todo el pasado,
ese pasado que me hablará de tu ausencia,
en esa calle de los marzos impares donde
aguarda la verdad, esa verdad con la que he de
vencer desde las tinieblas,
tengo la esperanza de que esos pasos encuentren
el sendero que de dos en dos lograrán llegar a
esta guarida de otro tiempo,y cuando esto
acabe seré libre al fin,
entonces podré ir a tu encuentro,
sé que estas aguardando en el mismo confín de
las almas eternas,
entonces nuestros cuerpos etéreos estarán allí,
y se amarán por siempre".

—¡Muy triste! ¡Cuánto sufrimiento ha soportado esta persona! ¿No es cierto?—dije apenado. Victoria asintió con la cabeza y luego cuestionó:

—Acá donde dice "Retornaré sin ti a la ciudad del dolor". ¿No querrá decir que volverá a Italia?

Por un momento creí que estaba en lo cierto, pero después respondí:

—¡Es imposible! ¡Si ha fallecido! ¿Cómo haría para retornar?

—¡Quizá han llevado su cuerpo!... O quizá no esté muerta y armó todo esto a propósito, o con un fin determinado —opinó.

Yo después de meditar un instante esa posibilidad dije sonriendo:

—¡No entiendo! A no ser que alguien se haya enterado de su existencia y la esté buscando tal vez para ven-

garse o para... ¡Un momento! —interrumpí mis propias palabras, pues algo surgió de pronto en mi mente. Intenté armarlo primero en mi cabeza y luego expresé: —¡La calle de los marzos impares!... ¡Aquí lo tengo! —dije extrayendo el manuscrito que tradujera Santina.

—Cuando Pranni comienza a escribir el legado, lo fecha el día tres de marzo, y luego cada dos días… cinco, siete, nueve, once y trece de marzo, ¿Te das cuenta? Todos impares, y en esta otra parte dice: "…Tengo la esperanza de que esos pasos encuentren el sendero que, de dos en dos, lograrán llegar a esta guarida de otro tiempo". ¡Eso debe indicar algo!… algo relacionado con los números impares que de dos en dos tienen que ver con el mes de marzo y que también es el título de la poesía. Por otra parte, menciona la casa que surgió como el ave fénix en donde se esconde el secreto y creo que ese secreto es el lugar en donde se encuentran sepultadas las mujeres asesinadas, tal vez en la casa, que, calculo que debe ser la misma que halló en ruinas y en la cual se refugió. Creo, que debe haber comprado o adquirido de alguna forma la mencionada vivienda y quizá posteriormente la ha restaurado. ¿Qué pensás?

—Sinceramente, si alguien me contara esta historia y no tuviera todo esto a la vista, pensaría que es producto de una fantasía, pero debo admitir que es una historia donde las suposiciones abarcan todos los parámetros. ¡Eso pienso, mi querido amigo! También se me ocurre que, si yo fuese tu novia, jamás te hubiese abandonado.

Hicimos una pausa en esa charla, el tiempo se esfumó velozmente. De pronto y sin previo aviso, la gigante aeronave comenzó a sacudirse. Esto logró inquietarme

de tal manera que me levanté rápidamente e hice que mi compañera hiciera algo similar, pero al ver que la mayoría de los pasajeros se hallaban tranquilos en sus asientos me calmé un poco. Un hombre que se hallaba detrás de mí dijo que se trataba de un pozo de aire y cuando me quise dar cuenta, ya todo había vuelto, en lo que al avión se refiere, a la normalidad, ¡Pero si de mi tranquilidad habláramos!... todo lo contrario, porque a unos pocos asientos de distancia de donde estábamos, se hallaba el hombre que me había interceptado en las cercanías del domicilio de Lucía, quien se hizo pasar por Enzo Rolas. Este sujeto en cuanto me vio, logró reconocerme. Me senté nuevamente y en mi rostro se podía reflejar una palidez mortal. Mi compañera notó esto, y por eso me preguntó si me hallaba bien. Le contesté que no y le comenté a quien acababa de ver.

—¿Le aviso a la azafata? —dijo Victoria haciendo el ademán de levantarse.

—¡No! —respondí rápidamente, y la detuve, luego agregué: —¡Esperaremos! En el momento de pasar por aduana vemos qué hacer ¿Te parece?

Victoria estuvo de acuerdo con mi pedido y se mantuvo estática durante largo rato. Luego me dio una idea y tomando mi mano nos dispusimos a esperar el tan ansiado arribo.

Más tarde, pudimos oír una voz que en varios idiomas, nos pedía que nos ajustáramos los cinturones pues estábamos próximos a arribar al aeropuerto del Fiumicino, en Roma.

El lugar estaba atestado de gente, y el barullo reinante no me permitía reaccionar. Victoria lo notó y separándo-

se de mi lado en el momento de llegar a la aduana, alertó a dos oficiales que se encontraban en el final del pasillo migratorio en sus respectivos puestos. Intercambió unas palabras con ambos a la vez que señalaba con el dedo a quien me venía asediando. Este, al ver que Victoria lo delataba, intentó pasar desapercibido simulando leer un periódico. Los uniformados se le acercaron, y al pedirle su documentación, comenzó a discutir con los oficiales, quienes girando hacia mí, me comunicaron que aquel hombre me acusaba de haberle robado su portafolio. No entendí lo que decía, y se lo expresé, por eso uno de ellos habló en castellano y acto seguido nos condujeron a una oficina para investigar el incidente.

Los uniformados hablaban en voz baja con unos hombres vestidos con trajes, quienes luego me enteré que pertenecían a la policía italiana. Así es que después de interrogarme por qué motivo estaba en ese país, yo expresé que estaba de viaje por razones turísticas, que había conocido a la señorita en el viaje, mencionando que al hombre jamás lo había visto y que advertido por dicha dama, quien me comentó que en el momento de abordar el avión este sujeto intentó quitarme, sin que yo me diese cuenta, el mencionado portafolio.

Un oficial me pidió por favor que le entregara el mismo. Lo hice y una vez que lo tuvo en su poder, obligó al sujeto a enumerar una por una las cosas que había dentro.

Este, rápidamente declaró que llevaba una serie de manuscritos personales, un libro y dinero. Y por supuesto lo hizo en el idioma local, pues había admitido ser ciudadano italiano y que era el único idioma que conocía, según el posterior comentario del oficial.

A continuación me obligaron a declarar lo que según yo llevaba dentro, por lo que contesté:

—Dos paquetes de yerba mate, un tarro de dulce de leche, un mate y un termo metálico con tapa gris.

Seguidamente este vació el contenido sobre una mesa. Al hacerlo, extrajo exactamente lo que yo había enumerado. Esto hizo enfurecer al sujeto quien comenzó a insultarme en castellano. Los agentes aduaneros reaccionaron de inmediato al notar que el hombre había faltado a la verdad. Entonces lo mantuvieron inmóvil sentándolo en una silla. El enardecido sujeto, vociferaba que las cosas que él había descripto las tendría Victoria pero hicieron caso omiso a sus acusaciones, pues en ese momento otro uniformado ingresaba a la oficina dando la orden de arresto del sujeto, que bajo el falso nombre de Salvatore Fantucci, tal cual figuraba en su pasaporte, era un criminal buscado internacionalmente y su nombre real era Vito Di Magio, o sea que de no haber sido detenido este sujeto, quizá otro hubiese sido mi destino. Lo que no lograba entender era cómo este habría viajado en el mismo vuelo que nosotros. Esa incógnita me inquietaba pero por ahora había superado este obstáculo, pues nos dijeron que podíamos retirarnos ya que habíamos rechazado la realización de la denuncia.

Ya fuera de la oficina aduanera, pude ver una mujer que apareció de la nada y corriendo en nuestra dirección se arrojó a los brazos de Victoria quien se acopló a ese festejo estrechándose con ella y ambas se besaron entre lágrimas y risas. Luego fui presentado. Se trataba de la madre de Victoria, quien quiso saludarme de la misma manera que a su hija pero fue apaciguada por esta para

que no hiciera nada que llame la atención. Luego Victoria la tomó del brazo a la vez que me pedía que las siguiera a las afueras del aeropuerto hasta algún bar alejado y así lo hicimos.

Almorzamos juntos y a medida que le narramos a la madre de Victoria, cuyo nombre era Lina, todos los pormenores de lo ocurrido, esta no pudo evitar el llanto y después de concluir nuestro relato, Lina preguntó:

—¿Y los documentos? ¿Qué sucedió con ellos?

—¡Los tengo yo! Cambiamos las cosas que llevaba en mi bolso, por las que Carlos tenía en ese portafolio— expresó Victoria a la vez que los extraía de su maleta de mano.

—¡Me recuerdas a tu padre! ¡De tal palo tal astilla! —comentó Lina sonriendo.

Se hacía tarde y ambas debían marcharse, así es que comenzamos a despedirnos. Lina dirigiéndose a mí, dijo:

—Vuelvo a repetirte lo agradecida que estoy, mi angustia todo este tiempo no tuvo límites, y no sé cómo van a continuar nuestras vidas de aquí en adelante pero jamás me olvidaré de este gesto tuyo. Aquí hay una parte del dinero que estaba juntando para el pasaje de Victoria, no está todo pero se arrima bastante a la…

Interrumpí sus palabras diciendo:

—¡No! ¡Por favor! por el momento a mí no me hace falta, en cambio quizá a ustedes sí, no puedo aceptarlo bajo ningún punto de vista, así es que le pido que no insista porque para mí es un placer haber servido de ayuda. Victoria es muy buena persona, y lo que han vivido ustedes fue una pesadilla.

La despedida duró largo rato. Tanto Lina como yo,

sentimos que esas dos horas hubiesen sido un siglo. Ninguno de los tres queríamos separarnos, pero por el momento era necesario que eso sucediera.

CAPÍTULO 18

ENCUENTRO CON JENARO

Ya en viaje, memoricé la dirección en España que me había dado Lina escrita en un papel, al que guardé dentro del pasaporte mientras me dirigía al encuentro con Jenaro. En ese trayecto, mis pensamientos por el momento, estaban ocupados recordando la mirada de Victoria y aquellos besos que nos dimos.

Potenza era una ciudad pequeña, su gente se mostraba amable y acogedora. Capital de Basilicata ubicada en las colinas de los Apeninos, este poblado había sufrido varios terremotos. En diciembre del año 1273, uno de gran magnitud la dejó casi en ruinas, luego en 1857 otro destruye gran parte de Potenza, en 1980, unos años posteriores a mi visita, hubo otro, pero de menor escala que no causó tantos desastres.

Al llegar allí me esperaba Jenaro en la cabecera terminal de ómnibus. En cuanto me vio, se dio cuenta que era yo, pues me hallaba desconcertado y viniendo hacia mí gritó:

—¡Eh! ¿Carlitos?

Yo actuando de igual manera pregunté.

—¿Jenaro?

—¡Sí! —contestó este, con una carcajada de bienvenida a la vez que me ofrecía un emotivo abrazo, y una vez concluido el mismo, dijo:

—¡Ven! Te presento a Sofía, "mi novia".

Esto último lo dijo en idioma italiano y a modo de gracia. Ella se acercó a mí y me ofreció un saludo como

si nos conociéramos desde siempre, y con el tono de su voz elevado expresó unas palabras que no comprendí, brindándome también un abrazo. Yo me mantuve estático ante la mirada de Jenaro. Luego ella continuó diciendo algo que entendí como mucho gusto. Y dirigiéndose a Jenaro terminó un comentario, por lo que este al ver mi cara de asombro me tradujo de la siguiente manera.

–Ella dice que, mucho gusto, y que es notable el parecido que existe entre nosotros, por eso me pregunta si eres mi hermano.

Yo sonreí agregando que Santina pensaba de la misma manera, aunque estaba seguro en mi interior, que Jenaro y yo no nos parecíamos en lo más mínimo, pero esas… son solo opiniones.

Ya en el domicilio de Jenaro, en la vía Pretoria, una de las arterias más importantes de la zona céntrica de Potenza, este me interiorizó del porqué de su viaje, y que allí, en Italia, todo el país estaba más al tanto que nosotros (los argentinos) de la represión que se vivía en ese momento, también de las desapariciones de personas e infinidad de aberraciones que estaban cometiendo los militares en nuestro país.

La crudeza del relato me conmovió de tal forma que hice una comparación con el legado y no sabía cuál de las dos historias resultaba más atroz. Luego Jenaro dijo algo que jamás olvidaré:

—Nosotros, los argentinos, vivimos dentro de una costilla de asado.

Era una gran verdad, y no había nada que objetar a esas palabras. Esa acotación me llenó de culpa y esto me llevó a expresar:

—La desinformación también forma parte de la injusticia social.

Luego a modo de continuación Jenaro acotó:

—Creo que jamás volveré a la Argentina, aunque mi dolor sea eterno.

Las palabras se acabaron, hubo un silencio. Más tarde Sofía sirvió la cena y a continuación le fui dando a Jenaro detalles del legado por el cual me hallaba en ese lugar tratando de descubrir qué era lo que debía hacer de aquí en más, ya que no conocía el idioma, ni los lugares donde se produjeron los hechos, en síntesis, no tenía idea de nada.

Jenaro, a medida que yo le narraba los pormenores de esta historia, se lo iba traduciendo a Sofía y viceversa, ella le contestaba y hacían comentarios entre sí. Por momentos me parecía entender algunas palabras, pero él debía traducirme la mayor parte de las otras. Por tal motivo, la narración se extendió más de lo debido, pero a mí, me sirvió para interiorizarme un poco más de este idioma. Luego Jenaro dijo que no me preocupara y después de halagar mi valentía y coraje con la decisión que tomé para cambiar mi vida por una cosa que no me correspondía, me pidió si le podía entregar los escritos a Sofía para que esta los leyera.

Sofía, a diferencia de Santina, leyó de punta a punta el documento sin hacer máximas expresiones en su rostro. Solo un par de veces abrió por demás sus ojos como expresando asombro, pero nada exagerado. Posterior a la lectura aprendí que el carácter de los seres humanos es impredecible como la misma naturaleza, pues en un momento ella se conmovió de tal manera que soltó un

llanto que me hizo sentir responsable sin saber cómo actuar, solo se me ocurrió disculparme con Jenaro, quien a la vez que consolaba a Sofía, me brindaba una sonrisa tranquilizadora y haciendo un guiño con su ojo como sabiendo que ella iba a actuar de esa manera. Una vez que Sofía logró serenarse, mirándome, puso su mano sobre la mía a la vez que me comentaba algo que, después Jenaro me explicó. Había dicho que solo un ser con sentimientos puros era capaz de hacer una cosa semejante y que se sentía honrada de estar acompañada por dos valientes caballeros.

Esta aclaración, más el hecho de tener su mano sobre la mía, logró elevar los colores de mi rostro, pues pensaba que tal vez a Jenaro le disgustaría que su pareja sienta afecto hacia mí, pero como adivinando mi inquietud, este dijo:

—Aquí, en Italia, se vive con otros conceptos, la mentalidad es diferente Carlitos, se ven las cosas de otra manera, tu forma de actuar es en parte de los logros que ha tenido la represión con la que has vivido en la Argentina. Quizá, cuando eso acabe… podamos crecer, pero hay un largo trecho aún compañero. Así es que no te inquietes si esta bella flor te brinda su aroma, pues sé perfectamente que está dentro de los parámetros de mis jardines.

Luego de esas palabras manifestó una carcajada que logró tranquilizarme. Sofía volvió a tomar los documentos y se dispuso a repasar la lectura, cosa que yo quise impedir, pero Jenaro hizo un ademán con la palma de su mano en alto, como para que la deje seguir.

Al cabo de un rato hablaron entre ellos y Jenaro me preguntó:

—Dice Sofía ¿Quién es el contacto que Pranni tiene en Italia?

—No tengo idea— respondí.

Fue entonces cuando Sofía se levantó y abriendo una alacena extrajo de su interior una plancha, la enchufó y seguidamente le dijo algo a Jenaro y este me lo tradujo.

—Sofía dice que te pregunte si tienes en tu poder las fotografías.

—Aquí las tengo— dije entregándoselas. Ella las puso boca abajo en una tela y comenzó a pasar la plancha por encima de una de ellas, cosa que me hizo pensar por un momento que la pobre había enloquecido, pero al cabo de unos segundos gritó:

—¡Bravo!

Luego nos enseñó las letras que habían aparecido detrás de las fotos. Seguidamente le pidió a Jenaro que escriba, y este tomando un papel copió en castellano, luego leyó en voz alta, pero antes de tal lectura me dijo:

—En la parte en donde Ana, o según vos Consuelo le escribe al padre diciéndole que mientras toma su té con limón encontrará un secreto más en las fotos, se refería al secreto que halló Sofía, ¿Sabías que si uno escribe con jugo de limón sobre un papel, la escritura es invisible? pero si se le da el calor suficiente las palabras aparecen mágicamente.

Mi asombro era cada vez mayor, y me dispuse impaciente a oír el resultado de ese descubrimiento que fue el siguiente:

“Supongo que quien haya descubierto esto, sabrá todo lo referente a la conspiración de una serie de críme-

nes. De no ser así, en la vía Luigi Cadorna de la ciudad de Lecce, hay una iglesia con una fontana al frente de esta. Por esa misma vía hay una casa con una puerta azul, que es la que figura en una de las cinco fotos, allí vive Pietro L'ancone, persona en quien confío plenamente.

Él tiene una tercera copia del informe, es quien me ha mantenido al tanto de los pasos de Montessi y los cuatro miembros del cónclave que hay que desenmascarar, causará asombro el encuentro con Pietro por el secreto que guarda.

Aproximadamente a quince kilómetros al sudoeste de la ciudad de Barletta están sepultados los cuerpos de las desafortunadas mujeres que asesiné, y en esa misma ciudad se halla la casa en la cual viví hasta que cambié de domicilio, cuya numeración está en clave en mi declaración. Dicha vivienda es la que aparece en otra de las fotos donde las cosas varían de lugar.

En ella vive Constanza D'Rosa, una mujer que me ayudó en mis tiempos de ermitaño. Ella no quiso abandonar el bombardeado poblado de Barletta, pues esperaba a su esposo quien jamás volvió. Constanza ha colaborado con mi alimentación y he pasado muchas horas en su compañía dándonos ánimo el uno al otro, fue la única que me aguardaba cuando salía y jamás me reprochó nada en absoluto. Fue para mí, como una madre. El único obsequio que hice en mi vida, fue para Constanza, cediéndole la vivienda que reconstruí.

¡Por último! La ciudad de Trani, es el lugar donde viví antes de viajar hacia Argentina. En el domicilio que muestra la fotografía, hay algo que muchos buscan y que tiene que ver con un número coincidente pero solo a

muy pocas personas les servirá si lo encuentran".

Así concluía la escritura oculta detrás de las fotografías, de la cual noté que se refería a tres ciudades de las cinco que figuraban en las postales. Por eso le pregunté a Jenaro por las dos restantes, y este a la vez que abría sus brazos hizo un gesto arqueando sus labios, al que entendí que no existía más nada, razón por la que expresé lo siguiente:

—¡No entiendo! ¡Las dos postales y fotos restantes! ¿Qué significado tendrán?

Jenaro no supo qué contestar. Por tal motivo le preguntó a su novia si en el otro escrito no mencionaba algo referente a las fotos restantes. Sofía volvió a repasar el escrito y al acabar hizo un gesto negativo y dijo repetidas veces ¡Nada! en su idioma, cosa que entendí sin necesidad de traducción alguna. Acto seguido expresé:

—Mañana temprano iré a Lecce, a buscar a ese tal Pietro L'ancone, luego veré qué hacer.

—Tendrás que ir con alguien que entienda el idioma y por supuesto que luego te sirva de traductor. Yo lamentablemente no puedo por motivos laborales —dijo Jenaro, para luego agregar: —Tampoco Sofía te sería útil, pues no habla castellano.

Sofía y Jenaro hablaron un momento. Luego él me dijo que Sofía se ofrecía a acompañarme y que iba a encontrar la forma de hacerme entender lo que averigüe.

CAPÍTULO 19

EL SECRETO DE PIETRO

Al día siguiente partimos con Sofía rumbo a Lecce en su pequeño automóvil. Ella manejaba y me hablaba pero apenas le entendía una de cada veinte palabras y quizá por la gesticulación que hacía con mi rostro, ella reía, la radio estaba encendida y de vez en cuando pasaban alguna canción a la que ella acompañaba cantando. Se la veía feliz, simple y sin problemas. No usaba maquillaje en su rostro, tenía las uñas roídas por sus dientes y su aspecto era algo varonil, parecía escapada de los años sesenta. Cada tanto giraba el rostro para verme y su cabellera se agitaba haciendo parecer que esos amarillentos rulos se asimilen a resortes que se estiraban y contraían con esos movimientos. Sus ojos celestes hacían que su mirada me atravesara, obligándome a bajar la vista, no sabía qué decir, solo la observaba y ella al notarlo me regalaba una sonrisa.

Sentía una sana envidia hacia Jenaro, y para mis adentros pensé que me gustaría tener una pareja como ella.

El camino mostraba una vista maravillosa, los paisajes invitaban a soñar y hablando de sueño… sin darme cuenta, me quedé dormido.

Sofía me despertó al momento que entrábamos a la ciudad de Lecce. Entendí perfectamente esas palabras. Luego se detuvo un par de veces preguntando por la vía Luigi Cadorna, le indicaron el camino y hacia allá nos dirigimos.

La puerta que golpeamos se veía exactamente igual a la de la fotografía. Al cabo de unos instantes esta se abrió dejando ver a un hombre de aproximadamente unos treinta años, delgado y con cabello corto y rojizo, al cual Sofía luego de contestar su saludo preguntó por Pietro L'ancone. Este asintió con la cabeza a la vez que respondía que se trataba de él, cosa que también entendí, Sofía le entregó la foto que mostraba la puerta de su casa y Pietro al verla reflejó sorpresa en su mirada, quedó estático unos instantes y luego tuvo una conversación con Sofía en la cual este constató que éramos personas de fiar. Acto seguido, girando su cabeza hacia adentro y con un tono de voz elevado, llamó:

—¡Consuelo!

Al oír ese nombre no pude evitar que el corazón me palpitara con extrema tensión, a la vez que del interior de la casa se oyó:

—¡Sí Pietro!

—¡Ven pronto!— replicó éste en idioma castellano.

Al asomarse a la entrada, la pude ver, era Consuelo quien nos veía intrigada.

—¿Consuelo? —pregunté a la religiosa que aparecía ante mis ojos.

—¡Sí! Soy Consuelo, ¿Tú quién eres? —respondió esta a la vez que, entrecruzando sus palabras, Pietro le hacía unas preguntas a Sofía y esta señalándome le respondió, dándole a entender que yo hablaba castellano. Nos miramos en silencio unos instantes. Pietro, con cierta duda, se encargó de entregarle la fotografía a Consuelo y esta al verla mostró desesperación a la vez que sus ojos se llenaron de lágrimas. En ese momento comprendí que

ella había intuido que su padre había muerto, aunque de todas formas esperó a que yo se lo confirmara para luego sí expresar el llanto.

Pietro le entregó un abrazo y la llevó hacia el interior de la vivienda haciendo una seña para que lo sigamos. Nos hizo sentar en unos cómodos sillones, luego nos convidó agua fresca. Hicimos un largo silencio para que Consuelo se reponga de la noticia de la muerte de su padre y una vez que esta me pidió que explique cómo había llegado el legado a mi poder, me dispuse a contar una vez más, toda la historia desde el comienzo, no sin antes entregarle a la religiosa el portafolio.

Estaba haciendo mención del accidente, y en el momento que narré el pedido que me hiciera Gregorio, Consuelo se levantó de su asiento y se inclinó hacia mí entregándome un abrazo a la vez que me daba las gracias por la travesía que tuve que realizar para traer esos documentos. Luego volvió a sentarse para que yo continúe mi relato. Al finalizar el mismo, esta comentó:

—Imagino lo difícil que te ha sido enfrentar este desafío. Lamento que tuvieras que terminar una relación a causa de esto, en verdad me hace sentir responsable, por lo que me comprometo cuando todo acabe y volvamos a la Argentina, interceder para que vuelvan a unirse.

—En verdad agradezco su interés pero…

Mis palabras fueron interrumpidas por las de la religiosa, diciendo:

—No voy a aceptar un no por respuesta ¡déjame reparar ese distanciamiento! ¿Sí?

No tuve otro remedio, por el momento, que aceptar, seguidamente dije:

–Quisiera saber qué tan peligroso es ese tal Montessi.

Pietro, después de mirarse con la religiosa respondió:

—¡Más que peligroso! ¡Es lo peor! Lamentablemente… y esto me avergüenza en demasía, debo confesar que Montessi… —hizo un silencio y luego continuó: —… Montessi ¡es mi padre!

Esa revelación sí que no la esperaba, por lo cual no supe qué contestar, y el silencio volvió a adueñarse del lugar por unos minutos. Luego retomé la palabra y dije:

—Entonces… ¿No se puede hacer nada?

—¡Sí! Esperábamos estos documentos originales escritos en puño y letra por Ángel Pranni para entregárselos a un juez que se encargará de la causa y en vista que Pranni no va a declarar —dijo Consuelo

Por lo consiguiente agregué:

—¡Desde luego! ¿Cómo habría de declarar? ¡Si Pranni ha muerto!

—¡Sí! Pranni ha muerto para esta sociedad, al igual que Amanda Martini, pero…—dijo intrigante la religiosa.

—Pero ¿qué? —pregunté.

—Pero, Amanda Otranto… ¡Está viva!— concluyó Consuelo.

Enseguida recordé las palabras de Victoria, pues una de las hipótesis que ella tenía era que Amanda estaba viva, por eso pregunté:

—¿Está viva? ¡Es increíble! Entonces lo de la enfermedad… ¿era una farsa?

—Sucede que cuando Pietro le informó que a Montessi lo habían nombrado Cardenal y además había descubierto otro accionar terrorífico de este sujeto, Amanda se puso en campaña para desenmascararlo —respondió

Consuelo.

A todo esto Sofía parecía estar ajena a esa charla, por lo que yo la miré y exclamé:

—¡Pobre! Sofía no entiende el castellano.

En ese momento ella me hizo una seña con la mano que entendí como que después se habría de enterar. Yo intenté continuar pero me detuve unos segundos donde cuestioné en mi interior ¡Qué perspicaz había sido Sofía! se dio cuenta de lo que dije ¿con solo mirarme? ¡Bueno! Luego proseguí con mi pregunta a Pietro:

—Perdone usted pero… ¿Cómo consiguió la información?

—Soy personal de vigilancia de la mansión Cuore, que traducido al castellano significa corazón, claro está que esto a ti no te dice nada —aseguró Pietro.

Yo hice un gesto de negación sin emitir palabra alguna, y este continuó:

—La mansión Cuore, situada en la ciudad de Bari, es un lugar donde Montessi maneja un negocio multimillonario con el tráfico de niños. Este enorme caserón, cercado con muros de dos metros de altura, finge ser una institución de beneficencia la cual se dedica al amparo de menores abandonados. Pero como dije anteriormente es una pantalla para tapar los negociados que por detrás se manejan, además traen chicos del exterior e inclusive últimamente han ido a tu país, de donde trajeron varios bebés.

—¡Por Dios! —exclamé indignado: —¡Perdone usted!...pero estoy demasiado involucrado con todo esto… y me siento tocado, por lo que necesito saber todo lo que esta historia abarca, ¡Espero no haya inconveniente!—

agregué a modo de orden y ansiando me den detalles finales del legado recibido.

—Estoy de acuerdo con tu pedido, como te decía… Si denunciamos lo de la mansión Cuore podríamos hacer caer a Montessi, aunque él puede alegar que desconocía estos sucesos, acusando al personal que había contratado y de esta forma quedar impune como es su costumbre, pero si a esto le sumamos el informe que nos acabas de entregar y encontramos los cuerpos de las mujeres, podemos hacer que este criminal pague sus culpas. Además hay otra cosa a favor, mi madre… Pietro detuvo sus palabras unos instantes y mirando a Consuelo, quien pareció darle el valor necesario para que siga, continuó: —…Mi madre era una de las mujeres próximas a ser asesinadas, a la que tenían secuestrada en ese sitio.

Se produjo otro silencio en el cual comprendí que su madre también era una mujer que ejercía la prostitución, lo que me hizo bajar la vista para acompañar la vergüenza que parecía expresar Pietro, quien al notar mi respeto prosiguió.

–Montessi, abusaba constantemente a mi madre durante ese cautiverio. Cuando Ángel Pranni escapó, y la halló en la parte trasera de esa construcción pidiendo auxilio, la liberó, y ella así pudo escapar. Gracias a él mi madre pudo sobrevivir a ese infierno y aquí estoy yo, producto de esas violaciones. Años más tarde mi madre se cruzó con Ángel en una calle de la ciudad de Trani. Ella iba conmigo en brazos tras varios días sin probar bocado, y nos volvió a salvar la vida por segunda vez. Yo tenía cuatro años y aunque Ángel era muy joven, desde ese momento fue para mí como un padre. Allí en Trani

vive mi madre, en una casa que Ángel le otorgó en forma de préstamo. Montessi no sabe que soy su hijo, me tiene como un buen empleado de seguridad al que él piensa que conoció casualmente cuando unos amigos de Ángel lo atacaron y yo fingí salir en su defensa para ganar su confianza y así poder seguir sus pasos de cerca.

Luego de este relato, Pietro le cedió la palabra a Consuelo, quien continuó con el mismo, en tanto yo escuchaba sin emitir más sonido que el de mi respiración.

—Ahora con esta nueva personalidad, Amanda dejó los hábitos y viajó de Argentina a Italia con anterioridad a mí. Lo que ocurrió fue que cuando dimos el informe al Episcopado entregamos una copia, que un Arzobispo leyó en nuestra presencia, por lo cual nos interrogó preguntando cómo había llegado a nuestras manos esta declaración. Amanda dijo que yo era ajena a todo esto, que solo la acompañaba porque ella estaba muy enferma, desligándome a mí de todo. Luego respondió que un reverendo que había fallecido se lo había entregado antes de morir, mencionando el nombre del cura del cual ella se había enamorado, pero por supuesto esa parte la pasó por alto. A todo esto, el eclesiástico le preguntó por qué no lo había entregado anteriormente. La respuesta de Amanda fue que por exclusivo pedido que el moribundo párroco hiciera de no abrir el sobre, que él mismo lacrara, hasta no recibir una carta proveniente de Italia y dirigida a él. La carta de la que hablaba era la que le envió Pietro, y que Amanda usó de excusa como precaución. El arzobispo nos prometió ser diligente en lo que a la investigación se refiere, pero para ello necesitaba el informe original, Amanda dudó en entregar el escrito

original, por ese motivo tuvo que faltar a la verdad diciendo que, el párroco fallecido se lo había entregado a una tercera persona y que esta, "desconocida para ella," se lo haría llegar posteriormente a Vicuña Mackenna, una vez que Amanda entregase la copia al Episcopado. Esas palabras confundieron al Arzobispo y este le preguntó cómo sabría esa tercera persona que ella entregaría la copia. Amanda finalizó dejándolo sin palabras cuando le dijo que pensaba que él, sabría la respuesta.

De esa manera concluimos la entrega de la copia, (la cual no tenía en detalle todos los pormenores, solo las acusaciones hacia los cinco miembros) fue así que prometiendo que en cuanto tenga el informe original en su poder se lo traería en mano ella misma.

Por supuesto, todo esto, Amanda lo hizo para exclusiva protección nuestra, pues ella no confiaba en nadie, y no se equivocaba. Un par de semanas después, nos visitó un hombre que decía ser un enviado episcopal, pidiendo el informe original para llevar con él a Italia y entregárselo en mano al mismo Papa. Su actitud era más que sospechosa, pero Amanda había urdido un plan vaticinando estos sucesos. El hombre no se presentó solo, lo hizo con dos sujetos cuyas miradas hacían temer y además se mostraba sumamente nervioso y exigente. Por esa razón le dije lo que Amanda había planeado. El misterioso hombre se encegueció cuando le informé que la hermana Amanda había fallecido y le ordenó a los dos acompañantes que revisen el lugar y busquen ese informe. Pero no hubo necesidad pues le expliqué que dicho informe estaba en el convento bajo el cuidado de una religiosa y que solo a mí me lo entregaría. Por ello le propuse que

al día siguiente lo buscaría para hacerle entrega de ese documento, que por supuesto jamás estuvo en dicho convento si no en poder de mi padre, así es que le pedí que me espere a las seis de la tarde del posterior día en la puerta del convento de Santa Clara de Vicuña Mackenna, al cual jamás me presentaría, pues la noche anterior, viajé a Buenos Aires y de ahí a Roma, por supuesto que le informé a la hermana Milagros que reside en el convento al cual has visitado con esa señora, con anterioridad a la visita de estos sujetos y ella me ha brindado toda su protección y apoyo. Luego hice los arreglos correspondientes, y aquí me encuentro, pero deben haber supuesto lo de mi viaje pues me están buscando por toda Italia. Ahora, el siguiente paso a dar, es enviar esto a la justicia del Vaticano. Solo que yo no puedo salir de este sitio pues mi rostro esta en todos los diarios del país y en los noticieros televisivos, se me acusa de espionaje internacional, así es que estoy maniatada hasta que esto se resuelva. Tampoco Pietro puede hacer nada para no quedar expuesto ante Montessi, quien además podría acusarlo por trabajar con él, de cometer los turbios negociados a sus espaldas. Pietro y su madre serían los últimos en declarar.

—¡Esto es aterrador! Cada minuto que pasa me causa más indignación. Ahora comprendo todo, o sea que esta mansión que se ve en esta cuarta fotografía ¡Sería la mansión Cuore! Pero… ¿y la quinta foto, que representa a una parte de Otranto? —pregunté cada vez más intrigado.

—Eso es algo que deberá explicarlo la misma Amanda, pues yo no tengo idea —respondió Consuelo.

—¿Y Amanda? ¿Dónde se encuentra? —pregunté con preocupación.

—Eso es lo que no sabemos, Amanda me ha confesado muchas cosas pero estos secretos los desconozco, ha hecho este legado en códigos, y si no me los comunicó fue para proteger el legado, y en cierta forma a mí —contestó Consuelo.

Por lo que yo seguí con mi cuestionario.

—¿Y para quién iba dirigido el legado? Puesto que para vos está claro que no era.

—En realidad Amanda había hecho esa declaración para sentirse liberada de ese secreto que la perturbaba constantemente, y a pesar de que yo más de una vez le dije que los actos que cometió fueron en defensa propia y otros tantos hostigada, ella se sentía un miserable ser. Cierta vez me dijo que para subsanar o enmendar esos delitos iba a dar algo que ella anhelara demasiado.

Por eso escribió su historia, tal vez para pedir perdón a la sociedad. Luego de enterarse lo de Montessi, realizó unos cambios, y viajó hasta aquí con el nombre de Amanda Otranto —culminó Consuelo y Pietro prosiguió:

—Su viaje duró un mes. En ese lapso hizo unos arreglos, en los que me hizo partícipe. Luego volvió a Argentina y esto que tú llamas legado, en realidad es un misterio para quién va dirigido, puede ser para cualquiera, quizá para el padre de Consuelo o para la misma Consuelo o para mí, en realidad no lo sabemos.

En ese momento y hablando en castellano Sofía dijo:

—¡Tal vez el legado iba dirigido a Carlos! ¡Sin ella saberlo, por supuesto!

Consuelo y Pietro quedaron algo sorprendidos al oírla hablar en castellano, pero quien realmente se sorprendió fui yo, pues quedé desencajado y con tamaña confusión.

—¿Me he vuelto loco, o qué es lo que pasa aquí? —dije enardecido.

Sofía me sonrió y respondió:

—¡No te enojes! Te pido disculpas por ocultarte esto, tengo motivos para no decir que hablo el idioma castellano… es que no quiero que Jenaro lo sepa. ¡Luego te explicaré! ahora lo que yo pienso es que deberían averiguar dónde se encuentra Amanda y creo saberlo. Mientras ustedes hablaban yo leí algunas poesías del libro, y en esta que se titula Marzo, hay un pasaje que dice. "Regresaré a la casa de los destellos, cuyos muros resurgieron como el ave fénix…

Interrumpiendo sus palabras, y con marcado nerviosismo por el enojo, cansancio y misterio que encerraba esta historia, expresé agresivamente:

—¡Sí! Esa parte la he leído y creo saberla de memoria, habla de la calle de los marzos y de los pasos que encuentren el sendero que de dos en dos, llegarán a la guarida del pasado, etc, etc, etc. ¡Y vaya uno a saber cuál es la calle de los marzos!

Sofía con extrema tranquilidad dijo:

—En el mes de marzo de mil novecientos cuarenta y cuatro, un grupo de civiles italianos, emboscaron un escuadrón alemán que se preparaba para efectuar un ataque a la ciudad de Barletta. Este grupo no solo frustró dicho ataque, además con los mismos armamentos alemanes destruyeron otros grupos nazis que venían marchando unos kilómetros detrás. En honor a estos veintisiete valientes hombres, a la vía principal de Barletta, o calle (como dicen ustedes), le han puesto el nombre de Héroes de Marzo.

Mi silencio fue como un símbolo de perdón que quería pedir a esa simpática joven que seguía sonriendo como si estuviéramos hablando frivolidades, Consuelo se dio cuenta de cómo yo miraba a Sofía y sonriendo ella también, dijo:

—Tendrás que recorrer esa calle de punta a punta hasta dar con la casa que debe ser la que figura en esta foto.

—Creo que no va a hacer falta —dije con mucha más tranquilidad en mis palabras, y luego agregué: —La numeración es la suma de los días que de dos en dos, iba escribiendo en su declaración Amanda o Ángel o como se llame. Comenzó el tres de marzo y culminó el trece, todos números impares, o sea que si hacemos una suma de estos números el resultado es cuarenta y ocho, calle Héroes de Marzo 48, y si al 48 le sumamos los 27 héroes daría 75, alguna de esas es su dirección, así es que si ustedes no pueden hacer nada, iré yo mismo a conocer a esta persona. Por lo menos díganme cómo llegar.

—Si se te ha pasado el enojo conmigo yo podría llevarte —dijo Sofía, cosa que hizo sonreír a Pietro, quien comentó:

—Si me inmiscuyo ahora, corremos el riesgo de echar todo a perder. No es que no quiera, pero debo esperar, por lo menos esa es la orden que me dieron.

—De acuerdo, mañana a primera hora partiremos con Sofía, y con respecto al enojo… sí, ya se me ha pasado —dije aún furioso.

Consuelo rió y luego tomando de la mano a Sofía, le pidió que la acompañe a la cocina para preparar algo de comer, en tanto Pietro me comentaba que fue una casua-

lidad que lo haya encontrado, pues él trabaja de lunes a sábado en la mansión Cuore y como ese día era domingo había tenido la suerte de encontrarlo, porque de no ser así Consuelo jamás habría de abrirle la puerta a nadie. También me comentó que él en pocas horas debía marcharse porque el viaje a Bari era un poco largo. Solo había venido para ver cómo se hallaba Consuelo, ya que esta debía vivir encerrada por el momento.

Le pregunté a Pietro cómo hacía para adquirir los alimentos, y este contestó que contaba con una vecina de confianza para eso. En ese momento Consuelo y Sofía regresaban con la comida. Sofía luego de apoyar la bandeja tomó las puntas de su cabello y simulando tener un bigote dijo algo en francés, haciendo referencia a la comida, y en ese instante recordé aquel día en que Nicanor me hiciera disfrazar de campesino, así es que hice el comentario de aquella ocasión. En ese momento se me ocurrió algo que seguidamente le propuse a Consuelo.

—¡Hay que disfrazarte de varón!

Todos rieron pero yo agregué:

—Si Amanda una vez se disfrazó de monja para salvar su vida ¿qué tiene de malo que Consuelo se disfrace de muchacho? podrá pasar desapercibida.

—¡Es una gran idea! —dijo Sofía, y esta vez fue ella quien tomó su mano y la encaminó hacia una habitación para comenzar la transformación aprovechando la vestimenta que ella usaba. Casi una hora más tarde, salió Sofía de la habitación y haciendo unos gestos de presentación exclamó:

—Con ustedes: ¡Gianmarco!

Y apareció Consuelo con el cabello lacio cortado y un

jopo sobre su ojo, el vaquero ajustado, la camisa suelta y bastante holgada que disimulaba totalmente su pequeño busto, zapatillas de tela y lentes oscuros, yo sabía perfectamente que era Consuelo, pero el cambio había sido tan perfecto, que si la viese por la calle seguro que jamás la reconocería. Pietro también se sorprendió, y exclamó:

—¡Madonna santa! Parece Pietro a los dieciocho años.

La risa fue generalizada, y luego salimos los tres a dar un paseo por Lecce. Recorrimos varios lugares, desde la antigua ciudad, hasta el Ayuntamiento, pasando por la catedral, cuya arquitectura única mostraba el trabajo que les habría llevado a sus constructores. Posteriormente visitamos el viejo cementerio. Allí encontramos la tumba de Pranni, donde según él "se encuentra ese tesoro tan preciado que guardará por siempre en los silencios de este cementerio en donde yacen sus transparentes restos".

—Tengo una duda —dije parado a los pies de esa tumba abandonada y llena de yuyos, cuya lápida ofrecía marcado deterioro. —¿Se hallará aquí debajo todo el resultado de los pagos de los cinco perversos?

—¿Cinco perversos dijiste? preguntó Consuelo engrosando su voz, por lo que yo respondí:

—¿Acaso no lo son?

Consuelo después de pensar unos minutos y haciendo a la vez cuentas con los dedos de una sola mano, respondió.

—¡Sí! Son cinco perversos, cinco fotografías, cinco las postales, cinco bárbaros, cinco ciudades, y son cinco los años que duraron los pagos de estos cinco perversos.

Este es el número coincidente que menciona en una de las cinco fotografías, creo… ¡Aguarden! ¡Sí! Creo que esa fortuna se encuentra en el domicilio donde él vivió en la ciudad de Trani, antes de partir hacia la Argentina.

—Creo que con esto, nos hemos vuelto todos un poco detectives. ¡Realmente es admirable tu poder de deducción Consuelo! —expresé adulando a la religiosa, y luego agregué: —¡Vámonos! no vaya a ser que alguno esté dando vueltas por aquí y nos vea husmeando esta tumba.

Esa noche dormimos en un hotel para no volver a la casa de Pietro. Queríamos dar todos los pasos sin cometer errores.

A la mañana siguiente y ya en el auto de Sofía, íbamos camino a la ciudad de Barletta al posible encuentro con Amanda. El trazado de la ruta para llegar a nuestro destino se conformaba costeando el mar, y el color del agua sumado a los paisajes que este acariciaba nos regalaban una mágica vista, grutas que se formaban en los acantilados, piedras comidas por la marea oceánica que simulaban columnas encorvadas sosteniendo arrecifes aéreos a punto de colapsar, playas de arenas blancas e infinidad de naturaleza en esplendor. La música en la radio de Sofía y el incoherente movimiento que realizaba al compás de la misma sumado al sonido de su voz, hacían que cerrando mis ojos, fantasee con una boca de similares características en mis labios, eso me trajo nuevamente el recuerdo mi primer amor, Claudia con su excesiva inocencia, Lucía de temprana madurez, Victoria de sentimientos profundos, e imaginé una mujer que reúna las características de todas… ¡Sería perfecta! Pero volviendo a la realidad lo tomé como imposible que yo tuviese esa

suerte, pero me permití soñar varias veces más mientras transitábamos ese camino.

Sofía de pronto se detuvo a un lado, en un lugar en el cual había un barandal que permitía asomarse sin caer al vacío, para poder ver el mar azul a nuestros pies. Consuelo no quiso bajar, tal vez por darnos privacidad pensando que quizá entre ella y yo existía algún romance. Así es que aproveché ese momento a solas para preguntarle.

–Me encantaría saber ¿Por qué le ocultas a Jenaro que sabés hablar en castellano?

Ella me miró a los ojos, y luego tomando aire y emanando un largo suspiro respondió con cierta melancolía en esos ojos, que cambiaron en su totalidad esa personalidad simple y acorazada, transformándola en una chica frágil e indefensa.

—¡Tuve un gran amor! Flavio era su nombre, creí que con él, al mundo lo habían hecho solo para mí. Las noches eran pasarelas a un nuevo mundo y los días eran un mundo por vivir, sentía el amor brotar de cada cosa que tocaba, y sus manos eran la llave secreta de todos los misterios sin resolver. Era un ser diferente, él era argentino, como Jenaro, como tú, aprendí ese idioma para oír su voz natal diciéndome te quiero en el oído, y en ese idioma le dije mil veces cuánto lo amaba. Su madre llamó ese día, y en ese idioma me enteré lo sucedido —Sofía hizo una pausa. Sus lágrimas cayeron repletas de tristeza, tomó aliento y continuó: —El frasco de pastillas que hallaron en su mano, estaba vacío. Nunca nadie me explicó cuál fue el motivo que lo llevó a tomar tal determinación, y debe ser porque nadie lo supo. Se veía tan feliz y sin embargo ya no está. A veces creo que el destino del hombre

no está en manos de Dios. Dos años después conocí a Jenaro. Él habla el italiano a la perfección, por enseñanza de su madre, mas cuando supe que era argentino quise alejarme pero su carisma ya me había deslumbrado, por ese motivo, no quiero oír de sus labios que me hable en castellano, y creo que comprenderás mi decisión —concluyó con sus ojos empapados.

Le ofrecí un fuerte abrazo y allí quedamos largo rato, mientras la sana envidia que sentía hacia Jenaro ya no existía en mí, creo que se había transformado en compasión.

Seguimos camino. Sofía ya no era la misma, había apagado la radio y el único sonido era el del motor del auto. Dirigí la vista hacia Consuelo quien intentó decir algo pero al hacerle una leve seña con un gesto, se mantuvo callada, y así, en ese silencio llegamos a Barletta.

CAPÍTULO 20

AMANDA

Sofía detuvo el automóvil en la proximidad de una esquina y dirigiéndose a una florista que se hallaba pregonando, le preguntó asomando su cabeza por la ventanilla, si podría indicarle hacia dónde debía tomar para encontrar la calle que buscábamos. Esta le hizo una breve referencia y por lo que entendí, no se hallaba muy lejos.

Minutos más tarde nos detuvimos en la puerta de una casa, cuya fachada era exactamente igual a la que exhibía la fotografía. Creo que todos teníamos la misma inquietud. ¿Estaría aquí Amanda? Bajamos del vehículo, nadie se atrevía a golpear. Los tres parados de espaldas a la calle, mirábamos hacia el interior del jardín, que lleno de flores se mostraba en alegre decorado.

Sofía aplaudió sus manos varias veces pero nadie se asomaba a atendernos. Nos disponíamos a marcharnos cuando escuchamos una voz que detrás nuestro preguntaba:

—¿A quién buscan?

Los tres a la vez dimos media vuelta y pudimos ver a una anciana mujer que apoyada en su bastón se acercaba lentamente desde el otro lado de la calle.

Sofía ofició de interlocutora y nos confirmó, según lo que esta le dijera, que allí no vivía nadie con el nombre de Amanda Martini. Consuelo ante esa pregunta equivocada de Sofía exclamó:

—¡Martini no! ¡Otranto! ¡Amanda Otranto!

Sofía, mientras la anciana giraba lentamente sobre

sus pasos, vociferó el apellido correcto, pero esta no hizo caso a su enmienda.

No sabíamos qué hacer. Pensamos que hasta ahí habíamos llegado y nos quedamos unos cuantos minutos para preguntarle a alguna otra persona, cuando vimos salir de la casa de la anciana una hermosa y madura mujer que se acercaba hacia nosotros.

—¡Amanda!... ¡Por Dios!... ¡Qué bella estás! — expresó Consuelo con su disfraz de muchacho.

—¿Consuelo? ¿Consuelo? ¡No lo puedo creer! —dijo Amanda entregándole un abrazo en el cual ambas se besaron varias veces entre alguna que otra lágrima y luego continuó: —Tanto tiempo que has pasado a mi lado, que ya tienes mis costumbres.

Ambas rieron, Sofía y yo solo sonreímos, y Amanda preguntó:

—¡Pero! ¿Quién es esta parejita que te acompaña?

—¡Entremos! ¡Es una larga historia —respondió Consuelo, queriendo ingresar a la vivienda frente a la cual nos habíamos detenido, Amanda riendo dijo:

—¡No! no es esta, es aquella —dijo señalando la casa que se hallaba en la vereda de enfrente cuya numeración era 75, y volviendo la vista a la casa a la cual íbamos a entrar vimos que esta tenía el número 48.

–¡Qué torpeza la nuestra! —expresó Consuelo mirándome.

Yo hice un gesto abriendo los brazos como expresando que no me había dado cuenta y varias cosas a la vez.

Una vez dentro de la casa, que había sido decorada y reconstruida con excelencia, fuimos presentados a Amanda, quien a su vez nos presentó a la anciana diciendo:

—Ella es Rosa Constanzo.

—¡Perdón! ¿Pero no era… Constanza D'Rosa? ¿O algo así? dije confundido.

Amanda sonrió a la vez que nos ofrecía asiento y una taza de té. Mientras lo preparaba nos dijo que había puesto un par de datos falsos para despistar a quienes llegaran con malas intenciones y que la fotografía en la cual figuraba la casa de enfrente era una trampa.

–Allí está bien claro, cuando digo que "las cosas varían de lugar".

Ella sabía que el número 75 jamás lo descubrirían, tenía por seguro que si las personas equivocadas encontraban la casa y la comparaban con la foto creerían que allí la hallarían a ella.

—¡Muy inteligente Amanda! Nos gustaría saber qué otras pistas falsas existen —preguntó Consuelo.

—Primero lo primero, ¡Mi querida niña! necesito que me cuenten todo desde el principio.

Consuelo fue quien comenzó, yo de vez en cuando agregaba algún bocadillo de los sucesos que me concernían.

Amanda, comenzó a agradecerme con marcado énfasis besando mis mejillas y abrazándose a mí. Esto hacía que me ruborizara como cuando me tocaba Sofía en presencia de Jenaro. Después de esta muestra de afecto dijo lo siguiente:

—¡A partir de ahora y para toda la humanidad! Mi nombre es Amanda Otranto, escritora y poetisa. Compré esta casa hace un tiempo, después de recibir por parte de una editorial la aceptación para publicar mi obra, a la cual seguro han de conocer, cuyo título es Ángela, y la

contratación de la misma para la edición de mis próximos libros que llevan como título, La Casa de mi Madre, y Recuerdos de una Religiosa.

—¡Felicitaciones Amanda!— exclamó Consuelo.

Luego nos sumamos Sofía y yo y recibimos una sonrisa de parte de Amanda en forma de agradecimiento.

Una vez finalizado este diálogo, Amanda recalcó con especial énfasis, haciendo hincapié en que lo más importante era desenmascarar a Montessi y a continuación dijo:

—¡No lo olviden! Soy Amanda Otranto. No tengo nada que ver con el pasado de Ángel Tranni. Así es que desde este momento deberán seguir solos, si es que aceptan continuar con esto… por eso les suplico que recapaciten bien antes de dar una respuesta… ¡Sabrán ustedes lo que tendrán que hacer!

Consuelo y yo, luego de mirarnos unos instantes, entendimos que debíamos acabar con la impunidad de Montessi y dijimos que sí, que los dos pensamos lo mismo, que si habíamos andado tanto, no íbamos a renunciar ahora. Además estábamos seguros de que lo íbamos a lograr.

Sofía dijo que ella debía volver, y no la culpamos, así es que después de almorzar, ella se fue en su pequeño auto de regreso a Potenza, a continuar su vida junto a Jenaro. La despedimos desde la puerta, donde Sofía nos entregó un emotivo abrazo deseándonos suerte.

Esa tarde Amanda nos ofreció dinero para alojarnos en un hotel, pero no lo aceptamos a pesar de su insistencia. Sentí que estábamos poniendo en peligro su nueva identidad y que ella no quería que permanezcamos ahí

por mucho más tiempo. Así es que le indiqué a Consuelo que debíamos irnos. Seguidamente me levanté de mi asiento con la intención de abandonar el lugar. En ese instante Amanda se interpuso en mi camino, diciendo:

—¡Un momento! Aún no he dicho que debían irse, antes debo darles un poco de información para que sepan qué es lo que tienen que hacer de aquí en más. Tomen asiento y escuchen… antes que nada debo preguntarles, ¿Por qué hacen esto?

Después de meditarlo unos segundos, Consuelo respondió:

—¡De mi parte! Quizá por querer que se haga justicia.

—¡Perfecto! ¿Y vos? ¿También? —preguntó dirigiéndose a mí.

—Sinceramente… ¡No lo sé! Quizá porque he pasado mi vida sin saber que existía todo un mundo en torno a la oficina y a mi casa, de la cual no salía más que para estudiar y trabajar, sin mirar qué sucedía alrededor o al que se hallaba a mi lado. He vivido desinformado de toda esta muerte que a granel se dibuja en las calles día a día. Tal vez, por sentirme útil para la sociedad, algo que nunca sería si me quedara de brazos cruzados. Tal vez, algún día, ser como los héroes de marzo, el nombre que lleva esta calle en homenaje a esos valientes hombres. Puede que también, como dice la hermana Consuelo, por el simple hecho de hacer justicia.

Amanda, a la vez que nos observaba a ambos, más a mí que a Consuelo, y al mismo tiempo que se ponía de pie y nos hacía señas que hagamos lo mismo, dijo:

—¡Vengan!

Aceptando su pedido nos pusimos de pie y esta nos

entregó un abrazo. Luego, y separándose de nuestro lado, expresó:

—¡Bien! —se produjo un silencio en donde ella pensó la forma en que nos indicaría los pasos a seguir, y entonces preguntó: —¿Recuerdan al capitán Gardino? ¿El que se hizo pasar por juez en las cartas de soborno que le envié a Montessi?

—¡Sí! —respondimos en el acto.

Amanda prosiguió:

—El hijo mayor de Gardino es un excelente abogado, nombrado hace poco tiempo juez federal, así es que toda la documentación que ustedes poseen, deberán hacerla llegar o, mejor dicho, entregársela en mano. Su nombre es Ignacio Gardino.

Seguidamente Amanda extrajo de una pequeña puerta, que simulaba ser un decorado hecho en madera sobre una pared, unos papeles que a la vez que nos los entregaba, decía:

—Junto con esa documentación, deben llevar estos planos de catastro que indican exactamente el lugar en donde se encuentran sepultados los cuerpos. Allí también hallaran los cadáveres de los cinco bárbaros. Creo que con eso y la posterior declaración que hagan Pietro y su madre, le sobrará a Gardino para darle a estos cinco dementes, la condena que se merecen.

—¡Perdón! Existen muchos cincos en su legado por lo que me gustaría saber qué significado tiene ese número que aparece tan coincidentemente —pregunté intrigado.

Amanda respondió:

—¡Todo a su tiempo mi ansioso amigo! ¡Todo a su tiempo!

Esa noche Consuelo y yo dormimos en camas separadas pero en la misma habitación de un hotel que se hallaba frente al mar.

Consuelo, era una joven de rasgos delicados, finos labios y su figura era imperceptible, siempre oculta tras los hábitos y ahora por ese atuendo varonil que hacía que parezca un joven desalineado. Eso me causaba un poco de gracia al observarla, así como sus enormes lentes, que le daban a su rostro una cómica redondez haciendo resaltar sus ojos marrones claros, pero era una persona excelente y de buenos sentimientos, que se había entregado a la religión con gran devoción.

Al día siguiente viajamos a Roma. La ciudad se veía atestada de gente que iba y venía. Consuelo y yo, teníamos esa sensación de persecución a causa de la magnitud de la denuncia que llevábamos en nuestro poder.

Al ingresar al Palacio de Justicia nos tomamos de la mano unos segundos. Nuestros rostros reflejaban temor y a paso apresurado llegamos a la oficina de informes, donde hicimos un pedido de audiencia con el juez federal Gardino. Cuando el asistente nos preguntó el motivo por el cual hiciéramos el mencionado pedido, respondimos que le avisara a Gardino que traíamos información sobre los "cuerpos", cosa que Amanda dijo que mencionáramos llegado ese momento.

Una vez que el asistente le comunicó al juez el motivo, nos atendió en forma urgente. Gardino era un hombre de gran estatura y su seriedad parecía irreductible. Con solo mirarlo a uno fijamente le obligaba a bajar la vista.

Según Amanda era un hombre de principios, inso-

bornable y decente.

Luego de presentarnos como tales, le narramos la historia, dejando constancia que la identidad de Amanda no debía ser mencionada en ningún momento.

—¡Por supuesto! Y quédense tranquilos que estoy al tanto de casi todo lo referente al caso —expresó Gardino dándonos confianza y luego agregó: —Hablé con Amanda hace un tiempo y los pasos a seguir son los siguientes: elevaré una denuncia en el mismo Vaticano, que involucra a cinco de sus principales miembros de conspiración contra la Iglesia católica. Dejaré en claro que tengo en poder la declaración de un tal Ángel Pranni fallecido y de otras personas que se dispondrán a atestiguar en el momento necesario; que poseo un plano de catastro donde se hallan los cuerpos de las personas que en complot hicieron asesinar Montessi, Mollante, Corvelo, Rosini y Fretti. Con todos estos datos adjuntaré las irregularidades que se producen en la mansión Cuore y los negociados sucios que se ejecutan en tal lugar con el tráfico de menores. Si esto no es suficiente para enviar a estos delincuentes tras las rejas...—concluyó Gardino.

Consuelo y yo llenamos los pulmones de aire y lo expelimos como un alivio a nuestras inquietudes. Luego le solicitamos al juez que por supuesto queríamos que nuestros nombres se mantuvieran en el anonimato. Gardino aseguró que de eso no nos quepa duda y por lo siguiente nos solicitó que nos hospedáramos en un hotel que él solo supiera dónde ubicarnos, ya que la denuncia que iba a llevar a cabo a partir de ese

momento llevaría un lapso de tiempo prolongado por tratarse de cinco miembros del cónclave papal y que tal denuncia haría que nuestras vidas, inclusive la de él, valieran centavos.

CAPÍTULO 21

LOS CUERPOS

La noticia recorrió el país, gran parte de Europa y el mundo, cuando a dieciséis kilómetros al sudoeste de la ciudad de Barletta, un grupo de investigación de la policía en conjunto con el cuerpo forense, peritos en criminalística, enviados por exclusivas órdenes del juez federal Ignacio Gardino de Roma, encontraron los cuerpos de siete mujeres y cinco hombres que habían sido enterrados en quince metros a la redonda. Los pasquines y noticieros televisivos comentaban que personas de importante renombre se hallaban involucradas en estos homicidios que databan de los años cincuenta, pero parte de esta información era negada al periodismo.

Dos días más tarde fuimos informados de un suicidio en una casa en las afueras de Salerno, del cardenal Antonio Corvelo. El cuerpo se había hallado en su escritorio con un disparo en la sien y sobre la mesa una declaración dirigida al juez Gardino, donde acusaba a los otros cuatro que, en complicidad habrían actuado en esos crímenes.

En los días siguientes se entregaron a la justicia vaticana los cardenales David Mollante, Sebastián Rosini y Bianco Fretti. Por supuesto que esto solo lo sabíamos nosotros por haber sido los que estábamos en contacto con Gardino. A la comunidad se le informó que cuatro miembros del Cónclave habían fallecido en un gravísimo accidente automovilístico para salvaguardar el buen nombre de la iglesia.

De Montessi no se supo nada. La policía secreta del

Vaticano tomó el caso en sus manos investigando su paradero, pero todo fue inútil, todas las brigadas en Italia estaban alertas pero este no habría dejado rastros de su existencia.

Unas semanas más tarde asistíamos al Salón Blanco del Palacio Cultural Sotavento. Allí hacía la presentación de su primer libro Amanda Otranto, una novelista que había surgido actualmente. Ángela había ganado el premio mayor en literatura poética y su autora adquiría prestigio y popularidad, con un gran porvenir literario.

La ubicamos en el medio del salón firmando las típicas dedicatorias a los compradores de sus poemas.

—¿Me dedicaría este? Mi nombre es Carlos —dije a la vez que le entregaba el libro abierto. Ella levantó la vista y al reconocerme se puso de pie y me ofreció un fuerte abrazo, también a Consuelo que volvía a vestir sus hábitos. Ambos le hicimos compañía todo el tiempo que duró la presentación. Una vez que despidió al último visitante, nos invitó a cenar a un buen restaurante italiano, donde probamos las deliciosas pastas que la caracterizan. Allí charlamos de todo lo que pasó con respecto a la denuncia, también le comentamos que salvo Corvelo, quién se suicidó, Mollante, Rosini y Fretti, estaban alojados en un pabellón especial de la cárcel del condado y a los cuales, la justicia vaticana los había sentenciado a prisión perpetua e incomunicados de por vida. También le comentamos que Montessi había escapado y no se sabía nada de él. Amanda sonrió y dijo:

—¡No se preocupen! pronto pagará él también. Vi las noticias y leí los diarios sobre el hallazgo de los cadáveres y todavía no puedo creer cómo fui capaz de…

Se produjo un silencio. Amanda liberó unas lágrimas, Consuelo tomó su mano a la vez que decía:

—Eso es parte del pasado, ahora Amanda Otranto es la famosa escritora que merece una vida digna, no arruines este momento.

Amanda intentó una sonrisa de agradecimiento y luego de besar la mano de Consuelo expresó:

—¡Tienes razón Consuelo! Dejaré el pasado atrás, viviré este presente y el futuro… ¡Bueno! …El futuro habrá que escribirlo.

Los tres reímos y luego Amanda agregó:

—Hablando de futuro, hay algo que me interesaría saber… De aquí en más… ¿Qué piensan hacer con sus vidas?

—Yo volveré a mi país y luego de visitar la tumba de mi padre, continuaré en el convento con las hermanas Milagros, Celestina y las demás religiosas de la congregación —aclaró Consuelo y Amanda continuó:

—¡Lo imaginaba Consuelo! ¡Lo imaginaba!, ¿Y vos? ¿Me dirás que te integrarás al seminario?

Esas palabras me causaron gracia, y una vez que acabé mi pequeña carcajada, contesté:

—¡Por supuesto que no Amanda! pero también he de volver y buscaré un nuevo empleo, pues en el que tenía seguramente me habrán dejado cesante y aunque así no fuera pienso dedicarme a otra cosa. Creo que he adquirido sabiduría en todo este tiempo y quiero ver si puedo hacer algo diferente.

—Me parece acertada tu postura y estoy segura que con todo esto has madurado notablemente. Aunque anteriormente no te conocía, me atrevería a jurar que te he

visto en alguna parte… quizá en mis sueños —dijo Amanda asegurando esa idea.

Yo respondí:

—¡Lo dudo Amanda! Pero todo es posible en esta vida, ¡bueno! Creo que es hora de despedirnos, pero antes debo hacerle una pregunta…

—La respuesta del otro dato falso la leerás en los diarios próximamente y el significado del número cinco, lo encontrarás en la ciudad de Trani, y a propósito de eso, hace unos días estuve ahí y dejé datos específicos que seguro te sorprenderán, solo debes comunicarte con Pietro y combinar una reunión allí —contestó Amanda adivinando mi pregunta.

Yo quedé en silencio unos instantes y luego pregunté:

—Cuando usted hace mención de un largavistas que entre otras cosas encontró en Barletta… ¿Por qué a la palabra "otras" la subraya y la escribe en mayúscula?

—Son las cosas que encontré y enterré en el mismo cementerio donde yacen mis transparentes restos —respondió Amanda después de lanzar una corta carcajada, luego agregó: —Eso también será noticia de conocimiento público muy pronto en los diarios. Solo les pido que no se acerquen por allí.

Al no hallar más nada que decir nos despedimos saludándonos con abrazos y besos.

—¡Adiós Amanda! ¡Espero que nos veamos pronto! — concluí.

—¡Sí! ¡A no ser que no esté invitada a la gran inauguración! —acotó esta.

Yo fruncí la frente en señal de no entender en abso-

luto lo que quiso decir o insinuar. Ella me miró y a la vez que sonreía, con su mano hacia una señal como quien le dice a otro que se vaya.

Y así, nos marchamos. Amanda también se alejó en otra dirección.

CAPÍTULO 22

CINCO ESTRELLAS

Días más tarde me puse en contacto con Pietro. Quedamos en encontrarnos en la ciudad de Trani donde llegué en compañía de Consuelo. De allí nos dirigimos a la casa donde vivía su madre, Pietro golpeó a su puerta y una joven mujer nos abrió. Se trataba de la novia de Pietro a quien este nos presentó como tal y en forma inmediata. Era una hermosa catalana de nombre Lucía que conoció en Lecce mientras ella realizaba un paseo por esa ciudad.

—¿Lucía? —pregunté.

—¿Sí? —respondió esta un tanto extrañada.

—Casualmente así se llamaba su novia con la cual rompió antes de viajar a Italia —agregó Consuelo.

—¡Es un hermoso nombre! —expresé.

—¡Sí! Lo ha elegido mi padre… ¡Y es su favorito! Así se llamaba mi madre.

No quise preguntar, pues imaginé que había muerto.

—Ella falleció y… ¡bueno! es una larga historia —concluyó Lucía.

—Lo sentimos —dijo Consuelo agregando: —Me agrada tu pronunciación Lucía, y también eres muy atractiva.

—¡Olé, Consuelo! Que eres de las mías… ¡Adelante! ¿O piensan pasar la vida aquí afuera?

Entre risas pasamos a la sala que se hallaba pintada de un color celeste que parecía no tener mucha antigüedad. Se lo hice notar a Pietro y este comentó:

—Lo hizo pintar Amanda en este último viaje. Re-

cuerdo que en esa oportunidad le alquiló una habitación en un hotel, a mi madre y a Lucía.

—¡Sí! Y hace unos días estuvo aquí y nos pidió que nos marchemos unas horas que tenía que hacer unos arreglos pero yo no veo nada —dijo una mujer que aparecía bajo el marco de una puerta.

Pietro exclamó:

—¡Mamma!—

Y corrió a sus brazos, para luego presentarnos a Antonieta, su madre, una mujer de cincuenta y tres años que conservaba una delicada belleza en su rostro.

Luego de los saludos correspondientes, nos sentamos a la mesa donde charlamos largo rato haciendo comentarios de todo tipo, mientras escuchábamos a Pietro y Lucía contar los pormenores de su relación. A partir de ese momento, comencé a pensar en cómo sería la pareja que me tocaría en el futuro y mientras observaba los cuadros que había en las paredes dije:

—¡Qué raros! A esos cuadros me refiero…

—¡Sí! Tienen aproximadamente unos treinta años, los pintó Ángel Pranni antes de viajar a la Argentina —dijo Antonieta, con remembranza.

—Me gusta el de las cinco estrellas —opinó Consuelo.

Ese comentario hizo que yo me incorporara rápidamente de la silla y preguntara:

—¿Qué dijiste?

—El de las cinco estre…

No le permitimos concluir, pues nos pusimos de pie velozmente y nos dirigimos hacia el cuadro para observarlo bien de cerca, lo alejamos un poco de la pared para

ver si algo había detrás, pero ¡nada! Yo volví a observar el cuadro y recordé las palabras de Santina, e hice mención a los presentes.

—¡Vean! Debajo de cada estrella están los recortes que le faltan a cada una de las postales, ¿No es esto una señal?

—¡Sí! Creo que debemos abrirlo —dijo Pietro.

Lo hicimos cuidadosamente. Detrás del óleo y dentro de un celofán se hallaba una escritura a nombre de Antonieta L'ancone, Pietro L'ancone, Consuelo Capelli y Carlos Dalto, del hotel cinco estrellas, de nombre El Ángel frente a las playas de la ciudad de Otranto.

Ante tal descubrimiento quedamos sin palabras. Nos mirábamos entre todos sin comprender. Recién después de unos minutos logramos reaccionar.

—Seguramente Amanda lo ha hecho construir con ese dinero que fue acumulando todos esos años —dijo Pietro algo preocupado.

—Creo que no debemos aceptar algo por lo cual Amanda ha luchado y sufrido toda su vida—agregó Consuelo.

—¡Sí! ¡Es verdad!

Pensamos todos de la misma manera:

—¡Esperen! —acotó Antonieta, y continuó: —Amanda dejó una carta y me dijo que sabría el momento en que debería abrirla… creo que este es ese momento.

Luego de abrir el sobre, le entregó a Pietro el contenido que leyó en voz alta de la siguiente manera:

"Queridos amigos:

En ustedes está el secreto de mi vida, y sé que no

querrán aceptar mi obsequio. Por demás está decirles que son merecedores de esto que anhelo cambie sus vidas. Espero que lo acepten, pues yo no quiero saber nada que tenga que ver con mi pasado a partir de este momento. El tiempo que me quede por vivir, lo haré dignamente bajo este nombre que adopté para tal fin. El valor que ustedes demostraron enfrentando un poder tan grande me hace rogarles que con honor, no me den un no como respuesta. Cada uno de ustedes significa para mí, el valor con que entienden y defienden sus principios, y esos valores deben ser gratificados y cada uno por su parte se ha hecho poseedor de esta ofrenda que les dejo para que continúen con más énfasis en esta carrera en defensa de las causas justas. Sé que aceptarán que un porcentaje de las recaudaciones serán donadas a entidades de ayuda al infante. Creo que unidos serán menos vulnerables, y sé que no he de equivocarme. Nos veremos en la inauguración.

Mi cariño para todos ustedes.

Amanda Otranto."

El día de la inauguración, Amanda Otranto ofició de anfitriona leyendo sus poesías. No faltaron Jenaro y Sofía, Victoria y su madre, a quienes les envié una invitación especial y con anterioridad a España, el juez Gardino, y muchas otras personas que conocí por causa de ese legado.

Esa noche también comencé un nuevo romance que culminó con un broche de oro para redondear toda esa magia.

Al día siguiente los diarios de Otranto, encabezaban su primera página con dos noticias clave. En letras

grandes se leía:

"LA FE DE LUTO
¡HA MUERTO EL CARDENAL!"
Y abajo en letras más pequeñas.

En un confuso episodio que se perpetró en el viejo cementerio de Lecce, al parecer el criminal internacionalmente buscado de nombre Vito Di Magio, recientemente escapado de prisión y por razones que aún se tratan de establecer, al querer excavar esta madrugada una de las tumbas de dicho cementerio, habría hecho detonar unos explosivos que según datos recibidos, podría tratarse de minas pertenecientes a algún rezago de guerra que se hallaban dentro de la fosa. Estas al estallar le quitaron la vida. El delincuente estaba acompañado por el Cardenal Montessi, a quien supuestamente el maleante habría secuestrado, quizá para pedir un futuro rescate o algún otro fin. El Cardenal Montessi falleció por las esquirlas de la explosión tras una agonía de varias horas".

En el otro sector de la página, la otra cara de la noticia:

"EL ÁNGEL"

Con masiva concurrencia se inauguró anoche el hotel cinco estrellas "El Ángel". Brillaron con su presencia varias personalidades del ambiente artístico y la actual ganadora de la obra literaria "Ángela" la escritora y poetisa Amanda Otranto, quien además de leer sus poemas presentó a varias personalidades del arte, la cultura y la política, entre los cuales se destacó el actual juez federal Ignacio Gardino quien en ese mismo escenario dio la primicia de presentarse como candidato para las próximas

elecciones presidenciales".

Ya finalizando la fiesta inaugural, me acerqué a Amanda. No pude soportar la curiosidad y le pregunté cómo sabía que Montessi iría al cementerio. Ella dijo que Gardino había hecho arreglos para que Di Magio quede en libertad, con la condición que le informe a Montessi que me había oído decir en el avión, que había un secreto oculto en la tumba de Ángel Pranni. Lo demás es fácil de suponer. Ambos reímos y así acabó el legado.

Semanas después y ante varias amistades que invité para tal fin, hacía el anuncio de mi boda, que se celebró un mes más tarde en la iglesia de la Anunciata, cuando vi ingresar a mi pareja del brazo de Pietro quien junto con Lucía fueron los padrinos de la boda, me estremecí.

Fue una fiesta íntima, a la que acudieron los mejores amigos. Desde ese momento he tratado siempre de vivir dignamente y defendiendo las causas justas.

—¡Bueno! Eso es todo ¡Valentina! ¡Ya estamos llegando a Mackenna! ¡Por allí está el cementerio!

Después de colocar un ramo de flores sobre la sepultura donde se hallaban los restos de Nicanor, visitamos con mi nieta Valentina a Santina en la estancia, a quien el paso de los años había convertido en una ancianita cuya memoria a veces, le jugaba malas pasadas.

En el momento en que me vio y luego de saludarla con emotividad, ella confundiéndome con su hijo, expresó.

—¡Jenaro! ¡Viniste!

—¡Sí mamá! Vine a visitarte —respondí a la vez que

besaba su frente.

—¿Y esta nena? —preguntó. En su mirada se notaba un dejo de tristeza.

—¡Es tu bisnieta mamá! ¡Valentina! ¿La recuerdas? —mentí piadosamente para darle esa alegría que esperó tantos años, pues Jenaro, cumpliendo con su promesa, jamás volvió de Italia.

Santina miró con ternura a Valentina y a la vez que ella llenaba su mejilla de besos, dijo:

—¡Sí! ¡Qué bonita! ¡Igual a Nicanor! ¿Viste Jenaro?

—¡Sí mamá yo creo que es igualita!—respondí.

Santina dirigiéndose a Valentina le preguntó:

—¿Cuántos años tienes preciosa?—

Valentina respondió.

—Tengo trece años, abuela!

Y acercándose nuevamente a Santina le dio un fuerte abrazo mientras esta acariciaba sus cabellos, y en esa posición quedaron largo rato.

Pasamos unos días en la estancia, con Santina y Marcia, una sobrina de Nicanor que vivía allí para el cuidado de Santina.

Llegó el momento de la despedida saludándonos con un emotivo adiós y bastantes lágrimas en los ojos, más por mi parte, pues sabía que esa era la última vez que vería a Santina.

Abordamos lentamente el automóvil con mi nieta y emprendimos el camino de regreso a Buenos Aires.

Esos días junto a Valentina jamás los olvidaría. Yo debía volver a Italia y Valentina se quedaría en Buenos Aires con sus padres. Valentina sabía, que aunque mil mares nos separen, el amor hacia ella carecía de límites y que

por supuesto, no habría de pasar mucho tiempo para un nuevo encuentro.

—¿Abuelo?—

—¿Sí Valentina?

—¿Y qué pasó con Amanda?

—¿Amanda?... es una viejita de ochenta y tantos años que todavía escribe poesías—respondí a la curiosidad de mi nieta, quien volvió a preguntar:

—¡Otra cosa abuelo! ¿Por qué a la abuela todos le dicen Ana?

Luego de una breve carcajada respondí:

—Porque Consuelo le recuerda a cuando era una religiosa y como ahora es una pecadora.

Las risas de ambos se confundieron con la música que sonaba en el estéreo del automóvil que se alejaba cada vez más de esa ciudad donde mi vida comenzó a cambiar en aquellos años.

Ese fin de semana mis amigos, ya con sus respectivas familias, se hicieron cargo de preparar una cena que a modo de despedida me brindarían sorpresivamente antes de mi viaje a Italia, Tito se autodesignó como el asador, Dante preparó las ensaladas, y Rolfi se encargó de colocar los platos y cubiertos en la mesa, y posteriormente comenzó a contar esas historias, las cuales él estaba acostumbrado a inventar.

ÍNDICE

9	**CAPÍTULO**
	La Despedida
13	**CAPÍTULO 2**
	El Viaje
17	**CAPÍTULO 3**
	El Portafolio
29	**CAPÍTULO 4**
	El Informe
35	**CAPÍTULO 5**
	Camino Sinuoso
41	**CAPÍTULO 6**
	La Estancia de Nicanor
47	**CAPÍTULO 7**
	La Lectura
65	**CAPÍTULO 8**
	La Estancia en La Estancia
73	**CAPÍTULO 9**
	La Pista
83	**CAPÍTULO 10**
	El Hallazgo
89	**CAPÍTULO**
	Incertidumbre
95	**CAPÍTULO 12**
	El Relato de Diana
103	**CAPÍTULO 13**
	El Convento
107	**CAPÍTULO 14**
	El cementerio

113 **CAPÍTULO 15**
La Lectura, segunda parte
121 **CAPÍTULO 16**
En la otra Orilla
131 **CAPÍTULO 17**
El Vuelo
139 **CAPÍTULO 18**
Encuentro con Jenaro
147 **CAPÍTULO 19**
El Secreto de Piero
165 **CAPÍTULO 20**
Amanda
175 **CAPÍTULO 21**
Los Cuerpos
181 **CAPÍTULO 22**
Cinco Estrellas

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2021
en los Talleres Gráficos de Payné S. A.
Av. Lafinur 924, D5700MFO San Luis.
Tel. 0266 – 4422037 y líneas rotativas

El Cadáver de Mackenna

Legado de un crimen

Original relato policial e investigaciones que atraparán al lector desde el principio.
Cuenta como un hombre común acepta un legado por mera casualidad, este suceso cambiaría su vida por completo transformando su rutina en una encrucijada al descubrir el dilema en el que se ha visto envuelto.
Historia llena de idas y vueltas entre pasado y presente con pasajes increíbles y cambios imprevistos que sorprenderán al conocer el protagonista la vida de un hombre en peligro de muerte quien debe cambiar su identidad hasta lograr desenmascarar a unos nefastos y poderosos miembros de la sociedad.
Kümey Cadasal (Daniel Salto) es un novelista con extensa creatividad y originalidad en sus escritos. Esta es su cuarta novela escrita de manera espléndida.

Fernando Martínez Casas.

San Luis Libro
Programa Cultura
Gobierno de la Provincia
de San Luis

ISBN 978-987-8311-29-6

9 789878 311296

SLL
SAN LUIS LIBRO
CULTURA
GOBIERNO DE SAN LUIS